

# HACER POLÍTICA

El rol de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica en América Latina

**Carla Rivera Aravena**  
**Patricia Calvo González**  
(Editoras)



  
EDITORIAL  
USACH

Colección  
**FAHU**  
Facultad de Humanidades



# **Hacer política**

**El rol de los medios de comunicación en la  
práctica sociopolítica en América Latina**

**Hacer política. El rol de los medios de comunicación  
en la práctica sociopolítica en América Latina**

Carla Rivera Aravena y Patricia Calvo González (Editoras)

El presente libro, bajo la supervisión del Comité Editorial FAHU, fue sometido a revisión por pares externos (peer review) especialistas en el área de investigación.

Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2024  
Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile  
Tel.: +56 2 2718 0080  
www.editorial.usach.cl

© Carla Rivera Aravena y Patricia Calvo González (Editoras), 2024

I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-674-9

Director editorial: Galo Ghigliotto G.  
Edición: Consuelo Olguín A. y Catalina Echeverría I.  
Diagramación: Andrea Meza V.  
Diseño de colección: Ana Ramírez P.  
Corrección de textos: Luz María Astudillo U.

Primera edición, marzo 2024

La presente obra se encuentra liberada bajo una  
Licencia Creative Commons Atribución



**Carla Rivera Aravena**  
**Patricia Calvo González**  
(Editoras)

**Hacer política**  
**El rol de los medios de comunicación en la**  
**práctica sociopolítica en América Latina**



Colección  
**FAHU**  
Facultad de Humanidades



La Colección FAHU es una iniciativa de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile, iniciada el año 2021, cuyo propósito es difundir estudios en torno a las Artes, Humanidades y Ciencias Sociales. Todos los trabajos de esta colección han sido evaluados en su pertinencia por el Comité Editorial de la Facultad de Humanidades y sometidos a revisión por pares externos y externas, sugeridos y sugeridas a partir de su trayectoria y relación con los ámbitos y líneas de investigación tratados.

El interés de la Facultad de Humanidades es poner a disposición los libros con acceso abierto, promoviendo la circulación de sus planteamientos y su relación con diversos colectivos y personas interesadas en las temáticas abordadas. Esperamos que esta colección sea un aporte al desarrollo de la investigación en las distintas disciplinas.

Jefe Oficina Editorial  
César Zamorano

Comité editorial colección FAHU

Claudia Córdoba	Rolando Álvarez
Jaime Retamal	Juan Pablo Arancibia
Sylvia Contreras	Antoine Faure
Alfonso Dingemans	Pedro Reyes
Lucía Dammert	Verónica Rocamora
Mauricio Olavarría	Ana María Fernández
Marcelo Díaz	Claudia Calquín
José Sebastián Briceño	Dante Castillo
Hernán Neira	Rosa Basaura
Hernán Venegas	Edinson Muñoz
Rafael Chavarría	Sebastián Reyes



# Índice

Prólogo René Jara.....	11
El impacto de las comunicaciones en las prácticas sociopolíticas en América Latina Carla Rivera Aravena y Patricia Calvo González .....	17
El periodista: figura central del escenario político mexicano a mediados del siglo XIX Frédéric Johansson .....	35
La solicitada como estrategia: el caso de Manlio Olivari y sus intervenciones en <i>El Imparcial</i> de general Belgrano (Buenos Aires-Argentina) Marina Poggi.....	53
Un acercamiento a <i>El Cubano Libre</i> , la difusión revolucionaria del <i>Che</i> Guevara en Sierra Maestra (1957-1958) Patricia Calvo González.....	73
Risa, crítica y oposición a las dictaduras militares de los años 70. Análisis comparado de la prensa de humor gráfico político de Argentina, Brasil y Chile Mara Burkart.....	101

Opinar en tiempos de dictadura. La prensa política Argentina entre 1976 y 1983 Marcelo Borrelli.....	139
La memoria del periodismo chileno durante la unidad popular y sus efectos en el Chile posdictatorial Antoine Faure.....	165
Sobre los autores y las autoras.....	193

# Prólogo

René Jara

Hasta hace poco, absolutamente marginal en el debate sobre la historiografía nacional, la pregunta sobre los usos de los medios de comunicación en el relato histórico se ha vuelto cada vez un punto de partida recurrente entre los especialistas en la historia de los medios de comunicación en la región. Recuerdo que, en tanto especialista en comunicaciones con pretensiones de historiador, siempre comenzaba las conversaciones con mis colegas planteando esta pregunta: ¿y qué opinas del análisis que hace la historiografía chilena del rol de los medios de comunicación? En general, coincidimos siempre en que carecemos aún de una reflexión profunda y, sobre todo, creativa, sobre las múltiples facetas en que es posible articular la relación entre historia y comunicación, en un sentido largo y extenso.

Con el tiempo, me he dado cuenta de que los materiales para iniciar esa discusión ya existían. Ahí están los trabajos clásicos sobre la cultura popular, sobre la imagen, la historiografía sobre los diferentes medios de comunicación, sobre los lenguajes diversos en que es posible tejer una historia, que articula y comprende en su profundidad la riqueza de una aproximación que articula el cine, la radio, la prensa, la televisión, la historieta y el libro como un conjunto de productos culturales que retribuyen a un mismo fin: constituir la experiencia histórica de sujetos, dando cuenta de la complejidad a la que se enfrenta el especialista cuando se propone comprender el lugar que ocupan los hechos dentro de procesos históricos de corta, media y larga duración.

Pero, a decir verdad, faltaba aún instalar la pregunta sobre el vínculo intrínseco que existe entre medios de comunicación y política. No porque este vínculo no existiera. Muy por el contrario, la historiografía clásica y la contemporánea se sirve profusamente de las producciones de la prensa para sustentar sus juicios. Sin embargo, esa misma historiografía se preguntaba poco por la vida propia (o no) de aquellos medios

de prensa a los que recurrían. Menos aún, tampoco se consultaba sobre la relación que existía entre ellos y el campo político, en la medida que buena parte de los trabajos clásicos entendía que estos medios eran meros receptáculos o repositorios de los actores políticos de aquella época.

Es para insistir en la importancia de esta pregunta que el libro *Hacer Política. El rol de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica latinoamericana* me parece una contribución relevante. El volumen colectivo que coordinan y editan las profesoras Carla Rivera y Patricia Calvo goza justamente esa virtud: situar la pregunta sobre la política no en el campo de la institucionalidad, sino en la de los medios de comunicación. A partir del cuadro que ellas mismas presentan, se comprende muy bien que la política no es un proceso que sucede independiente de los medios de comunicación, sino que muy probablemente y con cada vez más frecuencia, existe gracias a estos medios. Esta afirmación la realizan desde la convicción que existe hoy en el campo de la comunicación de la importancia de los procesos de mediación, los cuales han sido estudiados de forma transversal en todo el mundo. La confluencia de autores venidos desde latitudes tan diferentes como Jesús Martín-Barbero, Nick Couldry y Andreas Hepp dan cuenta de este proceso.

La propuesta del libro instala entonces preguntas clásicas para el campo de la comunicación. Diría más, incluso para el campo de los estudios del lenguaje. ¿Quién podría hoy negar la importancia del lenguaje y las palabras para hacer-elaborar-fabricar la política, tanto en sus modalidades ideológicas como también prácticas? Finalmente, y parafraseando a Auster, la política al igual que cualquier actividad humana, consiste en hacer cosas con palabras. Es para identificar justamente esas cosas que es posible hacer con palabras en política que este volumen viene a contribuir.

El ejercicio propuesto en este libro sólo se entiende en su integralidad cuando tomamos en consideración la segunda parte del título, esa que hace alusión a las prácticas sociopolíticas. Es probablemente el foco que a nuestro modo de ver resulta más novedoso de este libro, pues hace referencia a dos procesos de real interés para una comprensión integral de la política. En primer término, se trata de revalorizar el estudio de los procesos de socialización, es decir, de puesta en sociedad de valores, lógicas y orientaciones para la acción política. En este caso, se trata de estudiar esa “relación que establecen las fuerzas políticas y que atraviesa a la sociedad” (Braud, 2016, p. 20). En segundo término, se trata de comprender la verdadera naturaleza de lo que comúnmente llamamos politización. A

este respecto, la definición que nos entrega Jacques Lagroye sigue siendo clave. La politización sería ese proceso de “recalificación” por medio del cual actividades que no provienen del campo político se vuelven políticas (Jacques Lagroye, 2003, p. 360-361). En síntesis, hace referencia a esa capacidad que tienen los fenómenos políticos, económicos, sociales, culturales, de volverse problemas sociales, económicos o políticos. Ambos procesos —de socialización y de politización— aparecen así como esos nodos críticos desde los cuales los medios de comunicación aterrizan en el campo político.

Desde este punto de vista, los capítulos reunidos en este libro examinan las distintas modulaciones con que la prensa se involucra en y/o con la política. En ese sentido, la concepción que concibe a la prensa no sólo como texto. No son sólo declaraciones. O no sólo textuales. Se recorren entonces diferentes formatos de esta prensa, reconociendo la variedad de materiales que circulan en estos soportes, desde la opinión, la imagen o la caricatura. No hay entonces lugar para las generalizaciones simples. Muy por el contrario, el texto en general y sus capítulos insisten sobre las particularidades que supone trabajar en contextos nacionales y/o regionales que se conectan, pero no se repiten. De esta forma, el texto sitúa de manera acertada el debate en un contexto más amplio: el de América Latina y de su experiencia histórica compartida.

Es por eso que me atrevo a decir que es un texto que se proyecta más allá de las historias locales, preguntándose por los procesos globales que parecen encuadrar la actividad de la prensa y su relación intrínseca con la política. Relación que, por lo demás, no ha dejado de volverse intrincada y compleja. Las formas de enunciación de la comunicación política propia del siglo XIX y XX, sólo se ha hecho más sofisticada, enmarcando los procesos de transformaciones globales que han hecho cambiar los sistemas mediáticos de forma significativa, tal como lo describen Hallin y Mancini (2004) en su clásico estudio en la materia.

El marco histórico seleccionado es deliberadamente largo. La apuesta es entonces por la diversidad de aproximaciones, las que debieran en su conjunto contribuir a responder a la siguiente pregunta: ¿qué medios de comunicación para qué política? La pregunta es entonces por la unidad de esta época que se describe y en donde la acción central es la aparición y adaptación del régimen representativo al paisaje latinoamericano. La figura del Estado y de la importancia que guarda este proceso de implantación es, sin lugar a duda, diverso según las experiencias históricas nacionales que se examinen. A pesar de esta heterogeneidad, una especie

de espíritu de época recorre una suerte de convicción recorre el conjunto de contribuciones: la prensa contribuye de manera decisiva, a la consolidación y expansión del dispositivo estatal. Hablamos aquí no del Estado en el sentido tradicional, el cual sólo posa su interés en la construcción de instituciones. Más bien, lo que se instala, es una forma de razonamiento, una lógica social, que hace del monopolio del interés público o, si se prefiere, de la lógica del desinterés, para retomar un concepto de Bourdieu, su principal motivación. De esta forma, se entiende que muchas veces las comunicaciones asumen el rol de promotores de la estatalidad. En otros casos, los medios funcionan como meras prótesis, inoculando con su actividad la actividad pública. Prueba de ello es la enorme dependencia de las élites y la institucionalidad.

Buena parte de las preocupaciones que atraviesan los capítulos de este libro se enfocan en el análisis de la configuración de las subjetividades periodísticas. En ese sentido, podemos señalar que el periodismo y su consolidación moderna y profesional es parte del problema. Pero sólo una parte. La actividad de los medios de comunicación se expresa de manera privilegiada en esta subjetividad. Pero en ningún caso es la única. No hay que olvidar que, como cualquier práctica social, los medios de comunicación suponen el empleo de otros oficios y profesiones que circundan al periodismo. La contribución de suplementeros, distribuidores, diagramadores, impresores, fotógrafos o dibujantes, junto a la labor de otros trabajadores de la industria, forma parte de esa historia aún no suficientemente analizada. ¿Son todos estos saberes y prácticas fuentes importantes para estudiar el rol que cumplen los medios de comunicación en la socialización y politización de la ciudadanía en América Latina? Todo indica que sí. No obstante, aún sabemos poco de estos grupos y de sus aportes a estos procesos en un sentido amplio.

Finalmente, si tomamos en serio la invitación que nos hacen las autoras y autores de este volumen, queda claro lo que resta y se proyecta por hacer en futuras investigaciones: una historia global y comparada de las relaciones entre historia, política y medios de comunicación. Si bien esta historia constituye una aventura propiamente moderna, sabemos que se trata de una narración que varía en relación con sus géneros, pasando desde lo epistolar al manifiesto, pasando por los géneros informativos y de entretención. Es a este nivel de análisis que los aportes de la historia pueden ser sin duda de gran importancia, para salir del presentismo que predomina hoy en los estudios de la comunicación.

## Referencias

- Braud, P. (2016). *Manuel de Sociologie Politique*. LGDJ.
- Hallin, D. y Mancini, P. (2004). *Sistemas de comunicación comparados, Comparing Media Systems Three Models of Media and Politic*. Cambridge University Press.
- Lagroye, J. (dir.). (2003). *La politisation*. Belin.



# El impacto de las comunicaciones en las prácticas sociopolíticas en América Latina

Carla Rivera Aravena  
Patricia Calvo González

## La Historia siempre presente

En el último tiempo podemos apreciar un incremento de estudios de la comunicación y los medios de comunicación desde un enfoque histórico. Esta tendencia nos permite suponer que estamos asistiendo a una revalorización de la historia como categoría analítica para este campo del saber. Para algunos especialistas estaríamos asistiendo a un sorprendente “(re)turn” o, más bien retorno, a los análisis históricos tras una larga fase de abandono e invisibilización dentro de las corrientes hegemónicas que han marcado el estudio académico sobre comunicación y medios (Arnold et al., 2019; Poe, 2010; Saez Baeza, 2018; Zelizer, 2008). Al punto que las principales asociaciones internacionales de estudios de la comunicación y los medios no sólo promueven el análisis histórico, sino que lo levantan como una línea necesaria para la comprensión del desarrollo del campo.

Si damos una vista rápida a la historia de la comunicación y los medios, podemos notar que la historia ha sido fundamental para muchos de los intentos pioneros de teorizar y dar sentido al surgimiento de las transformaciones sociales, económicas y políticas claramente “modernas”, clavando su mirada en el surgimiento de los medios de comunicación de masas y la difusión de la primera ola multimedial de inicios del siglo xx. En los inicios del siglo xx, Max Weber analizó la transformación de la prensa en el cambio de siglo y la forma en que esta subvierte las prácticas sociales. En la misma época, la Escuela de Frankfurt —desde una lectura variante del marxismo— sentó las bases materialistas de la crítica histórico-social de la Comunicación, poniendo en cuestionamiento el mediocentrismo en virtud de una Teoría de la Mediación que concebía al sector periodístico y las industrias culturales como objeto y problema

estratégico de la Teoría Social General (Sierra Caballero, 2011). Para Walter Benjamin, miembro de la Escuela, el nacimiento del cine y de la fotografía se convirtieron en aspectos clave desde donde pensar la transformación del arte y su recepción (Benjamin, 2003). En perspectiva histórica también encontramos los trabajos de Harold Lasswell, quien analiza el rol de los medios de comunicación con relación al desarrollo de la opinión pública, las instituciones políticas y militares.

Después de la Segunda Guerra Mundial y a medida que el campo de las comunicaciones se iba constituyendo y afianzando en el interior de las universidades europeas y norteamericanas, los análisis históricos fueron desplazados por metodologías positivistas y funcionalistas con una marcada orientación presentista. Pese al desinterés por la historia, a inicios de los 60, en 1962, surge una de las teorías de la comunicación de base histórica más influyentes del siglo xx, escrita por el sociólogo alemán Jünger Habermas. En su obra *Historia y crítica a la opinión pública* —que suscitó grandes adherentes como detractores— se describe a la esfera pública burguesa de finales de la Ilustración como una especie de tipo ideal que comenzó a decaer a finales del siglo xix: una emergente cultura de masas fue retratada como apolítica y concentrada en la satisfacción de las necesidades del entretenimiento. En su opinión, la esfera pública degeneró hasta convertirse en un escenario dominado por intereses individuales y parciales que impide tomar decisiones consensuadas basadas en argumentos racionales (1981).

Pese a la impronta que tienen las obras de Habermas, no será hasta entrado el siglo xxi que la perspectiva histórica comience a ganar terreno en los estudios de las comunicaciones y de los medios. Para Arnold et al., este giro hacia la historia parece haber sido estimulado por los esfuerzos para dar sentido más directos y fundamentales a “los paisajes mediáticos de las últimas décadas del siglo xx, producto de la creciente gama de nuevos medios y tecnologías digitales y sus implicancias culturales sociales más profundas” (2019, p. 37).

En este sentido, el campo de los estudios culturales ha sido clave. Podemos ver que algunos de los textos más influyentes que trata de la teoría y prácticas culturales y comunicativas, llegando a los medios hacen un claro hincapié en la importancia de las perspectivas históricas (Chun y Keenan, 2006). Los estudios culturales han subrayado la importancia de un acercamiento al estudio de la cultura y las comunicaciones analizando su economía política, sus procesos de producción y de distribución y la recepción por parte de las audiencias, considerando los condicionamien-

tos políticos, sociales, económicos y transnacionales que explican sus particularidades en las épocas analizadas (Rodríguez Pérez, 2013, p. 17). De manera que, si el objetivo es comprender y comprometerse adecuadamente con el papel, la importancia o las especificidades de los nuevos desarrollos de los medios digitales —y de las comunicaciones en general—, tienen que saber algo sobre la historia previa de la comunicación mediada y sus complejas interacciones con el cambio social y cultural.

Por otra parte, el crecimiento, la difusión y la diversificación internacional de los estudios sobre comunicación y medios de comunicación, plantean la necesidad de contar con muchas historias transnacionales, comparativas e internacionales que nos ayuden a identificar, cartografiar y comprender las múltiples pautas y variaciones de los entornos culturales, políticos y socioeconómicos. El impacto del papel y la influencia cada vez mayor de la comunicación mediada en la mayoría de los ámbitos políticos, socioeconómicos y culturales, es palpable. La “mediatización de todo”, cada vez más profunda y en constante evolución, incluida la creciente ubicuidad de los dispositivos y sistemas mediáticos como factores o agentes, son ahora características más visibles y omnipresentes de las interacciones sociales y la vida cotidiana de la última época (Arancibia Carrizo y Salinas Muñoz, 2016). Por tanto, es imposible pensar la historia del siglo xx y del xxi omitiendo el rol de las comunicaciones.

Es así como este libro que proponemos abarca una diversidad de historias sociopolíticas de la región latinoamericana, en distintas temporalidades y entornos geoculturales y socioeconómicos, que dotan de particularidades y coincidencias su interacción con los medios de comunicación.

## **Periodismo, comunicación e historia**

Los medios de comunicación desempeñan un papel importante en la construcción y conocimiento de la realidad, crean sesgos y tendencias que influyen fuertemente en los valores y las orientaciones culturales de una sociedad (Thompson, 1998). Entre todos los dispositivos comunicacionales, sin embargo, el periodismo —y la prensa en general— ocupa un lugar protagónico en los estudios historiográficos gracias a la accesibilidad del registro y a su rol de amortiguador en la configuración histórica de las sociedades modernas, volviéndose en un actor social y político. A través de una determinada estructura de selección y de presentación, el periodismo realiza su traducción situada de la realidad que se plasma

en la noticia: una forma de “rutinizar” la novedad y eliminar o acentuar los elementos problemáticos que pueden transformarse en una amenaza social, interviniendo y subvirtiendo el campo político y sociocultural que lo produce.

El rol de la prensa como actor social y político se ha vuelto un tema relevante para las ciencias sociales y para la historia en particular desde finales del siglo xx. Gracias a la “nueva historia”, el estudio de temas que anteriormente se consideraban menores ha cobrado importancia. Los trabajos de Francois Xavier Guerra (1992), Hilda Sabato (1998), Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz (2001), por nombrar algunos, dan cuenta de la necesidad de estudiar los impresos, sobre todo los periódicos, para poder llevar a cabo una historia de la esfera pública política en Latinoamérica. Un interés que se moviliza por los nuevos interrogantes que versan sobre lo político y las prácticas relacionales que se gestan entre el nacimiento de la opinión pública y las nuevas formas de sociabilidad que aparecen de la mano de la modernidad, y que dan cuenta de la complejidad del sistema de prensa.

El estudio de la prensa permite evidenciar las correlaciones de fuerzas que se desenvuelven en los procesos de producción noticiosa, un campo de relaciones —nos dice Kircher— que “involucra poderes, actores, fuerzas políticas en la producción y puesta en circulación de temas y argumentos destinados a intervenir en el debate político y cultural” (2005, p. 116). Un campo heterónimo donde se entrecruzan y desarrollan luchas internas por la imposición de un principio dominante, visión y división, inclusión y exclusión, a partir de la aprobación de categorías legítimas de construcción del mundo social. En este proceso se juega una definición de mundo que es en sí mismo un acto de movilización que tiende a confirmar o transformar las relaciones de poder (Bourdieu, 2005, p. 33). Se presentan como centros de poder determinantes en la formación de opinión pública y, consecuentemente, para el tipo de presiones ejercidas por esa opinión sobre los centros de decisión del poder. De esta manera, la prensa —de igual forma que el resto de los medios de comunicación— no son simples intermediarios que operan de manera transparente entre un acontecimiento y el público; por el contrario, ellos construyen un relato en función a sus propios intereses, en donde confluyen distintas estrategias periodísticas, que hacen que el medio pueda influenciar o determinar conductas, modos de pensar y opinar en la sociedad (Moyano Barahona y Rivera Aravena, 2020, p. 342).

Para Gaye Tuchman, de hecho, las noticias son una ventana sobre el mundo, marcos (*frames*) que delimitan la mirada poniendo en tela de juicio el ideario liberal moderno de la objetividad y neutralidad de la información (Tuchman, 1978). De esta manera, cada medio construye su actualidad periodística que “le es propia, característica, autónoma e irrepetible” (Borrat, 1989), ya que se supone un proceso de producción en función de decisiones, acciones, recursos y señas de identidad históricamente situadas que son propias de cada organización informativa (Stange Marcus y Salinas Muñoz, 2009). En este sentido, la tendencia —muy propia de los historiadores más tradicionales— de ver el estudio de los medios como instituciones des-contextualizadas, que tienen su origen en la tradicional visión que concibe a los medios como meros recipientes, espejos de la cultura y la sociedad, y no como agentes de transformaciones socioculturales, es errónea. Como señalan Asa Briggs y Peter Burke (2002), los medios no son simples intermediarios que operan de manera transparente entre un acontecimiento y el público; por el contrario, ellos construyen un relato en función a sus propios intereses, en donde confluyen distintas estrategias comunicativas, que hacen que el medio pueda influenciar o determinar conductas, modos de pensar y opinar en la sociedad.

El investigador Eduardo Santa Cruz, quien ha dedicado gran parte de su trayectoria académica al estudio de prensa y periodismo en Chile, define a las estrategias periodísticas como un “conjunto de objetivos y definiciones políticas, periodísticas y empresariales que, combinadas entre sí, le dan un perfil propio al medio” (Santa Cruz, 1996, p. 48). Es decir, “son definiciones y acciones prácticas que ubican a un medio dentro del contexto sociocultural específico, que la dotan de una identidad, una función en el escenario de las comunicaciones y una situación dentro del mercado de la información” (Rivera Aravena, 2008). Si bien las dimensiones que contempla toda estrategia están relacionadas entre sí y con la sociedad que las enmarca, en las interacciones y determinaciones que pueden ser tensas o fluidas entre ellas, siempre una tiende a subordinar a las otras, constituyendo el elemento medular desde el cual emerge el perfil del medio (Rivera Aravena, 2018).

De esta forma, todo medio se ve obligado, de manera más o menos consciente o sistematizada, a tomar opciones concretas y casi cotidianas. Lo fundamental es que junto con tratarse de decisiones muchas veces claves para la propia supervivencia del medio, ellas se toman en el terreno de la práctica y la producción, más que en el de la reflexión o discusión

teórica o académica. Esto es lo que conduce a que se lleven cambios en los estilos, formatos y contenidos, así como también en la articulación entre los intereses económicos y la instalación cultural del medio. En un sentido más general, la hegemonía de una de las dimensiones de la estrategia es, a veces, obvia. Así, cuando el medio tiene por objetivo principal la difusión de una cierta perspectiva ideológico-cultural, la subordinación del elemento comercial es total como se puede apreciar, por ejemplo, en la prensa militante o en el rol que asume la prensa disidente en los regímenes autoritarios o totalitarios.

Durante las dictaduras militares de Cono Sur en los 70, los medios con posiciones disidentes o de oposición se vieron en la obligación de crear nuevas estrategias que les permitieran subsistir a los controles, censuras y embates financieros. Si para el caso chileno las revistas políticas o de contingencia dependían completamente de los financiamientos externos (situación que sentó las bases para el posterior cierre de la mayoría de estos medios en la década del noventa), las publicaciones argentinas establecieron estrategias comerciales con los quiosqueros que les permitió circular en plena coyuntura financiera, señalan Mara Burkart (2024) y Marcelo Borrelli (2024). Sin embargo, han ocurrido situaciones en que la articulación ha sido más compleja, ya sea porque el propio medio evoluciona en el tiempo o porque su estrategia es formulada en términos coyunturales o de corto plazo. En otros casos, la estrategia del medio se construye sobre supuestos erróneos o perspectivas en el diagnóstico de la situación nacional que no se cumplieron.

La prensa es usada comúnmente como fuente para diversos tipos de estudios y, como dijimos, ha sido raramente estudiada ella misma en nuestro país. Se han privilegiado miradas que la conciben instrumentalmente para la difusión de proyectos ideológicos-políticos o como objetos de coyunturas político-sociales específicas, como la situación del periodismo durante la dictadura o la conformación de los estados nacionales. Por otro lado, es común destacar la importancia de la prensa en la vida social moderna, pero de lo que se trata es de conocer rigurosa y profundamente cuál es, en qué consiste y a través de qué mecanismos y procesos se construye y concreta esa influencia. Uno de los ámbitos que se reconoce como campo de acción preferente del periodismo es el de la información, que actúa como dispositivo de construcción y transformación de la opinión pública. No obstante, muchas veces se limita este a términos espaciotemporales (coyunturas específicas, un determinado

gobierno, etc.) o a ámbitos reducidos, ligados generalmente a la política, entendida solamente como el ejercicio o aspiración hacia el poder estatal.

Podemos identificar tres enfoques que destacan en los estudios históricos: el análisis de contenido de noticias o discursos, el abordaje de la dimensión estructural de los programas ideológicos y el estudio de las condiciones y elementos del mercado de la información. En este entramado que marca la pauta, podemos constatar poco interés por el estudio de las prácticas periodísticas: un elemento clave para entender la legitimidad del periodismo a nivel social (Stange Marcus y Salinas Muñoz, 2009). Si partimos de la base que los periodistas poseen poder para construir la realidad a través de la generación y/o reproducción de sistemas simbólicos que conocemos como “noticias”, surge la inquietud de ¿cómo es que los periodistas aprenden a producir cierto tipo de saber sobre la realidad? En gran medida, señala Cervantes, esto se da a través de procesos de socialización que tienen lugar tanto en el interior de la empresa como de las instituciones que operan como fuentes (1995). Esto facilita que los periodistas se apropien de esquema de disposiciones duraderas —el *habitus*, diría Bourdieu— que les permiten desenvolverse de acuerdo con parámetros consensuados en el ámbito de la generación de noticia (Cervantes Barba, 1995, p. 106). Estos principios o esquemas se dan a dos niveles de interiorización de la cultura: el organizacional y el institucional.

Así como el esquema organizacional permite la socialización dentro de una comunidad que comparte ciertos principios para una práctica periodística común, el esquema institucional alude al encuentro con otro tipo de esquemas de disposiciones y representaciones, que provienen tanto del ordenamiento político como económico prevalente en las fuentes de información. Se trata de una relación que permite establecer los límites de la interpretación de los asuntos cotidianos y de otros temas delicados como, por ejemplo, los relativos a los movimientos sociales, movimientos armados, problemas de seguridad pública, etcétera. De ahí que Tuchman afirme que el marco de interpretación “puede ser más importante que los detalles específicos que contiene y organiza” la noticia (Tuchman, 1985, p. 33). La permanencia que se establece con la fuente determina el grado de obligación que se da entre ellas, compartiendo el plano simbólico y las percepciones sobre la realidad que remite a un orden social establecido.

En este sentido, las estrategias periodísticas operan en, sobre y desde procesos socioculturales más amplios y profundos: formación de iden-

tidades, intercambio y producción simbólica, etc. Más aún, la transmisión de información es tanto transmisión de conocimientos, como, sobre todo, de formas y maneras de conocer e interpretar (Martín-Barbero, 2002). Esta finalidad, estratégicamente construida, se halla relacionada con el plano de la acción social; así el hacer-saber se convierte en un saber-hacer. Por ello, quizás sus efectos más duraderos y significativos son los de la relación con la cultura cotidiana de masas, es decir, con formas de sociabilidad, vida asociativa, interacciones simbólicas en el plano de los usos y las costumbres; en suma, ellos contribuyen a generar cierta “manera de vivir”. En ese marco, a través de sus estrategias difusoras, las publicaciones escritas (los diarios y las revistas), la radio y la televisión, buscan su instalación en el medio sociocultural y de mercado, a través de una relación dialéctica con la realidad social, política, cultural y económica de un período o época determinada. Esto es, se trata de entender al medio no como un puro instrumento o canal de otras lógicas, sino como un actor que opera sobre el contexto sociocultural desde una estrategia propia, y en esa perspectiva, interactúa con otras dinámicas que provienen de otros ámbitos o prácticas sociales. Así, los estudios de audiencia o de los públicos cobran nuevos sentidos y desafíos para las y los historiadores.

En la década de 1980, el académico inglés de la Escuela de Birmingham, Stuart Hall, puso en cuestionamiento la tesis de la pasividad del público que sostenían los estudios de los procesos de recepción y consumo en las audiencias al abordarlo como intérprete activo y cocreador de significados. El trabajo de Hall fomentó una serie de estudios sobre una diversidad de productos mediáticos populares y las múltiples interpretaciones y prácticas que conllevan sus usos, develando que la interpretación, el empleo y el manejo que se haga de ellos, está directamente condicionado a la matriz cultural (Goggin, 2016). En otras palabras, la cultura limita y, al mismo tiempo, posibilita la comprensión de los contenidos. Sin embargo, los estudios históricos sobre este tipo fenómenos sociales son muy escasos por la dificultad metodológica que conlleva. Si bien los historiadores no pueden utilizar la observación participante, las entrevistas y las encuestas para evaluar el papel social de los productos mediáticos en la concentración de la atención, la facilitación de la interacción y la movilización del significado en la vida cotidiana de personas que ya no están. Pero sí pueden abordar, por ejemplo, la historia de las ideas y problematizar las dinámicas de poder que generan determinadas formas de ver. Al respecto, Susan Douglas (2008) sugiere estrategias

para validar estos significados a través de pruebas que incluyen cartas, reseñas, editoriales y, sobre todo, las formas e imágenes concurrentes en otros medios de comunicación, como hace Marina Poggi en este libro. Al moverse entre medios y géneros, se puede comprender críticamente las regularidades y las disyuntivas de las preocupaciones sociales y políticas de las audiencias que resonaron en los géneros populares de cada época.

En este proceso de construcción de la realidad que llevan a cabo el periodismo, el pasado se organiza y estructura en todos los ámbitos de la vida contemporánea, haciendo del soporte un lugar donde se archivan las memorias. En este sentido, la memoria —señala Rivera— no es sólo el relato de los acontecimientos pasados, sino también la construcción en el presente de aquello que es posible conocer y de aquello que se debe recordar, es decir, de “aquello que consideramos como “lo” memorable, que se dan en la dialéctica entre recordar-olvidar, en la cual confluyen de manera dinámica los intereses de los productores (tanto del propio medio como de los periodistas) y del público receptor” (Rivera Aravena, 2008, p. 82). En ese saber-hacer, los profesionales de la prensa (re) significan su identidad a partir de los consensos erigidos gremialmente como verdades de su profesión que, a su vez, los escuda de las tomas de posición política. En donde la retórica de la objetividad y neutralidad la ampara de las decisiones que toman en función de los intereses del medio comunicacional y del sentido histórico de su hacer, como señala Antoine Faure.

De esta forma, podemos sostener que los medios de comunicación periodísticos pasan a ser relevantes como un lugar desde el cual pensar y tomarle el pulso a la sociedad.

### **Entre lo viejo y lo nuevo: hacia dónde va la historia de las comunicaciones**

Al igual que en el ámbito económico-político más amplio, en las últimas décadas hemos observado una crisis aún persistente de los medios de comunicación y del periodismo. Con la expansión mundial de los nuevos medios de comunicación en la década de 1990, algunos teóricos de alto perfil, aunque centrados en la tecnología, como Negroponte (1995), pintaron un panorama muy optimista y en parte ingenuo. Proclamaron que las nuevas TIC introducirían un sistema económico y social fundamentalmente nuevo, cambiarían el carácter del trabajo, crearían una

sociedad más igualitaria con una disminución de los conflictos de clase, raza o género y un sistema de consumo descentralizado, incluyendo el fin de los antiguos sistemas de medios de comunicación de masas y un “periodismo de manera nueva” (Castellón Aguayo y Guillier Álvarez, 2015).

Sin embargo, los medios digitales no trastocaron la vida de la manera en que se pensó, ni eliminaron a los medios de comunicación, ya que estos continúan existiendo y desempeñando un papel importante en los dominios de internet. Sin ir más lejos, el periodismo se ha vuelto más multimedia, hipertextual, facilitando a la audiencia la retroalimentación y el comentario de los artículos. Pero los modos y maneras de hacer periodismo, sus valores fundamentales y su autoconcepción no cambiaron mucho. Los profesionales siguen considerando importante informar de forma precisa y “objetiva” sobre los acontecimientos/temas relevantes y/o comentarlos. Y esto lo siguen haciendo, en su mayoría, no los bloggers aficionados, sino los periodistas y otros profesionales de la información (Castellón Aguayo y Jaramillo, 2015).

El auge de Internet/World Wide Web y de los medios digitales ha ido acompañado de algunos cambios significativos en el sistema de medios de comunicación de masas establecido, especialmente en los medios de noticias (Preston, 2009). Por ejemplo, al disminuir la circulación y los ingresos de los periódicos, resultó difícil producir noticias de calidad a través de internet, donde la gente no está dispuesta a pagar por esos contenidos periodísticos, y mientras tanto continuó la concentración en los mercados de los medios de comunicación. Sería demasiado esperar que el análisis histórico pueda explicar los diversos y complejos aspectos del cambio actual de los medios de comunicación o dar incluso un pronóstico sobre la evolución futura. Pero el análisis histórico que estudia el cambio mediático anterior y las innovaciones de los medios de comunicación puede dar una visión importante, lo que es realmente “nuevo” en los nuevos medios y donde podemos encontrar, a menudo bastante sorprendente, continuidades, o meras variaciones. Podemos dar al menos algunas pistas sobre cómo los periódicos o el periodismo profesional pueden hacer frente a la era de Internet y a la crisis actual, por ejemplo, con más noticias locales, más historias de fondo, una presentación y un contenido de mayor calidad, etc.

Cuando se trata de las innovaciones de los medios de comunicación y su relación con los cambios socioculturales, los estudios de casos históricos y las comparaciones históricas son esenciales para aportar ideas sobre el papel y la relevancia de los diversos factores, normalmente en-

trelazados, que intervienen. Los enfoques de conformación social, como el desarrollado por Raymond Williams (1974), tienden a subrayar la relevancia de los factores culturales y socioeconómicos, que influyen y conforman todo el proceso de innovación, desde el desarrollo hasta la aplicación y el consumo. En esta perspectiva, los intereses económicos y políticos, el comportamiento de los consumidores, etc., son más relevantes para el proceso de innovación que las características puramente tecnológicas. Según Williams, las nuevas tecnologías no se limitan a desarrollarse y a establecer las condiciones para el cambio y el progreso social. Por el contrario, subraya que las innovaciones de los medios de comunicación son el resultado de la política y la economía, intenciones y necesidades de la audiencia que fueron generadas por cambios más generales en la sociedad (Williams, 1974).

Sin embargo, sugerimos que los análisis históricos son valiosos y esenciales, no sólo porque permiten comprender de forma fundamentada las innovaciones técnicas. De hecho, también es necesaria una perspectiva a largo plazo si queremos comprender los factores que conforman las estructuras del sistema de medios de comunicación y las organizaciones mediáticas, las prácticas de los productores, las audiencias y los receptores o, de hecho, los aspectos clave del funcionamiento de la esfera pública: ¿qué importancia tuvo la influencia política y cómo cambió? ¿Qué pasa con los intereses económicos y el trasfondo cultural y social? ¿Qué afectó a la esfera pública? ¿Es la comercialización de los medios de comunicación una tendencia lineal y aún vigente? ¿Cambiaron los valores profesionales de los periodistas y las expectativas de la audiencia? etc. Y al revés: ¿cómo cambiaron los medios de comunicación la política, la cultura y la sociedad?

## Estructura del libro

*Hacer Política. El impacto de las comunicaciones en América Latina* se origina como una mesa de trabajo presentada al congreso AIHLA-París en 2020. Luego del primer año de pandemia, un grupo de investigadores de las comunicaciones, mayoritariamente proveniente de las ciencias sociales, logramos reunirnos virtualmente. Este encuentro tuvo por objetivo dialogar e intercambiar perspectivas teóricas y metodológicas sobre la tríada historia, comunicación y política desde el siglo XIX al XXI. A pesar del esfuerzo que hicimos por convocar estudios audiovisuales y/o

sonoros, la prensa y el periodismo siguió protagonizando el escenario de las comunicaciones. Lo que no es de extrañar si consideramos a que tiende a erigirse con un estatus particular al interior de la historia de comunicación, además de su disponibilidad en los distintos repositorios o hemerotecas de la región. Los criterios utilizados para ordenar los contenidos que componen este libro se centró en lo cronológico, ya que la reflexión teórica-metodológica —expuesta en los apartados anteriores— era compartida por la mayoría de los autores y las autoras. De una u otra forma, el sustrato ontológico que sostiene a la prensa liberal moderna de “objetividad y neutralidad” había sido superado de manera que, todos concordamos en la intencionalidad —consciente o inconsciente— que moviliza a un medio e incide en las tomas de decisiones informativas. Una práctica que va mutando y ajustándose a las transformaciones que experimenta la prensa y el periodismo, orquestadas por los cambios estructurales de una sociedad.

Desde finales del siglo XVIII, la prensa en América Latina se caracterizó por ser el lugar desde donde emanaban las opiniones racionales de interés general, es decir, la opinión pública. La intensa actividad periodística desplegada desde los procesos de Independencias marcó el debate sobre los límites de la libertad de expresión y de impresos de las jóvenes repúblicas de la región. Mientras para algunos es el lugar de mediación entre el Estado y la sociedad, para otros era sólo un instrumento de manipulación del poder de la palabra sobre los individuos. El prestigio del escrito en los círculos de las élites, la participación al debate de ideas y de políticas a través de las publicaciones, atraían a numerosos hombres políticos que veían en las publicaciones un instrumento esencial de su carrera y lucha política (Johansson, 2024), un dispositivo de poder que nutría el desarrollo de una prensa de combate. A pesar de la promulgación de marcos legales encargados de controlar la información que la prensa difundía, ningún sector político negó su valor para el orden democrático, un dispositivo de civilidad capaz de combatir la tiranía y el autoritarismo.

Desde este lugar, Frédéric Johansson analiza las trayectorias de las élites políticas, miembros del escenario político mexicano, en relación con la intensa actividad periodística que desplegaba, aunque su gestión gubernamental o parlamentaria no fuese siempre favorable a la libertad de prensa. Esto se debe a la importancia política que los periódicos tuvieron en el México de la mitad del siglo XIX. Con pronunciadas características de periodismo de combate respaldando opciones ideológicas en fuerte oposición, los periodistas cumplían con un papel central en el

escenario político. Órganos de “partidos” poco homogéneos y estructurados, el periodista “partidario” podía de esta manera canalizar e influenciar los debates y decisiones, transformándose así en un actor político mayor. De la misma manera, en un sistema supuestamente democrático en el que un “pueblo soberano” en gran parte analfabeto y abstencionista, era el fundamento del régimen, recae pues en la prensa el papel de “personificar” a este pueblo. Por ello, era esencial para los gobiernos controlar esa prensa: censurarla, reprimirla, comprarla para así controlar una fuente mayor de poder basado esencialmente en la palabra.

Las dos últimas décadas del siglo XIX van a marcar los inicios de la prensa moderna comercial que conocemos hasta el día de hoy. Al crecimiento de la ciudad se sumó el desarrollo de las comunicaciones de transporte y de las publicaciones escritas, las cuales comenzaron a subvertir su formato y estilo al compás de las nuevas relaciones sociales que se estaban gestando en la región. Aparecieron diarios y revistas que no respondían a los propósitos que marcaron a la prensa del siglo XIX; más bien tuvieron un marcado carácter comercial que trascendió la lucha partidista. Lo comercial se fusionó con la retórica del progreso y la modernidad redefiniendo, a través de nuevos formatos y tópicos, la noción de interés público y la función del periodismo. Un nuevo periodismo que buscaba capturar la mayor cantidad posible de lectores-consumidores a través de las noticias, sin perder de vista su rol formador de opinión pública que aparecía como independiente. Eran estas transformaciones propias de la consolidación de una sociedad de masas latinoamericana que enmarcan el resto de los artículos que componen este libro.

Marina Poggi fija su mirada en las pequeñas poblaciones rurales de la provincia de Buenos Aires, Argentina, a mediados del siglo XX. La autora señala que estas localidades han sido históricamente arena de disputas por el liderazgo político de tales espacios. Por ese motivo, la prensa local resultaba una herramienta estratégica para llegar a la población y se erigía como constructor del poder partidario desde el propio escenario. En este trabajo se analiza el discurso que Manlio Olivari —particular figura adherida al peronismo y estanciero en General Belgrano, Buenos Aires— elaboraba mediante *solicitudes* en el periódico *El imparcial* de dicha localidad a modo de ejercicio educativo y moralizante. Como herramientas metodológicas, Poggi acude al Análisis Crítico del discurso que, por medio de *topoi* (Wodak, 2009), permiten identificar terminología recurrente y conceptualizaciones asociadas. En cuanto al marco teórico, se recurre específicamente a la estructura noticiosa (Van Dijk, 1990) y a

la concepción del periódico como actor político (Borrat, 1989). De ese modo, es posible reconstruir, tanto en lo global como en lo particular, la discursividad construida en espacios políticos de “tercera línea” del peronismo (Salomón, 2012), donde lo local cobra relevancia asociado a lo supralocal.

Por su parte, Patricia Calvo centra su atención en el análisis de *El Cubano Libre*, uno de los boletines del Ejército Revolucionario del Movimiento 26 de Julio (M26J), que vio la luz en noviembre de 1957 bajo el auspicio de Ernesto *Che* Guevara. El objetivo es sistematizar los contenidos de dicha publicación para, por un lado, observar cuáles eran las inquietudes de la guerrilla apostada en la Sierra Maestra y del *Che* antes de 1959 y, por el otro, situar la publicación en la estrategia general de comunicación y propaganda del grupo liderado por Fidel Castro. El trabajo se enmarca en los estudios acerca de los medios de comunicación insurgentes, los cuales buscan superar el estudio de caso, al vincular los medios clandestinos con las organizaciones que los impulsaron y sus políticas de difusión, a la vez que los integra en la estrategia general de movilización revolucionaria. Además, la autora ofrece pistas acerca del panorama mediático cubano en el presente, impregnado de una dualidad entre la difusión de contenidos propios y la defensa del proyecto revolucionario frente a los ataques de las voces discordantes con la situación del país.

Mara Burkart ofrece un estudio en perspectiva comparada de la prensa de humor gráfico en la década de 1970 dentro de las dictaduras militares de Brasil, Argentina y Chile. Mientras que en los dos primeros países surgieron revistas que, aunque condicionadas por la censura, sobrevivieron a los regímenes totalitarios y se convirtieron en espacios de crítica y oposición, en el último, la dictadura de Pinochet hizo que la producción humorística existiera de modo disperso en publicaciones opositoras y críticas del régimen militar. En general, la autora señala que estas revistas funcionaron como espacio de encuentro, trabajo y sociabilidad para humoristas gráficos, periodistas y trabajadores de prensa que tras los golpes de Estado habían visto cerrarse los proyectos editoriales en los que estaban comprometidos. Además, estos productos culturales también permitieron la forja de un “nosotros” en oposición a un otro, que era la dictadura, para lo cual el humor jugó un gran papel como cohesionador. De este modo, Burkart se adentra en el análisis mediático de seguir produciendo aun cuando la mayor parte de contenidos estaban prohibidos.

En este sentido, Marcelo Borrelli reflexiona en su texto acerca de la prensa política en Argentina entre 1976 y 1983. Para ello, se centra en el estudio de las revistas *Redacción*, *Extra* y *Somos* para concretar sus líneas editoriales sobre ciertos acontecimientos o temas clave de la época, como fue el acceso al poder de las Fuerzas Armadas en 1976, sus iniciativas políticas hacia los dirigentes civiles, la cuestión represiva o lo que en aquellos años se denominó como la “lucha antisubversiva”, la política económica, el impacto político del Mundial de Fútbol de 1978 y la guerra por Malvinas de 1982, por cuya derrota el Gobierno militar iniciará un proceso de entrega del poder a los civiles. El autor concluye así que, pese al nivel extremo de represión, estos productos mediáticos proporcionaron un espacio crecientemente dinámico para opinar sobre “lo político”. Una vez más, la censura se convirtió en un medio para desarrollar otro tipo de activos mediáticos.

Por último, Antoine Faure analiza la memoria postdictadura que el gremio de periodistas construyó para resignificar su práctica profesional. Entre el fin del régimen autoritario y los años posteriores a la dictadura, la comunidad chilena de profesionales del periodismo realizó un trabajo de memoria que cimentó, como contraejemplo de su quehacer contemporáneo, el ejercicio de la profesión durante el gobierno de Allende (1970-1973). Con el objetivo de comprender los efectos de este relato, analiza testimonios escritos, entrevistas semiestructuradas y textos universitarios que versan, *a posteriori*, sobre el ejercicio del periodismo durante el período de la “vía chilena al socialismo”. Esta memoria se centra en los excesos y las derivas partidistas de los y las periodistas que contribuyeron a instalar las condiciones del golpe de Estado de 1973 y romper la tradición democrática. También deja pistas sobre la identidad de la comunidad profesional y los mandatos que se le hicieron en el Chile posdictatorial (1990-a la fecha). De esta manera, la memoria profesional del periodismo en Chile prescribe comportamientos antipolíticos para contribuir a la estabilidad democrática.

En definitiva, el conjunto de los textos señala condicionamientos históricos particulares que, desde estudios de caso, abren una mirada general acerca del uso de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica en América Latina. La prensa general, la prensa militante, la censura y su burla, así como la memoria, el ejercicio del periodismo o la construcción de un sujeto social alrededor de productos mediáticos son algunos de los puntos en común de la totalidad de los estudios presentes en este libro. A través de diversas metodologías nos indican, además, que se tratan

de temas susceptibles de profundización y que, como sostenemos como premisa fundamental de esta obra, deben revalorizarse dentro de los estudios históricos y de la comunicación.

## Referencias

- Arancibia Carrizo, J. y Salinas Muñoz, C. (2016). *Comunicación política y democracia en América Latina*. Gedisa.
- Arnold, K., Preston, P. y Kinnebrock, S. (2019). *The Handbook of European Communication History*. John Wiley & Sons.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Gustavo Gili.
- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Gustavo Gili.
- Borrelli, M. (2024). Opinar en tiempos de dictadura. La prensa política argentina entre 1976 y 1983. En C. Rivera Aravena y P. Calvo González, *Hacer Política. El rol de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica en América Latina*. Facultad de Humanidades-Universidad de Santiago de Chile.
- Bourdieu, P. (2005). The political field, the social science, and the journalistic field. En R. Benson y E. Neveu, *Bourdieu and The Journalistic Field. Gran Bretaña: Polity Press*. Polity Press.
- Briggs, A. y Burke, P. (2002). *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus.
- Burkart, M. (2024). Risa, crítica y oposición a las dictaduras militares de los años setentas. En C. Rivera Aravena y P. Calvo González, *Hacer Política. El impacto de los medios de comunicación en las prácticas sociopolíticas en América Latina*. Facultad de Humanidades-Universidad de Santiago de Chile.
- Castellón Aguayo, L. y Guillier Álvarez, A. (2015). *Comunicación, redes y poder*. RIL Editores.
- Castellón Aguayo, L. y Jaramillo, O. (2015). Perspectivas sobre el futuro del periodismo. Tecnología y ejercicio de poder. En L. Castellón Aguayo y A. Guillier Álvarez, *Comunicación, redes y poder* (pp. 37-54). RIL Editores.
- Cervantes Barba, C. (mayo-agosto de 1995). ¿De qué se constituye el habitus en la práctica periodística? *Comunicación y Sociedad*, (24), 97-125.
- Chun, W. y Keenan, T. (2006). *New Media, Old Media. A History and Theory Reader*. Routledge.
- Douglas, S. (2008). Does textual analysis tell us anything about past audiences? En B. Zelizer, *Explorations in communication and history*. Taylor & Francis Group.
- Goggin, G. (marzo de 2016). Media and Power After Stuart Hall. *Cultural Studies Review*, 22(1), 277-281.

- Guerra, F. (1992). *Modernidad e Independencias*. Fondo de Cultura Económica.
- Habermas, J. (1981). *Historia y Crítica de la Opinión Pública*. Gustavo Gili.
- Johansson, F. (2024). El periodista: Figura central del escenario político mexicano a mediados del siglo XIX. En C. Rivera Aravena y P. Calvo González, *El impacto de las comunicaciones en las prácticas sociopolíticas Latinoamericanas, XX-XXI*. Facultad de Humanidades-Universidad de Santiago de Chile.
- Kircher, M. (2005). La prensa escrita: actor social y político, espacio de producción cultural y fuente de información histórica. *Revista de Historia*, (10), 115-122.
- Martín-Barbero, J. (2002). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili.
- Moyano Barahona, C. y Rivera Aravena, C. (junio de 2020). Disputando lo político. La izquierda y la prensa política de masas en Chile, 1950-1989. *Universum (Talca)*, 35(1), 340-366.
- Negroponte, N. (1995). *Being Digital: The Road Mao for Survival on the Information Superhighway*. Hodder & Stoughton.
- Ossandon B., C. y Santa Cruz A., E. (2001). *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna*. LOM Ediciones.
- Poe, M. (2010). *A History of communications: Media and Society from the Evolution of Speech to the Internet*. Cambridge University Press.
- Preston, P. (2009). *Making the News*. Routledge.
- Rivera Aravena, C. (2008). La verdad está en los hechos: una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en dictadura. *Historia*, 1(41), 79-98.
- Rivera Aravena, C. (2018). Prensa y Política. El poder de la construcción de la realidad. Chile, siglo XIX-XX. En I. Jaksic y J. Ossa, *Historia Política de Chile, 1810-2010* (Vol. 1). Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Pérez, M. (2013). *Estudios culturales y de los medios de comunicación*. Universidad de Deusto.
- Sabato, H. (1998). *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Editorial Sudamericana.
- Sáez Baeza, C. (2018). *Apuntes para una historia de la comunicación alternativa*. RIL Editores.
- Santa Cruz, E. (1996). *Modelos y estrategias de la prensa escrita en procesos de modernización: Chile siglo XX*. Documento de Trabajo, Universidad ARCIS, Centro de Investigación Sociales.
- Sierra Caballero, F. (diciembre de 2011). Teoría crítica y comunicología. El legado de la Escuela de Frankfurt. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, (3), 349-356.
- Stange Marcus, H. y Salinas Muñoz, C. (2009). *Rutinas periodísticas. Discusión y trayectos teóricos sobre el concepto y su estudio en la prensa chilena*. Cuadernos de Trabajo ICEI, Universidad de Chile, Santiago.

- Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Paidós.
- Tuchman, G. (1978). *Making News. A Study in the Construction of Reality*. Free Press.
- Tuchman, G. (1985). Consciousness industries and the production of culture. *Journal of Communication*.
- Williams, R. (1974). *Television, Technology and Cultural Form*. Fontana/Collins.
- Zelizer, B. (2008). *Explorations in Communication an History*. Routledge.

## El periodista: figura central del escenario político mexicano a mediados del siglo XIX

Frédéric Johansson

La libertad de prensa, en boca de Francisco Zarco (1987, p. 99), era “la más preciosa de las garantías sin la que, son mentira cualesquiera otras libertades y derechos [...] no sólo es el arma más poderosa contra la tiranía y el despotismo, sino el instrumento más eficaz y más activo del progreso y de la civilización”. Este célebre periodista, redactor de *El Siglo Diez y Nueve*, uno de los principales periódicos mexicanos de mitades del siglo XIX, defendía así con ardor ante el Congreso Constituyente del que era parte, la importancia fundamental de una prensa libre para consolidar el régimen liberal y democrático que se intentaba de restaurar entonces en México. En 1856, el país venía a penas de salir de tres años de la dictadura conservadora de Antonio López de Santa Anna en la que el periodismo vivió censura, exilios y persecuciones. Se trataba, pues, en el marco de una nueva Constitución, de proclamar en oposición a este período aciago, un artículo afirmando el principio esencial en el ideario liberal mexicano de “la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia” (Tena Ramírez, 1999, pp. 606-629). Sin embargo, en ese mismo debate, la proclamación de este principio general de libertad fue inmediatamente limitado por el voto de restricciones enmarcando el derecho de escribir para evitar “todo género de abusos” y “los excesos de la prensa” (Mata citado en Zarco, 1987, p. 122). De manera paradójica, el mismo Zarco (1987, p. 100) defendió estas barreras a su oficio, afirmando que “el bien de la sociedad exige ciertas restricciones para la libertad de prensa”, mostrando así un cierto consenso de la élite política en torno a una actividad periodística considerada fundamental para la arena política, pero por ello mismo también amenazadora.

Estos debates constitucionales eran así representativos del cuestionamiento general del papel que debían tener en la esfera política los periodistas y sus escritos durante esta época llamada de “Reforma”, período

durante el cual se introdujeron las grandes transformaciones liberales, en medio de un campo político cada vez más dividido y agobiado por intensos debates<sup>1</sup>.

De manera paradójica, los periodistas durante esta época eran considerados como esenciales en la configuración de una opinión pública, fundamental para un sistema democrático y, sin embargo, sus escritos eran leídos tan sólo por una minoría de ciudadanos en un país con una mayoría analfabeta. Orfebres de la palabra, su papel de contrapoder se basaba en la crítica y el comentario de sus manuscritos sobre la acción de los gobernantes y, al mismo tiempo, estos articulistas participaban con esmero en la vida política como actores diligentes responsables de puestos de diputados y ministros. Actores partícipes de la vida política, defendían como periodistas libertades para sus periódicos y a la vez de manera contradictoria como miembros del poder concebían y aplicaban reglamentos restrictivos hacia la prensa.

Frente a todas estas paradojas, este artículo intenta analizar el papel central de los periodistas en la vida política mexicana a mediados del siglo XIX y tratar de responder a estas contradicciones, analizando la importancia en el imaginario político de la actividad periodística y, por ende, la necesidad de controlar y reprimir tal poder.

## El periodismo mexicano a mediados del siglo XIX

Antes de estudiar estas problemáticas, es indispensable en un primer tiempo contextualizar nuestros razonamientos en el ámbito del México de mitades del siglo XIX y tratar de acercarse a lo que significaba la práctica de periodista en esos tiempos.

La actividad periodística era intensa, con numerosos periódicos en la plaza pública. Por ejemplo, en los años 1855 y 1856, la capital de la República contaba al menos con siete periódicos conservadores, diez publicaciones liberales e incluso dos diarios en francés<sup>2</sup>. Algunas de estas publicaciones tan sólo fueron el fruto del entusiasmo que acompañó la

1 La "Reforma" en su sentido estricto abarcó el período de 1855 hasta 1862, desde la victoria liberal de 1855 con la revolución de Ayutla hasta el final de la guerra civil entre los conservadores y liberales durante los años 1858-1862.

2 La prensa conservadora se componía de *La Cruz*, *La Sociedad*, *El Ómnibus* (que se transforma en *El Diario de Avisos*), *El Nuevo Mundo*, *El Pensamiento Nacional*, *La Nación*, *La espada de Don Simplicio* (Satírico), *El Legitimista*. La prensa liberal estaba compuesta de *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX*, *El Heraldo*, *La Patria*, *La Verdad*, *El Tribuno del Pueblo*, *El Republicano*, *La Opinión*, *La República*, *El Universal*. *El Entreacto*, *El Correo de México* y *El Estandarte Nacional*

victoria liberal frente a Santa Anna en agosto de 1855, dando impresos con una corta vida de algunos meses; otros como *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *El Heraldo*, o del lado conservador *La Sociedad* y *La Cruz*, eran instituciones que perduraron durante este agitado período. Esta intensa oferta de periódicos no solamente concierne a la capital. Vemos también en las grandes ciudades, como Puebla, Guadalajara, Querétaro, Veracruz o Morelia, una labor intensa de la prensa. Guadalajara contaba así, en este mismo lapso de tiempo, al menos con seis periódicos, mientras que los poblanos tenían acceso a cuatro diarios, el mismo número de periódicos que circulaban en Querétaro y en Veracruz, y los morelianos podían leer hasta seis diarios<sup>3</sup>. En los estados existían incluso publicaciones en entidades menores, como en Lagos o Zapotlán Jalisco, o en Tlaltenango Zacatecas<sup>4</sup>. Si el tiraje, la periodicidad y la duración de estas publicaciones eran muy heterogéneas, al menos reflejaban un afán de escribir, comentar y entrar en polémicas, produciendo una práctica vigorosa del periodismo en una gran parte del territorio nacional.

Sin embargo, a pesar de esta importante actividad implicando redactores y articulistas, no se puede realmente hablar de periodistas de profesión en el sentido estricto de la palabra para la mayor parte de los participantes de este universo de la prensa. Es cierto que la intensidad de publicaciones que acabamos de poner de relieve permitía una cierta profesionalización, con algunos autores considerando el periodismo como su empleo principal, permitiéndoles hacer de esta actividad la fuente de su sustento económico. Francisco Zarco, por ejemplo, responsable del periódico *El Siglo XIX*, lograba vivir de su actividad periodística tras una exitosa carrera en este oficio. Lo mismo se puede decir de Juan de Dios Arias, fundador del periódico satírico poblano *La Pata de Cabra*, y que continuó su labor periodística en la capital nacional al deber huir de los pronunciamientos conservadores en su ciudad natal. Sin embargo, la mayoría de los participantes en el mundo del periodismo hermanaban su trabajo de periodistas con otra profesión.

---

eran menos marcados ideológicamente. El *Trait d'Union* y *L'indépendant* (de corta existencia) se editaban en francés.

- 3 La prensa en Guadalajara estaba compuesta por *El País*, *La Revolución*, *El Águila Roja*, *La Opinión de Guadalajara*, *La Nacionalidad* y *La Ilustración*. La capital de Puebla contaba con *La Pata de Cabra*, *La libertad*, *La Razón* y *El Interés General*. En Morelia se editaban *La Discusión*, *El Pueblo*, *La Reforma*, *El Centinela Michoacano*, *El Eco Nacional* y *El Sans-Culotte*. Querétaro contaba con *La Opinión*, *El Federalista*, *El Guardia Nacional* o *La Crónica*, mientras que en Veracruz circulaban *El Clamor Público*, *El Progreso*, *Los Padres de Agua Fría* y *El Veracruzano*.
- 4 *La Barranca* (Lagos Jalisco), *El Mosquito* (Zapotlán Jalisco), *El Pobre diablo* (Tlaltenango Zacatecas) reemplazado por *La Sombra de García*, *El Espectro* (Tlaltenango Zacatecas).

Un liberal como José María Iglesias conciliaba, por ejemplo, su participación en la prensa (esencialmente en *El Siglo XIX*) con el profesorado y la abogacía, además de algunos empleos en la alta función pública. El conservador Manuel Diez de Bonilla también compaginaba su labor de abogado con la de periodista (colaborando con *El Universal* y después *La Sociedad*) y ocupó durante su carrera varios puestos políticos (diputado, gobernador, ministro). Aún personajes como Manuel Payno, Guillermo Prieto o Ignacio Ramírez el Nigromante, considerados ante todo publicistas, autores prolíficos de literatura, panfletos políticos y artículos, añadían a su pasión por la pluma, puestos ministeriales, legislativos o en la administración fiscal. Payno, de manera emblemática, no sólo fue un incansable periodista, propietario de una imprenta, fundador de varios periódicos, colaborador de distintos diarios y revistas<sup>5</sup>; sino que también tuvo una intermitente vida de funcionario público en diferentes administraciones fiscales del país<sup>6</sup>, aunadas a una carrera política (diez años diputado en cinco asambleas nacionales distintas, tres veces ministro de Hacienda)<sup>7</sup> y una agitada vida de empresario en materias de transportes, minas y tierras<sup>8</sup>.

Si bien el ejemplo de Payno parece excepcional, sigue siendo de cierta manera representativo, pues entre muchas de las personas que consideraremos aquí como parte de la esfera de la prensa, el periodismo era tan sólo una pequeña parte de su labor y de su carrera. Las cuestiones económicas explican en gran parte este fenómeno: vivir únicamente de su pluma era difícil, por lo que los complementos de otro oficio eran necesarios para la mayoría de los periodistas.

5 Fundador de *Don Simplicio* (1845-47) y de *El Eco del Comercio* (1848), colabora en *El Siglo XIX* (1841) y *El Monitor Republicano* (1845-53), así como en las Revistas *Mosaico Mexicano* (1836-37; 1840-42) y *Museo Mexicano* (1844-45)

6 Miembro de la Junta de Hacienda (1846); de la Junta de Crédito Público (1852-1853) y de la Junta de Aranceles (1855). Empleado al cargo de la Aduana de Matamoros (1839-1841), la dirección general de rentas federales (1842), de la Renta de Tabacos de Fresnillo (1842-1843) así como Contador de la Fábrica de Tabacos de la Ciudad de México (1846) y en tiempos difíciles empleado de la administración Correos (1855/ 1859).

7 Fue diputado por el Estado de México (1837-1838, 1839-1840 y 1841), de Puebla (1848-1849) y de Tamaulipas (1850-1851). Ministro de Hacienda (1850-1851, 1856 y 1857).

8 Tuvo negocios turbios con los agiotistas Escandón (participación en la Compañía Mixta de Tehuantepec desde 1852 con adquisición de tierras en Coatzacoalcos 1853 y terrenos baldíos en Tehuantepec 1857) y Jecker (adquisición de baldíos en Sonora 1857-60). Invirtió en la Compañía del Ferrocarril de Tamaulipas (1854-1856), la Compañía del Ferrocarril de México-Veracruz (1857) y la Compañía del canal México-Chalco (1860). Rentó Haciendas en Texcoco (1854) y tomó posesión de una mina en San Antonio Baja California (1856), participando luego en la Compañía Unida de Minas de Baja California (1857).

Sin embargo, para muchos de estos escritores entusiastas tal vez habría que adoptar una visión inversa. El periodismo no era visto como una profesión en sí, sino como un complemento intelectual y político a su vida profesional y a su estatus social. El prestigio del escrito en los círculos de las élites, la participación al debate de ideas y de políticas a través de las publicaciones, en resumen, el poder cultural, social y político de la palabra, atraían a numerosos personajes. Vemos así que cuantiosos hombres políticos utilizan el periodismo como un instrumento esencial de su carrera y lucha política. Por ejemplo, los principales pilares del conservadurismo mexicano, participaron en la aventura periodística, utilizando sus diarios (*El Universal* primero y luego *La Sociedad*, *El Ómnibus* o *La Cruz*) como órganos esenciales para dar a conocer sus ideales y proyectos, llevar a cabo una crítica radical del liberalismo e interpretar el día a día de la realidad mexicana a través de su ideario. Tomando como ejemplo a Lucas Alamán, Ignacio Aguilar y Marocho, Francisco Javier Miranda, Hilario Elguero, Manuel Díez de Bonilla o Luis G. Cuevas, todas figuras centrales del Partido Conservador, escribieron artículos con esmero durante el período que estudiamos. Muchos, como Teodosio Lares, tan sólo se contentaron con una episódica participación, pero todos parecen hacer del periodismo más que una profesión: un instrumento político prolongando los otros medios de lucha ideológica y por el poder. Así, Melchor Ocampo o José María Lafragua, por el bando liberal, si bien colaboraron a menudo con varias publicaciones, eran ante todo hombres políticos escribiendo artículos de prensa y no periodistas haciendo política. Por ello, por prudencia, utilizaremos seguido en el resto de este artículo comillas al usar la palabra de periodistas.

Periodistas de profesión o colaboradores de la prensa, en todo caso, la esfera política y periodística estaban fuertemente ligadas, haciendo de estos miembros del universo periodístico una gran parte de las élites políticas.

### **Una sobrerrepresentación de los “periodistas” en los círculos de poder**

Efectivamente, al analizar las trayectorias de las élites políticas de la época de la Reforma, vemos que una gran parte de los miembros del escenario político tuvieron una actividad periodística. Como las tablas siguientes nos lo muestran, la élite política contaba con un número muy

importante de “periodistas” en el sentido amplio de la palabra, a la vez de profesión y de pasión.

Tabla 1. Diputados en el Congreso Constituyente de 1856-1857

	Titulares	Acreditados	Presentes y activos
Diputados constituyentes en general	156	142	48
Diputados constituyentes “periodistas”	28	27	12
Porcentaje de “periodistas”	18%	19%	25%

Fuente: elaboración propia.

Así, en el Congreso Constituyente que se elige en 1856 para dotar al país de una nueva Constitución liberal, podemos ver la sobrerrepresentación de esta “profesión” entre los diputados elegidos para redactar la carta magna del país. En tiempos electorales, la actividad de periodista aparece, así como un activo, al permitir a estos candidatos, a través de su oficio, tener una importante visibilidad en el debate público local, regional, así como nacional, adquiriendo de esta manera una notoriedad gracias a sus escritos. El dominio de la retórica y el uso de referencias ideológicas en el ámbito de la lidia de ideas que poseen estos periodistas, les dan igualmente un perfil idóneo para figurar como constituyentes. Vemos así figuras periodísticas con una reputación nacional, como Ponciano Arriaga, Francisco Zarco, Guillermo Prieto o Ignacio Ramírez, que fueron elegidos como representantes “naturales” de sus estados de origen (San Luis Potosí para Arriaga) o en el que vivieron algún tiempo (Sinaloa para Ignacio Ramírez) e incluso escogidos para representar estados con los que no tenían lazos particulares (Puebla para Prieto; a Arriaga lo eligen igualmente los estados de Jalisco, Guerrero, estado de México, Puebla, Zacatecas y Michoacán). Colaboradores de la prensa con una notoriedad más regional logran también ser elegidos por sus compatriotas, como le ocurre a Juan de Dios Arias, redactor de diferentes periódicos de Puebla, o a Simón Garza Melo, notabilidad de Nuevo León gracias a su actividad periodística que explica su elección al Constituyente. Ahora bien, el Congreso Constituyente tuvo la particularidad de contar con numerosos diputados elegidos que no se presentaron en la Ciudad de México para

ejerger su mandato, acreditándose ante las autoridades. Hubo también numerosos parlamentarios que asistieron de manera muy episódica a los debates y votos, dejando que sólo una minoría activa guiara la actividad de este Congreso con aproximadamente 48 diputados representando el corazón de esta asamblea entre los 78 representantes necesarios para obtener el quórum requerido para elaborar cotidianamente el código fundamental (Johansson, 2013, pp. 117-172).

Vemos, de esta manera, que los colaboradores de prensa no solamente representaban una buena parte de los elegidos, sino que participaron de manera decidida en la redacción de la Constitución de 1857 al acreditarse y, sobre todo, participar con entusiasmo en la dinámica de este cuerpo constitucional que tendrá un legado histórico mayor: la Constitución de 1857, considerada como el símbolo del liberalismo decimonónico mexicano. Formando una cuarta parte de esta minoría activa que redactó y enmendó el texto constitucional, los periodistas fueron efectivamente una de las fuerzas mayores de este cuerpo constituyente. Es así que, aureolado por su triunfal elección, Ponciano Arriaga se transformó en una de las figuras centrales de la Asamblea, al ser elegido a su vez por los diputados como primer presidente del Congreso del 14 al 28 de febrero 1856 y, más importante aún, como presidente de la Comisión de Constitución encargada de redactar el proyecto Constitucional. Los grandes oradores de este Congreso fueron igualmente figuras tales como Francisco Zarco (150 intervenciones) o Ignacio Ramírez (70), que participaron sin cesar con largos discursos, arduas intervenciones y apasionadas declaraciones<sup>9</sup>. Fuerzas de proposición y de crítica fueron el corazón del Congreso, representantes del “partido firme, decidido que toma la vanguardia, que se adelanta en la lucha de las ideas, que toma la primera fila en la tribuna y en los campos de batalla” (Ponciano en Zarco, 1987, p. 273).

Este papel preeminente de los periodistas en el ámbito constituyente, también lo podemos encontrar en los gobiernos del país durante esta época, como nos lo muestran las tablas a continuación.

<sup>9</sup> El conteo de estas intervenciones se hizo a partir de *Actas*, 1957.

Tabla 2. Periodistas miembros de los gabinetes liberales (1855-1861)

Gabinetes	Ministros “periodistas”	Porcentaje de “periodistas”
Gabinete Álvarez 6 secretarios (noviembre 1855-diciembre 1855)	Melchor Ocampo (Relaciones) Guillermo Prieto (Hacienda) Ponciano Arriaga (Gobernación)	50%
Gabinete Comonfort I 6 secretarios (diciembre 1855-diciembre 1856)	Luis de la Rosa (Relaciones) José María Lafragua (Gobernación) Manuel Payno (Hacienda)	50%
Gabinete Comonfort II 6 secretarios (enero-junio 1857)	Juan Antonio de la Fuente (Hacienda) José María Lafragua (Gobernación) José María Iglesias (Justicia)	50%
Gabinete Comonfort III 6 secretarios (noviembre 1857-diciembre 1857)	Juan Antonio de la Fuente (Relaciones) Manuel Ruiz (Justicia) Manuel Payno (Hacienda) Bernardo Flores (Fomento)	66%
Gabinetes Juárez 6 secretarios (enero 1858-enero 1861)	Melchor Ocampo (Relaciones / Hacienda) Guillermo Prieto (Hacienda 1858) Juan Antonio de la Fuente (Relaciones 1859 / Justicia 1861) Manuel Ruiz (Justicia)	33% / 50%

Fuente: elaboración propia.

Como lo vemos en las estadísticas de los gabinetes liberales del período de la Reforma, los personajes con una experiencia en el periodismo formaron de manera permanente la casi mayoría de los secretarios encargados del Ejecutivo mexicano. A mediados del siglo XIX, este estaba compuesto de seis Secretarías<sup>10</sup>, cuyos titulares contaron de manera constante entre dos y cuatro “periodistas”. La orientación política radical (gobiernos de Álvarez o Juárez) o moderada (gobiernos Comonfort) de estos gobiernos no pareció constituir una diferencia mayor en lo que respecta a este fenómeno. En cambio, si analizamos a los gobiernos conservadores de la Ciudad de México durante la guerra civil de tres años (1858-1861) en lucha contra los liberales liderados por Juárez desde Ve-

10 Secretaría de Relaciones cuyo titular se consideraba el principal responsable del gabinete presidencial, así como las Secretarías de Gobernación, de Hacienda, de Justicia, de Fomento y de Guerra.

racruz, vemos que los periodistas estuvieron un poco menos presentes en la cima del poder.

Tabla 3. Periodistas miembros de los gabinetes conservadores (1858-1860)

Gabinetes	Ministros “periodistas”	Porcentaje de “periodistas”
Gabinete Zuloaga I 6 secretarios (enero 1858-julio 1858)	Luis G. Cuevas (Relaciones); Hilario Elguero (Gobernación)	33%
Gabinete Zuloaga II 6 secretarios (julio 1858-febrero 1859)	Joaquín María Castillo y Lanzas (Relaciones) Francisco Javier Miranda (Justicia)	33%
Gabinetes Miramón 6 secretarios (febrero 1859-diciembre 1860)	Manuel Díez de Bonilla (Relaciones 1859) Teodosio Lares (Relaciones / Justicia 1860)	16%

Fuente: elaboración propia.

Es cierto que estos gabinetes “reaccionarios” son ante todo gobiernos de guerra civil en tiempos aciagos, en los que los ministros tenían ante todo un papel de organizadores de la lucha. Los militares y los especialistas en materias financieras tenían por ende primacía para ser nominados en el Gobierno por los presidentes-generales Zuloaga y Miramón. Aun así, nos encontramos con varios “periodistas” presentes en estos gabinetes, traduciendo de nuevo la imagen de un peso político mayor de la esfera de la prensa.

En estos puestos gubernamentales, las cualidades del oficio de periodista no eran especialmente requeridas, salvo en la Secretaría de Justicia en la que no solamente se gestionaba la política en materia judicial, sino también la política en materias educativas, religiosas y de prensa. Aquí, ministros tales como José María Iglesias y Manuel Ruiz reunían las ventajas de haber tenido una formación jurídica, unida a su experiencia de periodistas publicando, por ejemplo, largos editoriales sobre materias eclesiásticas o escolares<sup>11</sup>. La presencia de “periodistas” en estos altos puestos gubernamentales se debe ante todo a los otros distinti-

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, José María Iglesias, “Plan de estudios. Libertad de enseñanza”, *El Siglo XIX*, serie de 13 artículos desde el 16 de septiembre de 1855 hasta el 17 de febrero de 1856.

vos políticos que los singularizaban. Muchos debían su nominación a su proximidad hacia el presidente de la República (Lafragua y Payno eran así íntimos del presidente moderado Comonfort) o a su reputación en materias complejas financieras (Payno y Lerdo). Otros eran eminencias entre los partidos en lucha (Bonilla era uno de los fundadores del Partido Conservador) y representaban tendencias políticas singulares. Tanto De la Rosa para los moderados, como Ocampo para los radicales, eran considerados en su época como brillantes miembros del Partido Liberal, capaces de negociar la cohesión y acción del gabinete a su cargo. Lo mismo se podría decir de un Cuevas, prestigioso intelectual y, sobre todo, antiguo liberal, en el que se confiaba que pudiera negociar por su moderación el fin de la guerra civil que se inicia en 1858. Sin embargo, entre todos estos actores gubernamentales, resaltaba la característica común de pertenecer a esa categoría de políticos que no cesaron de utilizar el arma de la prensa en su carrera política para ganar prestigio y apoyar sus ideas y ascenso.

De ahí podemos concluir que una gran parte de la élite del país conocía de manera íntima el universo periodístico, utilizándolo como sustento o apoyo para sus carreras. Y es ahí donde nos encontramos con la paradoja de asambleas y ejecutivos poblados de “periodistas” que no cesaron de restringir y controlar a la prensa.

### **Una clase política represiva en cuanto a la prensa**

En efecto, una de las características constantes de los gobiernos mexicanos en materia de prensa es su voluntad permanente de controlarla a través de un marco legislativo restrictivo.

En este rubro, son los conservadores los que llevan lo más lejos posible estas limitaciones e impedimentos a la libertad de prensa. No es una sorpresa encontrar esta idea de control y represión en el bando conservador, pues este partido siempre miró con desconfianza a la libertad de prensa. Defensor de valores religiosos y morales, estimaba que esta libertad era una amenaza constante a la moral individual y pública, así como a la Iglesia y a las costumbres, al permitir escritos inmorales o blasfemos. Su ley de prensa emblemática era la Ley Lares emitida por la dictadura de Santa Anna (1853-1855) y que los gobiernos conservadores subsecuentes retomarían (gobiernos de los años de guerra civil

entre 1858 y 1861)<sup>12</sup>. Esta ley era en extremo represiva, puesto que no solamente no proclamaba ni siquiera en sus considerandos la libertad de imprenta, sino que también operaba una censura previa e imponía una responsabilidad muy estricta del impresor y del responsable editorial, así como de los vendedores de periódicos<sup>13</sup>. Las multas previstas eran fuertes y aplicadas de manera arbitraria como se queja un Zarco (1987, pp. 105-106) diciendo:

bajo los conservadores la imprenta era negocio de policía y la pena venía sin juicio, sin audiencia, sin defensa, un Lagarde, un esbirro, entraba a mi redacción y me decía “pague usted doscientos pesos de multa”. Preguntaba uno por qué, y se le contestaba “No tiene usted derecho a preguntar. Si no paga dentro de dos horas, se suspende el periódico y usted marcha a Perote”.

La larga lista de abusos prevista por esta ley permitía este arbitrario proceder, puesto que toda censura del Gobierno, así como críticas a la religión daban lugar a cierres y penalidades, pero sobre todo términos tan imprecisos como la condena de “máximas, doctrinas o noticias falsas que tiendan a trastornar el orden o a turbar la tranquilidad pública” (Ley Lares, 1853, artículo 24), o aún más vago como la sanción de términos “injuriosos y calumniosos [...] disfrazados con sátiras, invectivas, alusiones, alegorías, caricaturas o anagramas” (Ley Lares, 1853, artículo 28), reprimían la actividad periodística en casi toda su extensión<sup>14</sup>. El humor, el comentario político o la discusión ideológica se volvían temas prohibidos durante el mandato conservador.

Se podría pensar que, frente a un régimen conservador, de censura, cierre de periódicos, confiscación de imprentas y exilio de periodistas, los

12 En 1853, la Revolución de Jalisco lleva al poder de nuevo a Santa Anna quien decide instaurar una dictadura conforme a los deseos del Partido Conservador que lo apoya. Es derrocado por una Revolución liberal (de Ayutla) que intenta instaurar reformas liberales y anticlericales (desamortización de los bienes de la Iglesia, supresión del fuero militar y eclesiástico etc.). Estas reformas a su vez desencadenan la guerra civil de “tres años”, tras la toma de la Ciudad de México por los conservadores en 1858, los liberales resistiendo en Veracruz y otras regiones del país hasta su victoria en 1861.

13 El impresor debía depositar una fianza en previsión de las multas por pagar (depósito de 3 a 5 mil pesos en el distrito y mil a 3 mil pesos en las capitales estatales). Tenía también la obligación de entregar un ejemplar a las autoridades antes de su publicación, Ley Lares del 25 de abril de 1853 (La administración..., 1973, 310-311).

14 Ley Lares del 25 de abril de 1853, artículos 24 y 28 (La administración..., 1973, p. 312).

liberales abogarían al contrario por un régimen de libertades. En realidad, su legislación fue más que ambigua en este ámbito.

Ciertamente, al recuperar el poder en agosto de 1855 y, más aún, a la hora de configurar una nueva Constitución, no cesaron de proclamar la importancia de la libertad de pensamiento y de prensa. En artículos o discursos, los periodistas no cesaron de cantar loas a la libertad de prensa, considerada como una de las libertades cardinales del liberalismo. Elemento central de la democracia y de las libertades, la libertad de prensa se proclamó rápidamente a la vez en la ley rigiendo a la prensa (Ley Lafragua del 28 de diciembre de 1855) y en el acta constitutiva del país (artículo 7°). Así, la Ley Lafragua afirmaba en su primer artículo que “ninguno puede ser molestado por sus opiniones; todos tienen derecho para imprimirlas y circularlas sin necesidad de previa censura”, mientras que la Constitución de 1857, con acentos más líricos, garantizaba que “es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia; todos tienen derecho para imprimirlas y circularlas sin necesidad de previa censura”<sup>15</sup>.

Sin embargo, a pesar de proclamar un principio general, los liberales marcaron esta libertad con numerosas trabas. La ley Lafragua, por ejemplo, tras enunciar el principio de libertad de expresión en su primer artículo, lo completaba después con otros 47 artículos bastante taxativos. Sin llegar a los excesos de la Ley Lares, muchas de sus disposiciones se le asemejaban, como la condena de abusos igualmente imprecisos como las “noticias falsas o alarmantes, o máximas o doctrinas dirigidas a excitar a la rebelión o a la perturbación de la tranquilidad pública” y los “escritos que ataquen directamente la forma de gobierno republicano representativo popular” pasando por las protestas contra “la ley o los actos de la autoridad”. Los funcionarios se encontraban plenamente protegidos de “la censura [de los funcionarios y de sus] actos oficiales”<sup>16</sup>. Si ya no existía la censura previa, un fiscal estaba encargado de observar y reprimir toda falta por parte de los periódicos. Los periodistas de la época atacaron con vigor esta ley, juzgando como una ley “antiliberal, injusta, perniciosa que destruirá la libertad de prensa”, dejando subsistir únicamente a “los periódicos indignos, venales, incensando a la dictadura” (Ley de Imprenta, 1855, p. 2). De manera emblemática, las críticas feroces a esta legislación

15 Ley Lafragua del 28 de diciembre de 1855 (La administración..., 1973, pp. 642-647); Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos de 1857, artículo 7 (Tena Ramírez, 1999, pp. 606-629).

16 Ley Lafragua, artículo 3° fracción III y II; artículo 4°.

desaparecieron de los periódicos al entrar la ley en vigor, demostrando así su eficacia para acallar a la prensa. Como lo afirmó con claridad Laurence Coudart (2015, p. 636), parecía existir un consenso entre las élites políticas mexicanas en cuanto a la libertad de prensa, vista constantemente desde una perspectiva de “abuso” potencial permanente que había que controlar, convirtiendo así a “la libertad de prensa no en un derecho, sino en una tolerancia”.

### **Un periodismo órgano de partido e instrumento de combate**

¿Cómo explicar esta paradoja? ¿Cómo comprender la lógica de un poder atestado de periodistas, ellos mismos cómplices de leyes restrictivas hacia su propio oficio y afición? La explicación se encuentra en la influencia política de la prensa, cuyo papel significativo la hacían objeto de vigilancia y deseos de control, aún para hombres de prensa. Aunque la mayoría de estos “periodistas” sufrió en carne viva las persecuciones y censuras, comprenden tal vez más que nadie el poder del escrito y la importancia de la prensa en la esfera política.

Su papel consistía, en gran parte, en ser el portavoz de los partidos políticos y una de las bases informales de la organización de estos. Efectivamente, en el período que estudiamos, si bien se usaba muy seguido el término de “partido” y se utilizaban los calificativos de moderados, radicales y conservadores para identificar a los diferentes miembros de la élite política, esta terminología no reflejaba una estructura partidaria moderna. No existían estructuras institucionalizadas y, aún menos, reglas y estatutos. Francisco Bulnes (1967, p. 169) los describe por ejemplo como “dos grupos de aspecto de chusma, más que en dos partidos; pues no había disciplina, ni jefes, ni organización”. Si existían partidarios conformando un “partido”, eran redes imprecisas y fluctuantes que ligaban entre sí a militantes con una ideología común, luchando juntos para obtener el poder y sus beneficios simbólicos y materiales. Y es aquí que la prensa tenía un lugar esencial como vocero de los ideales del grupo, y centro de sociabilidad para una parte de estos partidarios. Un periódico como *El Universal* jugó un papel esencial en la estructuración del Partido Conservador. Fue en este periódico que los miembros promotores de este partido, alrededor de Lucas Alamán, publicaron continuamente sus ideas desde 1848, y este diario desde ese año funcionó como el órgano “oficial” del Partido y participó no solamente en la difusión de la

ideología conservadora, sino también como núcleo en el que los grandes tenores de este partido interactuaron<sup>17</sup>. Lo mismo se podría decir de *El Siglo XIX* en la década de 1840, cuando funcionó como principal medio estructurador del Partido Moderado naciente, agrupando en su redacción a eminencias como Guillermo Prieto, Manuel Payno, Mariano Otero, Luis de la Rosa, Manuel Gómez Pedraza o José María Lafragua.

Bases de los partidos y portavoces de una “opinión” liberal o conservadora en la arena política, los diarios dibujaban una esfera periodística altamente politizada. Efectivamente, el periodismo decimonónico mexicano fue de manera constante un periodismo de opinión y no de información (McGowan, 1978, p. 22), en los que cada publicación se posicionaba claramente en el escenario político. Ignacio Ramírez (Zarco, 1987, p. 128) lamentaba, por ejemplo, el hecho que todo periodista “que quiere escribir, tiene que buscar el órgano que más analogía tenga con sus opiniones y que cargar con responsabilidades que no le pertenecen”. La politización de la esfera periodística era pues intensa. En la capital, periódicos como *El Ómnibus*, *La Sociedad* o *La Cruz* eran claramente etiquetados como conservadores, debatiendo sin cesar con sus “opositores” liberales de *El Monitor Republicano* o *El Siglo Diez y Nueve*, delineando de una cierta manera un periodismo de combate político. El debate político también se encontraba altamente polarizado en las capitales estatales, con polémicas, por ejemplo, en Morelia entre periódicos radicales como *El Sans-Culotte*, moderados como *El Eco Nacional* y conservadores con *La discusión*. La politización incluso abarcaba a los periódicos oficiales de la Federación y de los estados, que no solamente se contentaban con defender el punto de vista del Gobierno que los empleaba justificando sus acciones, sino que no temían en publicar artículos polémicos, críticas fuertes a opositores y posiciones poco templadas. El simple cambio de nombre del periódico oficial michoacano mostraba este fuerte contenido ideológico, pasando de ser el *Periódico Oficial del Estado de Michoacán* bajo Santa Anna a *El Pueblo* tras la victoria liberal de 1855, convirtiéndose por fin en *Bandera Roja* en 1859 en plena guerra civil. No es de extrañar pues que, simbólicamente, las imprentas de estos periódicos fueran el blanco de las revueltas victoriosas, festejando el triunfo de su bando sobre el Partido enemigo, apedreando e incluso saqueando estos locales, asimilados a oficinas partidarias, como le ocu-

17 Ignacio Aguilar y Marcho, Manuel Diez de Bonilla, Francisco Javier Miranda o Hilario Elguero colaboraron en la confección de este periódico durante los años 1850. Tras su cierre en 1855, el periódico *La Sociedad* tomó el relevo de este diario, con Luis G. Cuevas y Elguero como principales responsables.

rió al *El Omnibus* y al *Universal* en la capital al vencer la Revolución de Ayutla en agosto de 1855 (Imprenta del Universal, 1855, p. 2).

En un ambiente tan caldeado, la prensa de oposición era acusada de provocar los constantes pronunciamientos y revueltas, instrumentos esenciales de lucha política por el poder en México. Zarco (1987, pp. 100-101) afirmaba así que: “¿cómo hemos de negar que un periodista puede [...] conducir el pueblo a la asonada, al incendio y al asesinato?” y el periódico *El Pueblo* (1857, p. 1) deploraba que la prensa sólo “era utilizada por los partidos y las facciones políticas que la han convertido en ariete para derribar a los gobiernos y sus reputaciones”, pues “no hacen más que atizar la guerra y la anarquía y la muerte con su voluntad de destruir las cosas y las personas. De su odio y su rencor les hacen escribir palabras insultantes”. Es cierto que la prensa, por ejemplo, al difundir un plan revolucionario, permitía su extensión geográfica al informar a las élites alfabetizadas de pueblos, ciudades y partidarios en el país de su existencia. La tentación de adherirse a estos planes para cambiar el juego político local y regional, extendiendo así la revuelta a una gran parte del territorio nacional, eran clave para precipitar una toma de poder nacional (Johansson, 2012, pp. 106-139). En un país iletrado, la prensa podía así tener un rol de subversión mayor. Sin embargo, tan sólo era un medio en manos de los partidos, especialistas del pronunciamiento para reclutar adhesiones a sus revueltas. Imputar a la prensa la subversión misma política de estos partidos era una exageración. Confundiendo periódico y partido, escritos y acción, se le daba a la prensa un papel sobredimensionado de su actuación y responsabilidad en la anarquía imperante del país. Por ello, a este medio tan central en el sistema político, pero tan politizado y militante, se le quería enmarcar, restringir, y castigar. De esta manera, la legislación sobre materias de prensa tenía como objetivo esencial controlar la voz del opositor, de censurar las críticas al gobierno en el poder y la ideología que lo animaba. Aun para los liberales que defendían el principio de la libertad de escribir, esta prerrogativa en su visión del mundo estaba reservada solamente a los liberales, aplicando de una cierta manera la máxima de la Revolución francesa, negándole la libertad a los enemigos de la libertad. Se tenía pues que excluir a los que no comulgaran la misma visión del mundo, como lo afirma *El Monitor Republicano* justificando la exclusión de los conservadores de la esfera de la prensa “por la simple razón de que deseamos una República democrática y ellos no la quieren” (1855, p. 1).

## El periodismo, la opinión pública y la encarnación del “pueblo”

La necesidad de control sobre la prensa iba más allá del simple afán de censura de la oposición política. En un régimen teóricamente democrático, basado en la soberanía del pueblo y en la discusión racional de los ciudadanos para configurar una opinión pública, los periódicos encarnaban ese espacio público donde se debatían los asuntos del país y el periodista asumía una función de portavoz popular. Su función era central en un país donde el individuo-ciudadano ilustrado, eligiendo libremente a sus gobernantes y discutiendo los asuntos de la *Polis*, no existía aún. Como en la Francia del siglo XIX, el “pueblo inexistente” (Ronsavalon, 1998) en gran parte analfabeto y abstencionista, mudo y sin ciudadanos reales para encarnarlo, necesitaba una personificación. La prensa, en un espacio político en el que el lugar del escrito era altamente valorizado, a la vez como distinción cultural y como símbolo de poder, naturalmente asumía este papel de “personificar” a este pueblo imaginario y aparentarlo. La “representación” del Soberano político, de esta manera, la compartían los presidentes, diputados y senadores con los periodistas en el campo político.

Los periodistas cumplían con esta misión, felices de atribuirse este papel de portavoz del pueblo soberano. Zarco (1987, p. 107) describe así en el Congreso el papel del periodista, al retratarlo como:

el hombre que consagra su vida entera, su inteligencia toda, a ser el eco o el intérprete de un partido, a dirigir la opinión; el que pudiera extraviarla en un momento de despecho, ese hombre, señores, que se convierte en el verbo de un pueblo entero.

En cuanto a su papel en la arena política para crear ese espacio de foro cívico donde la opinión pública se forja a través del debate, vemos también un esmero de esta prensa. En un país fragmentado por malos caminos y particularismos y polarizado de manera exacerbada en nuestro período, la prensa logró unificar al país en torno a debates que abarcaron casi todo el territorio nacional. La discusión, por ejemplo, del polémico artículo 15 del proyecto constitucional que proponía en 1856 la libertad de cultos, fue en realidad un debate periodístico de escala nacional, en el que la prensa radical defendía con pasión esa medida, encarando a las posiciones críticas de la prensa moderada y, sobre todo, la impugnación

de la prensa conservadora de los cuatro rincones del territorio nacional<sup>18</sup>. Aun durante la guerra civil, los periódicos fueron el único medio a través del cual la nación fragmentada discutía temas políticos y eclesiásticos, tales como el debate entre *La Sociedad*, periódico conservador capitalino, y el radical moreliano *Bandera Roja*, a propósito del verdadero respeto por cada bando en lucha al Evangelio<sup>19</sup>.

Figuras centrales del imaginario político, actores eminentes permitiendo a una “opinión pública” existir a través de su pluma, dotados por ello de una legitimidad cardinal en el sistema político decimonónico mexicano, era natural que el poder político velara por controlar de cerca a este contrapoder.

Vemos pues cómo en un proceso de profesionalización y consolidación del periodismo a mitades del siglo XIX, esta actividad pone ya en juego cuestiones de una cierta manera bastante actuales. A pesar de los cambios fundamentales de la prensa que aporta el siglo XX, algunos elementos llaman la atención. El poder de la palabra, su importancia en el juego político democrático y la tentación permanente de su control dibujan ya elementos casi estructurales del periodismo. En este período en el que se llevan a cabo los principales debates sobre la legislación sobre la prensa que tendrán un impacto a largo plazo en América Latina, podemos ya encontrar algunos de los principales elementos de lo que se jugara en el siglo XX con el uso de la fuerza del periodismo como elemento de combate político, así como la tentación permanente de censurar y monopolizar esta temible arma impresa.

18 *El Republicano* o también *El Águila Roja* de Jalisco, *El Progreso* de Veracruz, *La Opinión* de Querétaro, *El Rifle* de Tamaulipas o *El Observador democrata* de Chihuahua y la prensa radical capitalina (*El Siglo Diez y Nueve*, *El Heraldo*, *El Monitor Republicano*, *El Trait d'Union*) defendían este artículo, en contra de publicaciones como *La discusión* de Morelia, *La Fraternidad* de Puebla, *La razón* de Durango, uniéndose al rechazo de la prensa conservadora de la Ciudad de México (*La Sociedad*, *Diario de Avisos*, *La Cruz*).

19 “Un de profundis si os place” (1860, p. 1). El periódico michoacano logró distribuir para esta ocasión 200 ejemplares en la capital de manera clandestina.

## Referencias

- Actas oficiales del Congreso Constituyente (1856–1857)*. (1957). Colegio de México.
- Bulnes, F. (1967). *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. Ed. Milenario.
- “Contestación al Partido Conservador”. (11 de diciembre de 1855). *El Monitor Republicano*, 1.
- Coudart, L. (2015) La regulación de la libertad de prensa (1863–1867). *Historia Mexicana*, 65(2), 629–688. <https://doi.org/10.24201/hm.v65i2.3310>
- El Partido Conservador en México*. (1855). Imprenta de Andrade y Escalante.
- Iglesias, J. M. (1856). Plan de estudios. Libertad de enseñanza. *El Siglo XIX*. Imprenta del Universal. (14 de agosto de 1855). *El Omnibus*, 2.
- Johansson, F. (2012). El Congreso Constituyente de 1857: entre minoría radical y gobierno moderado. En M. Blanco y P. Garner (Coords.), *Biografía del personaje público en México. Siglos XIX y XX* (pp. 117–172). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Johansson, F. (2012). El imposible pluralismo político: del exclusivismo y otros vicios de los partidos políticos en el México de la Reforma. En A. Ávila y A. Salmerón (Coords.), *Partidos, facciones y otras calamidades. Propuestas y debates sobre los partidos políticos en México, siglo XIX* (pp. 106–139). Conaculta-Fondo de Cultura Económica.
- La administración pública en la época de Juárez, 3 vols.* (1973). Secretaría de la Presidencia.
- La prensa de oposición. (18 de julio de 1857). *El Pueblo*, 1.
- Ley de imprenta. (25 de diciembre de 1855). *El Omnibus*, 2.
- McGowan, G. (1978). *Prensa y poder, 1854–1857: la Revolución de Ayutla, el Congreso Constituyente*. El Colegio de México.
- Ronsavalon, P. (1999). *Le peuple introuvable*. Gallimard.
- Tena Ramírez, F. (1999). *Leyes fundamentales de México (11808–1999)*. Editorial Porrúa.
- Un de profundis si os place. (21 de agosto de 1860). *Bandera Roja*, 1.
- Zarco, Francisco (1987). *Historia del Congreso Constituyente de 1857*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

# La solicitada como estrategia: el caso de Manlio Olivari y sus intervenciones en *El Imparcial* de general Belgrano (Buenos Aires-Argentina)

Marina Poggi

Los medios de comunicación hablan de la sociedad que los produce y en ellos pueden encontrarse reflejadas muchas de sus problemáticas. Las tradiciones políticas, en sentido amplio, encuentran un aliado indispensable en las empresas de periodismo y edición, al punto de generar opiniones académicas que califican a la prensa como constructora de la agenda pública y aun de la realidad. Es precisamente esa heterogeneidad una de las condiciones para que se apele a ellas como fuente de consulta. Desde el inicio de la divulgación de la información, los medios y las estrategias han variado sustancialmente: se han modificado y reciclado al ritmo de las necesidades y los cambios sociales (Poggi, 2015).

La prensa local suele ser uno de los más importantes espacios de registro de los acontecimientos de las pequeñas poblaciones, dado que allí quedan plasmados hechos del quehacer cotidiano los que, de otro modo, pasarían al olvido: desde viajeros, visitantes, festejos, nacimientos, casamientos, bautismos y decesos, hasta convocatorias, pedidos de personal para el campo y actos políticos.

Aunque interpelada directamente por el medio, la participación de los pobladores en este escenario es desde el rol de receptor y sin tener incidencia alguna en lo que los contenidos. Por ese motivo, ha resultado de interés indagar en los modos de intervención ciudadana en la prensa.

La propuesta es analizar las intervenciones que Manlio Olivari —hacendado local y particular figura adherida al peronismo en General Belgrano, Buenos Aires, Argentina— elabora mediante solicitadas en el periódico *El imparcial* de dicha localidad a modo de ejercicio educativo y moralizante, durante mediados del siglo xx. Específicamente, el estudio se centrará en intervenciones realizadas entre 1951 y 1955.

Para estudiar el escenario de la prensa, se utiliza la metáfora de la “escena enunciativa” (Fonte, 2003), que apela al despliegue de voces que

conforman la dimensión política de un acontecimiento en la prensa. Se aborda a Olivari como actor principal colocado en escena política belgranense, puesto en relación con los eventos que lo hacen protagonista.

General Belgrano es una población perteneciente a la Cuenca del Salado, provincia de Buenos Aires, Argentina. Se trata de una zona de tradición predominantemente agrícola-ganadera, con gran existencia de vacunos e industria tampera y derivados de la explotación de la leche (Levene, 1941, pp. 239-593). Otra particularidad de estos espacios reside en que, a pesar de su cercanía geográfica con la Capital Federal de la provincia, los modos de vida, ritmos y prácticas cotidianas difieren sustancialmente con ella. Puntualmente, General Belgrano se fundó en mayo de 1871 por causa de la inauguración de la estación del Ferrocarril Sud llamada “Salado”. Recién, en 1981 cambió su nombre al actual y se delimitó el partido (Levene, 1941, p. 240).

### **La voz del lector**

El origen de la prensa en Argentina se reconoce en 1810 con la publicación de *La Gazeta*, de estilo periodístico concebido como “de las ideas” (Ulanovsky, 2005, p. 14). Desde su llegada, la prensa ocupó un rol fundamental en la sociedad argentina como un espacio de vehiculizador de ideas. Sin embargo, esta forma de percepción fue mutando y para finales de siglo el concepto de la prensa se hallaba más cercano al de la información de hechos que al de expresión de ideas (Poggi y Salomón, 2015, pp. 9-10). Además, la relación de confianza entre prensa y lector conducía a que la información publicada fuera concebida como un reflejo de la realidad. Pasará un largo tiempo para la formación de una masa crítica que interpele a las noticias como un recorte de la realidad susceptible de subjetividades e intencionalidades (Ulanovsky, 2005, pp. 9-10).

Tal como lo plantea Bourdieu (Eribon, 1982, s.p.), las palabras representan relaciones de poder simbólico y contribuyen a formar el mundo social. Por ello, colocar una palabra por otra es cambiar la visión del mundo social y, en consecuencia, contribuir a transformarlo. Así, partiendo de la premisa de que la prensa constituye un actor político que interviene en la construcción de representaciones sociales e influye en el comportamiento de las personas, es interesante profundizar en los modos de intervención ciudadana.

Las intervenciones no periodísticas en la prensa datan del siglo VIII, cuando se las introducen bajo el nombre de “diálogo con los lectores” (Córdova Jiménez, 2011, p. 192), que refiera a una de las funciones más destacables de este género: la posibilidad de interactuar e intercambiar opiniones entre lectores y autores (Fernández y García, 2005, p. 354).

Si bien no es posible dar una fecha de la primera participación relevante de un ciudadano en las páginas de un diario de papel, sí es claro que las incursiones de los lectores en los periódicos datan de los inicios del periodismo. No obstante, se han materializado de formas diversas, tales como cartas, quejas, aclaraciones, recomendaciones, opiniones, etc., y no siempre gozaron de un espacio constante (Mendiguren Galdospin y Canga Larequi, 2017, p. 2).

El periódico *El Imparcial* nació en 1905 dirigido por Tomás Pico y Francisco Marquí y, en formato sábana, se editaba de modo semanal (aparecía los domingos). Se trataba de una publicación de “intereses generales, literario, social y noticioso”, tal como el propio medio lo anunciaba bajo su título.

Dicho periódico no posee espacios formales y estables de participación ciudadana. Tampoco se han encontrado en otros periódicos de la zona, pero, en el trabajo de relevo de fuentes se han observado espacios que cumplen de alguna manera esa función: incorporar en el medio la palabra ajena. En este sentido, ha sido posible identificar intervenciones de lectores en dos espacios puntuales: *Solicitada* y *Aclaración*, arenas en las que los interesados procuraban defender su honor y buen nombre.

Estas publicaciones fueron realizadas de forma esporádica y no se ha podido determinar una lógica temática ni una periodicidad de aparición. Dada las características de las pequeñas comunidades, sí es posible argüir que si la publicación daba alguna opinión puntual en *El Imparcial* se debía a que se trataba de personas con contactos personales con el editor o porque eran figuras de relevancia en la comunidad. Tal es el caso de Manlio Olivari, hacendado de la localidad, conocido de Juan Domingo Perón (presidente argentino por tres períodos), fugaz intendente del partido y vicepresidente del Banco Provincia.

En este trabajo se intenta observar su participación e influencia en la localidad de General Belgrano a partir de sus intervenciones en el periódico *El Imparcial*.

## Manlio Olivari

Olivari es un personaje peculiar de la vida de General Belgrano. Fue un hacendado belgranense, peronista. Es el mismo Perón quien reconoce su pasado común y contacto continuo: “De los días de la escuela primaria, recuerdo en especial a Manlio Olivari, con quien seguimos viéndonos” (Eloy Martínez, 2004, p. 144).

Nació el 17 de mayo de 1895. Su padre, Alfredo Olivari, era un hombre adinerado. Se casó a los 22 años y tuvo tres hijos: dos mujeres y un varón. Fue miembro del Jockey Club de Buenos Aires como hijo de socio, aunque nunca concurrió para jugar, ya que se declaraba alejado de cualquier tipo de juego de azar.

En 1918 fue designado subcomisario policía *ad honorem* en Pedro Funes por el Dr. Borda, gobernador de Córdoba. En 1921 escribió el libro *Instrucciones para la organización y trabajos de Estancia* (Editorial Tor) y en segunda edición en 1922 editada por Peuser.

La revolución del 4 de junio de 1943 intervino la Provincia de Buenos Aires y designó para ocupar el cargo de interventor, al Dr. Juan Atilio Bramuglia, un vecino de la ciudad de Chascomús, quien a su vez nombró comisionados en cada una de las ciudades de la provincia, que cumplían las funciones del intendente municipal. Es así que en febrero de 1945 fue nombrado Comisionado Municipal en General Belgrano y destinó su sueldo a la beneficencia (Buiraz, 2011, p. 112).

Luego de asumir su cargo, se dispuso a celebrar sus primeras Fiestas Mayas como comisionado, para lo que organizó un programa de actos patrios para el 25 de mayo de 1945, entre ellos, luego de los actos oficiales y protocolares, a desarrollarse por la mañana, se organizó un partido de fútbol y carreras de sortijas por la tarde. Para prestigiar el acontecimiento futbolístico, le pidió a su amigo, el interventor provincial, la donación de un trofeo para disputar el 25, en la cancha de Avenida Italia. El gobierno de la provincia accedió al pedido y en su homenaje la copa a disputarse en el encuentro de fútbol llevó el nombre de Dr. Juan Atilio Bramuglia: “La obtención de la copa se festejó con una gran comida gratuita en la Sociedad Italiana, donada por el presidente Honorario de Masserati, Don Manlio Olivari” (Buiraz, 2011, pp. 112 y 114).

En 1954 asume la Intendencia Municipal por voto popular. En 1946 fue interventor de la Municipalidad de Vicente López y también destinaba su sueldo a la beneficencia. Tuvo un paso como director del diario oficialista *Democracia*, *ad honorem* (Gambini, 1999).

Dice haber rechazado la candidatura a diputado nacional, en contra de los deseos de Perón, Eva y Mercante. En 1951 fue nombrado —también *ad honorem*— presidente de la Institución Juan Anchorena, cargo que ocupó durante diez años.

Vicepresidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires hasta junio de 1952, cargo —a partir de su desempeño y participación en acciones sociales— que le aportó la popularidad suficiente para lanzarse a la candidatura por la Intendencia Municipal de General Belgrano, la cual ejerció desde el 1 de mayo al 30 de agosto de 1955, puesto al cual renunció. Su sueldo lo donaba a la beneficencia.

Además de socio vitalicio, fue dos veces presidente del Club Hípico Argentino. Socio de la Sociedad Rural Argentina, del Buenos Aires Rowling Club, del Belgrano Atlético Club y del Automóvil Club Argentino. De este último fue además miembro de la Comisión Directiva.

Estuvo preso en la Penitenciaría Nacional desde octubre de 1955, desde donde escribió sus memorias.

Olivari tenía una especial preocupación por demostrar su honra y comportamiento ético. Ello puede observarse en las noticias de *El Imparcial* analizadas en el próximo apartado y objeto de esta investigación. Pero también se encuentran indicios de ello en los relatos que inserta en su autobiografía:

El cocinero personal de mi establecimiento de campo “La Vigilancia”, en General Belgrano, Sr. Ubaldo Prósperi, que hace años trabaja en él, es un viejo y activo radical, y lo tengo a pesar que la cocina es el centro obligatorio de todas las conversaciones y comentarios del personal en general. Él sería el mejor juez de mi conducta democrática, por lo que he podido ver y oír, bajo todos los aspectos. (Olivari, 1956, p. 2)

No he pertenecido a ningún organismo político o de gobierno, Nacional o Provincial, que pudiera tener alguna gravitación en el espacio u orden oficial de la política o del gobierno. Se me consideraba falto de condiciones políticas e ingenuo, además de peligroso, por mi franqueza y rebeldía, habiendo mantenido, desde 1945 un desacuerdo constante con la Sra. Eva Perón, como muchas veces con el propio General Perón, mi amigo de la infancia, y sin que ello restara mi gran afecto, lealtad y gratitud por todas las muestras de cariño y consideración que siempre me dispensó. (Olivari, 1956, p. 3)

Buiráz (2011, p. 95) —historiador belgranense— también menciona una anécdota que da cuenta del perfil de Olivari:

narraré una anécdota que he escuchado de memoriosos belgranenses: en los carnavales del año 1945, el Comisionado Manlio Olivari caminaba por las calles del curso munido de sendos pomos de agua, un metro más adelante lo precedía su secretario, quien advertía a las mujeres que podrían ser blanco del agua, diciéndoles: “perdón señorita, el Sr. Intendente la va a mojar”. Después de la advertencia, recién don Manlio apretaba los pomos. Todo un ejemplo de sumisión y distinción.

### Consideraciones metodológicas

Para el estudio se han contemplado treinta publicaciones que mencionan a Manlio Olivari entre el 5 de julio de 1951 y el 21 de agosto de 1955<sup>1</sup>. El archivo recolectado permite realizar un estudio en ese espacio de tiempo, que coincide con los años previos a la postulación de Olivari como intendente de la localidad, su tiempo de gestión y su abrupta salida.

De las treinta publicaciones, pueden diferenciarse:

- 16 son crónicas periodísticas
- 7 solicitadas (de las cuales tres son de puño y letra de Olivari y cuatro lo implican directamente)
- 2 réplicas de discursos ofrecidos por Olivari
- 2 cartas de lectores
- 1 entrevista
- 1 agradecimiento
- 1 anuncio

Puntualmente, el análisis recae en las solicitadas escritas de puño y letra de Olivari, ya que ha sido la propuesta inicial de este trabajo. Sin embargo, dadas las restricciones existentes por la pandemia que imposibilitaron el acceso a la totalidad de las fuentes, se tendrán en cuenta las réplicas de los discursos literales y la entrevista para el análisis discursivo como metodología de estudio, y el resto de las publicaciones para recupe-

<sup>1</sup> Agradezco la generosidad de la Dra. Alejandra de Arce, quién me abrió sus archivos personales para que pueda completar el presente trabajo. No se trata de la totalidad de las intervenciones, dado que en contexto de pandemia por COVID-19 desde marzo de 2020 no fue posible acceder al Museo Histórico Municipal Alfredo Enrique Múlgura.

rar el contexto de representaciones que *El Imparcial* ha construido sobre la figura de Olivari.

Se considera al discurso social como “medio obligado de la comunicación y la racionalidad histórica”, pero también como “un instrumento de prestigio social, del mismo nivel que la fortuna y el poder” (Angenot, 2010, p. 61).

### **En primera persona**

Según plantea Martín-Barbero (2019, p. 141), “el juicio realmente vehiculado por el mensaje no es el que puede ser directamente leído en el texto, sino en el conjunto de los elementos que lo componen”. Ya McLuhan (citado en Martín-Barbero, 2019, pp. 139-145) proponía a la prensa como medio caliente (al igual que la radio y el cine), ya que aportan un mensaje completo que no deja espacio a la interpretación y desalientan la participación. Por ello, se hace imposible dissociar la reflexión de los medios de la de los mensajes y las masas receptoras.

Es necesario mencionar que tomar la palabra en la prensa a mediados del siglo xx poseía una relevancia social muy diferente a la actual. La pluma en medios de prensa era tomada por intelectuales, políticos y profesionales distinguidos y los espacios abiertos a la ciudadanía se restringían tal vez sólo al de las cartas de lectores, cuidadosamente seleccionadas para su publicación. Tal como se ha mencionado, en el contexto estudiado aún no existía una masa crítica de lectores que interpelara a la información, y la relación establecida entre prensa y lector era de plena confianza, lo cual incitaba a que la información publicada fuera percibida como reflejo de la realidad.

Manlio Olivari, como vicepresidente del Banco Provincia, tenía un rol activo en la cotidianeidad belgranense, principalmente en las actividades del partido peronista. Con motivo de la inauguración de una nueva Unidad Básica del Partido Peronista que Olivari patrocinaba, y a la cual no pudo asistir, envió una carta que fue leída en el evento. El texto, a su vez, fue replicado en *El Imparcial* el 5 de julio de 1951 (p. 3) con las respectivas saluciones por la inauguración y las disculpas por la ausencia.

El 26 del mismo mes, el periódico publicaba un agradecimiento de la Asociación de Protección a la Infancia de General Belgrano, en la que agradece al Honorable Directorio del Banco Provincia, pero especial-

mente a su vicepresidente, por la gestión directa para la nueva donación de la suma de \$500,00.

El 29 de julio (tapa), el diario anunciaba una nueva inauguración de Unidad Básica peronista también patrocinada por Olivari —esta vez en la casa del Sr. Luis Martín, en la estación Chas—, que contará con la visita de Olivari el siguiente domingo 5 de agosto. Tal como en el caso anterior, *El Imparcial* incluye en su edición del 2 de agosto (tapa) una crónica de la inauguración, destaca el patrocinio del “activo dirigente” don Manlio Olivari y transcribe la carta enviada para la ocasión.

En la carta mencionada, el autor declara que la creación de las UB tiene el fin de:

asegurar el triunfo ya descontado en las próximas luchas cívicas, reeligiendo al General Perón por un nuevo periodo presidencial, y asegurando con ello, la continuidad de la benemérita obra de justicia social, que no como limosna, sino como verdadera obligación del Estado, antes ciego y sordo a la realidad más cruda, realiza la Fundación Eva Perón [...] Saber ofrecer el esfuerzo honradamente y sin egoísmos personales es conciencia de hombres de bien, que tienen como pago, el recibir la dicha de una mejor existencia llena de felicidad. (El Imparcial, tapa)

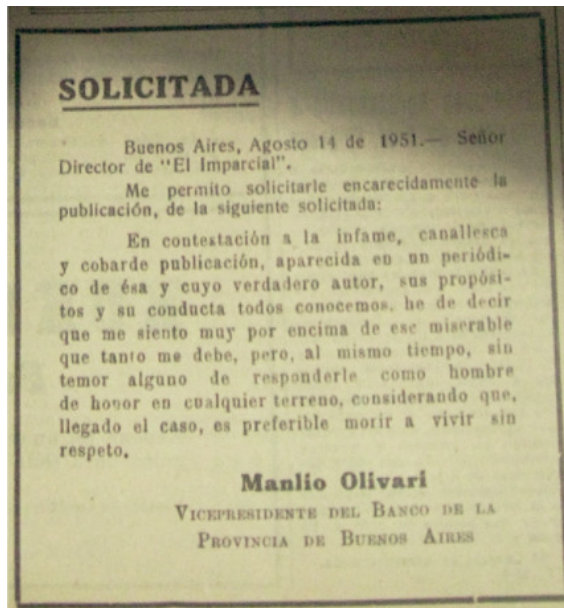
Dichas inauguraciones, con sus correspondientes celebraciones y actos de adhesión, eran oportunidades para tomar la palabra pública. En la fiesta cívica fueron varios los oradores, entre ellos: Olivari, como patrocinante de la UB y vicepresidente del Banco Provincia; Bruzzo, intendente municipal; Freire, ministro de Trabajo y Previsión; y Santín, secretario administrativo de la CGT. Sin embargo, sólo el discurso ofrecido por Olivari fue transcrito por completo en *El Imparcial* junto a la crónica del evento. En la oratoria, como tenía por costumbre, destacaba la figura de Perón y Eva, y se define como un soldado de la Causa justicialista. A su vez, exhorta a los amigos y ciudadanos de General Belgrano “a unirse fraternalmente e identificarse plenamente en torno a un solo símbolo: el de la Patria, y a una sola figura: la del General Perón, que es en sí la Patria misma” (2 de agosto de 1951, tapa).

Según Angenot (2010, p. 69) “el discurso social puede abordarse como vectorialmente óntico (representar e identificar), axiológico (valorizar y legitimar) y pragmático o proairético (sugerir, producir reacción)”. En este sentido, el ideologema de “la Patria” = Perón parece armonizar con las intenciones que *El Imparcial* prefiere reproducir. Y la carismática

figura de Olivari en constante acción en General Belgrano resulta adecuada para promoverla.

No es casual que en la misma página en la que se mencionaba varias veces a Olivari y se reproduce el discurso ofrecido, también se publicaba una solicitada de puño y letra del mismo, en la que defiende su honra y honor. En el contexto de las elecciones presidenciales de 1951, en General Belgrano existieron cruces verbales epistolares y públicos a través de solicitadas en los medios locales entre dos importantes militantes de la política local y provincial: uno era el vicepresidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, el conocido estanciero Manlio Olivari y el otro el diputado provincial Daniel Ferrer Burgueño (Buiraz, 2011, p. 152). Previamente, Olivari hizo público su descontento con Ferrer Burgueño mediante una solicitada en la que contesta, tal como puede verse en la Foto 1 a la “infame, caballerisca y cobarde publicación” (El Imparcial, tapa).

Foto 1. Solicitada



Fuente: *El Imparcial* (16 de agosto de 1951, tapa).

Dado que la tensa situación comprometía el honor de ambos, el enfrentamiento desembocó en un reto a duelo que se concretó en una quinta de Ezeiza el jueves 24 de agosto al salir el sol. En el lugar se presentó Olivari apadrinado por el Dr. Juan Carlos Luqui y el teniente coronel Froilán Amarfil Lucero, secundados por su médico personal, el Dr. Ramón Carrillo. El diputado Ferrer era apadrinado por Justo R. Mouso y Miguel G. Rubio y el médico Dr. Gabriel Rodríguez. El director del combate fue Antonio Villamil y el cronometrista el Dr. Ambrosio Pons Lezica. El arma elegida fue el sable y los asaltos tenían una duración de dos minutos por uno de descanso. Luego de tres intentos sin heridas el combate fue suspendido dado que Ferrer tenía taquicardia, disnea y calambres en el brazo. Los contendientes fueron invitados a reconciliarse y así lo hicieron (Buiraz, 2011, pp. 152-153).

El 28 de agosto *El Imparcial* publicó una crónica del hecho con los datos recién mencionados, en la que agrega que el episodio suscitó interés en los periódicos *Democracia* Capital Federal y *El Día* de La Plata. En ambos casos, transcribe las noticias. Además, replicó la carta de puño y letra que el presidente Perón envió a Olivari:

Buenos Aires, 24 de agosto de 1951. Señor Don Manlio Olivari. Ciudad.  
Querido Manlio: Enterad del feliz termino del lance caballeresco, te felicito de corazón por tu actitud, antes, durante y después del duelo, que ratifica tu invariable hombría de bien. Un gran abrazo. JUAN PERÓN.  
(El Imparcial, 1951, p. 7)

La publicación del texto habilita a Olivari, tal como lo plantea Angenot (2010, p. 69), a referencias ópticas, axiológicas y pragmáticas que lo visibilizan como figura autorizada y avalada por la figura nacional de mayor autoridad, el presidente de la Nación.

*El Imparcial* mencionó cada participación pública de Olivari, tales como actos populares peronistas en los que siempre estaba mencionado en títulos, subtítulos o primeros párrafos de la noticia, o festejos organizados por el propio Olivari, en las que lo destacan como “alta personalidad” (25 de octubre 1951, tapa), las que a su vez contaban con adhesiones de reconocidos actores del medio político y económico nacional (28 de octubre 1951, tapa).

Según Van Dijk (1990, p. 83):

cada ítem informativo de la prensa tiene, por ejemplo, un titular y muchos tienen un encabezamiento, ya sea que lo distinguen mediante un tipo especial de letra o no. También poseemos una regla elemental para ellos: el titular precede al encabezamiento y juntos preceden al resto del ítem informativo. Su función estructural es también clara: juntos expresan los principales temas del hecho. Es decir, funcionan como un resumen inicial. De ahí que, como en los relatos normales, también podamos introducir la categoría del resumen rigiendo a las de titular y encabezamiento. La restricción semántica es obvia: el titular y el encabezamiento resumen el texto periodístico y expresan la macroestructura semántica.

En este sentido, se desprende que el resumen inicial destaca las cuestiones relevantes de la noticia, en las que Olivari aparece como claro protagonista. Por ejemplo, en la noticia del acto de asunción del intendente municipal Domingo Gonzales en 1952, a pesar de que fueron varios los que tomaron la palabra, es la de Olivari la única que el periódico reproduce (4 de mayo de 1952, tapa). Incluso aprovechó una información que admitía dudosa, para enaltecer su figura y destacar su participación en el acto del Día de la Lealtad, el 23 de octubre de 1952:

junto al general Perón, en el balcón —según una información que se nos ha suministrado— especialmente invitado por la Casa Militar de la Presidencia de la Nación, haciéndolo con la misma sinceridad, lealtad y hombría de bien de los días cruciales de nuestra argentinidad. (Tapa)

También, la compra de acciones a la Cooperativa Agropecuaria e Industrial de General Belgrano fue un motivo para incluir la palabra de Olivari —quien como acostumbraba, tenía palabras gentiles y de apoyo a la gestión de Perón— en el periódico. Mencionaba que con la compra de acciones contribuía “con todo gusto y cariño, al llamado que en pro del cooperativismo, tendiente a lograr el afianzamiento económico nacional, ha hecho su ilustre y tan querido amigo, el Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, General Juan Perón” (23 de agosto de 1953, tapa).

En abril de 1954, se publicó una solicitada a pedido de Olivari. Es curioso porque se trataban de dos cartas de 1948 en las que Tomás Gómez Acosta, de la firma Giménez Zapiola y Cía., le solicitaba el 11 de febrero que interviniera para que se habilitara un tren especial para favorecer un



Ya efectivamente en campaña, las noticias giraron en torno a sus participaciones públicas en actos del Partido Peronista como candidato a intendente municipal de General Belgrano, en las que se destacaban hechos positivos que lo involucraban, tales como la lectura de una carta dirigida al Señor Olivari por parte del prestigioso escritor Claudio Martínez Payva —que *El Imparcial* publica completa el 11 de abril— (1954, p. 14), el agradecimiento por el obsequio de cincuenta pesos a dos domadores (1954, p. 5)<sup>2</sup>. También se publicó una extensa carta de agradecimiento firmada por Ángel Roberto Lozano —luego reconocido médico que se instaló a ejercer su profesión y estudios en el partido de Florencio Varela, Provincia de Buenos Aires—, por costearle los estudios universitarios (*El Imparcial*, 1954, p. 12)<sup>3</sup>.

Durante abril, el periódico publicó las expresiones de apoyo y solidaridad que recibía Olivari con motivo de su candidatura. Desde funcionarios, periodistas y representantes de las fuerzas policiales, de marina, empresarios, hacendados vecinos, etc. aprovecharon el espacio para mostrar su acuerdo con el candidato. Al tiempo que Olivari aprovechó las páginas de *El Imparcial* para continuar con su campaña y promocionar los actos pertinentes:

Manlio Olivari

Invita con afecto a toda la familia Belgranense a reunirse hoy, a las 12.30 horas en el Prado Español, en el que se realizará la gran fiesta y asado criollo que ofrece para festejar el Domingo de Pascua. (1954, p. 6)<sup>4</sup>

Algo para mencionar es el anuncio que realizó el personal de la Estancia La Vigilancia, cuyo dueño era Olivari, en el que declararon gozar “de las ventajas ya conocidas del doble aguinaldo anual, y los premios por antigüedad. El anuncio es firmado por 23 empleados con fecha 8 de abril de 1954” (*El Imparcial*, 1954, p. 7)<sup>5</sup>.

El 25 abril de 1954 tuvieron lugar las elecciones vicepresidenciales en las que el contralmirante Alberto Teisaire resultó electo a escala nacional. En General Belgrano, la Intendencia fue ganada por Manlio Olivari, tal como se representa en la Foto 3, con una ventaja de 417 votos.

2 8 de abril.

3 11 de abril.

4 18 de abril.

5 22 de abril.

Foto 3. Manlio Olivari



Fuente: *El Imparcial* (22 de abril de 1954, p. 7).

En la edición siguiente a la celebración del acto cívico, *El Imparcial* relató el hecho, a la vez que destacó la manifestación local que recorrió festejando el triunfo peronista, especialmente el de intendente, y que la multitud se dirigió hasta la el domicilio del entonces intendente Gonzales, en donde se encontraba Olivari, a pedirle que dijera unas palabras. Efectivamente lo hizo y expresó su satisfacción por los comicios y agradeció al público el apoyo (*El Imparcial*, 1954, tapa)<sup>6</sup>. Asumió el cargo el 1 de mayo de 1954.

Sin embargo, a poco más de un año de haber asumido el cargo, Olivari renunció. El 18 de agosto de 1955, el periódico dio cuenta del rumor ya casi como un hecho y expresó que “en el corto lapso de su administración fueron solucionados los más urgentes problemas y, con celeridad, se han llevado a cabo pequeñas obras de mejoramiento vial urbano y la limpieza general de las calles céntricas fue visiblemente mejorada”.

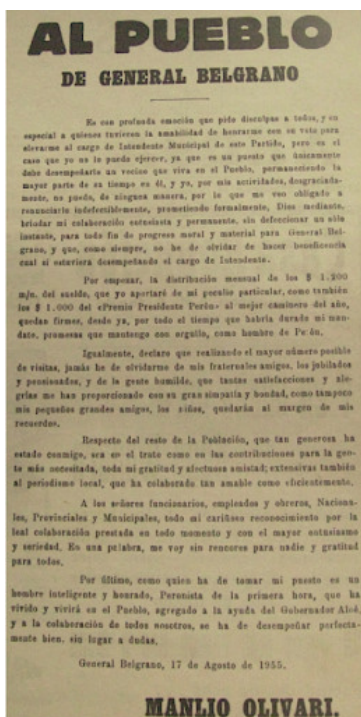
En la tapa de la edición del 21 de agosto, la renuncia se anunció de forma oficial y fue publicado el texto con fecha del 17 de agosto en el

<sup>6</sup> 30 de abril.

que, el hasta entonces intendente municipal, explicaba que su residencia en Capital Federal por múltiples razones (que no aclara) lo “obligan a permanecer alejado del Partido por mucho mayor tiempo que el legal, hecho que constituye una incorrección, máxime para mi modalidad de hombre cumplidor de sus deberes, que no puede admitir mi conciencia de ciudadano Argentino y Peronista” (El Imparcial, 1955, tapa)<sup>7</sup>. En esa misma edición, Olivari publica una solicitada (Foto 4) explicando los motivos de su renuncia.

Juan García, por ser el primer concejal en la lista que acompañaba a Olivari, debía asumir como intendente municipal tras la renuncia del estanciero, aunque por un corto período, ya que en el año 1955 finalizó ante la caída del gobierno de Perón (Buiraz, 2011, p. 141).

Foto 4. Solicitada



Fuente: *El Imparcial* (21 de agosto de 1955, p. 5).

<sup>7</sup> 21 de agosto.

## Las solicitadas

Siguiendo a Verón y Sigal, “el análisis de los discursos sociales se interesa en las relaciones interdiscursivas que aparecen en el seno de las relaciones sociales; la unidad de análisis, por lo tanto, no es el sujeto hablante, el actor social, sino las distancias entre los discursos” (2004, p. 19). Entonces, según los autores, la pregunta a plantearse es: “¿Qué es lo que distingue al discurso político de otros tipos de discursos?” (2004, p. 20). En esa dirección a perfilar una respuesta es que se ha focalizado en las tres solicitadas de puño y letra de Olivari; se ha realizado un recuento de cada una de ellas (Tabla 1) que contempla cantidad de párrafos, palabras<sup>8</sup>, adjetivos, sustantivos, verbos y entidades / personas. Los datos relevados son los siguientes:

Tabla 1. Datos de la estructura

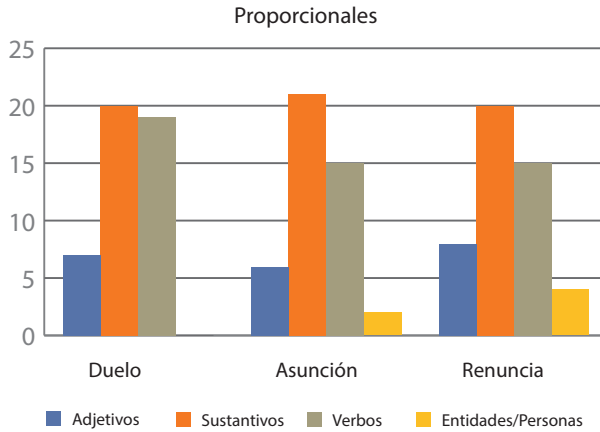
Estructura/Solicitada	Duelo	Asunción	Renuncia
Párrafos	1	9	6
Palabras	80	806	377
Adjetivos	6	53	30
Sustantivos	16	169	78
Verbos	15	119	57
Entidades/Personas	0	19	13

Fuente: tabla de elaboración propia a partir de los datos arrojados por la aplicación ContaWords.

Según estos datos, es posible determinar que, porcentualmente (Gráfico 1), la cantidad de adjetivos es mayor en la solicitada de Renuncia, seguida de la de Duelo, y por último la de Asunción, la cual en extensión tanto de párrafos como de palabras es superior. Lo mismo ocurre en el caso de los verbos. En cuanto a sustantivos, poseen diferencias mínimas. En cambio, en la categoría entidades/personas, la supremacía recae en Renuncia, seguido de Asunción; mientras que entidades / personas no posee ninguna mención.

<sup>8</sup> Es necesario aclarar que el total incluye palabras vacías (tokens).

Gráfico 1. Porcentajes de recuento



Fuente: elaboración propia.

En tanto *topoi*, veamos las frecuencias en el recuento de los tres textos juntos:

- Adjetivos: mayor (4) y especial (3).
- Sustantivos: hombre (9) y pueblo (7).
- Verbos: ser (31) y haber (19).
- Nombres / entidades: Perón (3) y Pueblo (3).

Por último, observamos la frecuencia de bigramas, cuyo resultado arroja dos repeticiones de “soy hombre” y “debe ser” cada uno, en las tres solicitadas.

Tal como expresa Voloshinov, “donde hay un signo, hay ideología” (2009, p. 28). Ese signo no es sólo un reflejo, sino que es parte material de esa realidad, y sus efectos, reacciones, y signos nuevos que genera en el entorno social transcurren en la experiencia eterna (p. 28). Así, la conciencia se forma en la interacción social al llenarse de contenido sígnico que se alimenta de la reiteración para instalarse en el discurso social.

Es en este sentido que cabe destacar la repetición en el uso de los bigramas que apelan a las debilidades innatas del ser humano, que se permite equivocarse y cambiar de opinión: “soy hombre”, lo cual puede vincularse con el modelo enunciativo peronista de entrada a la escena

política, en el que apela a expresiones tales como “Soy un humilde soldado” y “Soy un austero soldado” (Sigal y Verón, 2004, p. 31). A la vez, sigue la conducta moral socialmente establecida (“debe ser”). Ello ocurre porque el signo sólo puede surgir en un territorio interindividual que no es natural en el sentido directo de la palabra, sino que ocurre entre individuos socialmente organizados que representen un colectivo (p. 31), tal como ocurre en los discursos de Olivari insertados en *El Imparcial*.

## Reflexiones finales

Tal como se ha mencionado al inicio del trabajo, las pequeñas poblaciones rurales de la provincia de Buenos Aires, Argentina, históricamente fueron arena de disputas por el liderazgo político de dichos espacios. Así, la prensa local se convierte en una herramienta fundamental para construir discursos que circulan socialmente y se instalan en la comunidad.

Este estudio se ha propuesto analizar las intervenciones de Manlio Olivari —hacendado local y particular figura adherida al peronismo en General Belgrano, Buenos Aires, Argentina— en el periódico *El imparcial*, entre 1951 y 1955, con el objetivo de observar su participación e influencia en la localidad. La prensa local posee una incidencia sustantiva dado que se constituye como espacio de registro de los acontecimientos del quehacer cotidiano en poblaciones pequeñas y es por ello que resulta atractivo el estudio del discurso de sus figuras de relevancia política. Para el análisis se han contemplado publicaciones que mencionan a Olivari en el lapso que abarca el tiempo previo a su postulación como intendente, su gestión y su abrupta renuncia.

Martín-Barbero (2019, p. 135) explica que:

frente a la mitificación del poder atribuido a los medios modernos de difusión hay que afirmar que su capacidad real de manipulación y creación de opinión no se ejerce sino en la medida en que esas acciones simbólicas vienen al encuentro y refuerzan unas predisposiciones concretas de aceptación existentes en el receptor.

En concordancia con ello, es posible argüir que la construcción de la figura de Olivari realizada por *El Imparcial*, avalada reiteradamente en el período estudiado por Perón, junto a la relación fraternal con el presidente que el mismo Olivari recuerda constantemente, y a otros ele-

mentos tales como la presencia física local constante, lo proponen como un hombre de la comunidad y referente indiscutido de valores morales y honradez.

El periódico, al dar la palabra a Olivari, contribuyó a la construcción de esa representación. Tal como afirman de Foncuberta y Borrat (2006, pp. 112-113):

los medios de comunicación no se limitan a ofrecer noticias y a interpretar su significado. A través de sus contenidos construyen la imagen del “otro” [...] en una sociedad mediática gran parte de la construcción de identidades culturales se realiza en los medios de comunicación y no podemos hablar de identidad sin hablar del concepto de alteridad.

En concordancia con Voloshinov, “el centro organizador de cada enunciado, de cada expresión, no se encuentra adentro, sino afuera: en el medio social que rodea al individuo” (2009, p. 149). Así, el modelo enunciativo al que apela Olivari en su recorrido dialoga con el contexto apelando a repeticiones de estructuras conocidas que le permitieron instalar su discurso como reconocible y análogo al utilizado por la popular figura de la máxima autoridad nacional.

## Referencias

- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI.
- Buiráz, R. (2011). *General Belgrano de Ayer. Hurgando en sus recuerdos*. Dunken.
- Córdova Jiménez, A. (2011). Las cartas al director como género periodístico. *ZER*, 16(30), 189-202.
- Cuvaradic García, D. (2008). Los actos de habla en las cartas a la columna de *La Nación*. *Revista de Ciencias Sociales*, 2(120), 101-112.
- Eribon, D. (1982). Entrevista a Pierre Bourdieu. ¿Qué significa hablar? *Libération*. <https://sociologiac.net/2008/01/17/entrevista-pierre-bourdieu-que-significa-hablar/>
- de Foncuberta, M. y Borrat, H. (2006). *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. La Crujía.
- El Imparcial. (1951-1955). *El Imparcial*.
- Eloy Martínez, T. (2004). *Las vidas del general*. Aguilar.
- Fernández, E. y García, A. M. (2005). Sr. Director: la importancia de las Cartas al Director. *Gac Sanit*, 19(5), 354-355.

- Fonte, I. (2003). La escena enunciativa en la prensa. En L. Berardi (Org.), *Análisis crítico del discurso: perspectivas latinoamericanas*. Frasis.
- Gambini, H. (1999). *Historia del Peronismo. El Poder Total (1943-1951)*. Planeta.
- Levene, R. (dir.). (1941). *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos* (Tomo II). Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
- Martín-Barbero, J. (2019). *La palabra y la acción. Por una dialéctica de la liberación*. Universidad Nacional de Quilmes/Pontificia Universidad Javeriana.
- Olivari, M. (1956). *Breve reseña de mi vida*. Escrito en la Penitenciaría Nacional.
- Mendiguren Galdospin, T. y Canga Larequi, J. (2017). Primeras iniciativas participativas de los lectores en la prensa española. Análisis hemerográfico de los siglos XIX y XX. *Ámbitos, Revista Internacional de Comunicación*, (38).
- Poggi, M. y Salomón, A. (2015). Prensa y participación popular en el ámbito municipal de la Argentina peronista. *Revista Estudios*, (31), 252-279.
- Sigal, S. y Verón, E. (2004). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Eudeba.
- Ulanovsky, C. (2005). *Para las rotativas. Diarios, revistas y periodistas (1920-1969)*. Emecé.
- van Dijk, T. (1990). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Paidós Comunicación. Barcelona.
- Vilamor, J. (s.f.). *Cartas al director, el cauce interactivo que debe enriquecer y dar vida a la prensa*. Ciclo de otoño de Comunicación. Campus red. [http://www.campusred.net/forouniversitario/pdfs/comunicaciones/opinion/jose\\_vilamor.pdf](http://www.campusred.net/forouniversitario/pdfs/comunicaciones/opinion/jose_vilamor.pdf)
- Voloshinov, V. (2008). *El Marxismo y la filosofía del lenguaje*. Ediciones Godot.

# Un acercamiento a *El Cubano Libre*, la difusión revolucionaria del *Che* Guevara en Sierra Maestra (1957-1958)

Patricia Calvo González

## Introducción

Jon Lee Anderson titula “La gestación del *Che*” al capítulo de su biografía acerca del guerrillero argentino que comprende la etapa de Ernesto Guevara en las filas del Ejército Rebelde cubano. Y es que el que se convertiría en el símbolo de las luchas de liberación a partir de la década de 1960, por aquel entonces era, según sus propias palabras, “el extranjero entremetido que ayuda a los rebeldes con su carne y su sangre” (Anderson, 2007, p. 297). Esa ayuda no consistió únicamente en protagonizar enfrentamientos armados y desarrollar estrategia guerrillera, temas extensamente tratados tanto por el propio Guevara como por autores de diversas disciplinas y latitudes en los últimos 60 años. Entre sus desempeños estuvo el de lanzar el periódico *El Cubano Libre*, cuyo primer número apareció en noviembre de 1957 y en el cual escribió una serie de artículos bajo el seudónimo “Francotirador”.

El objetivo de estas líneas es el análisis de este boletín clandestino para, por un lado, evidenciar los contenidos emitidos por la guerrilla del Movimiento 26 de Julio (M26J), en general, y por el *Che* Guevara, en particular, y, por el otro, situar la publicación dentro de la estrategia comunicativa y propagandística del grupo. El estudio se encuadra en las líneas de investigación surgidas en los últimos años acerca de la violencia en América Latina que, como señala Cortina Orero (2018, p. 5), van más allá de la historia política al incorporar perspectivas de género, reinterpretaciones en función de las propuestas sobre movimientos sociales y aspectos particulares de las organizaciones político-militares, tales como los factores de carácter identitario y la dimensión cultural de los procesos revolucionarios. Dentro de este último punto, destacan los trabajos acerca de los medios de comunicación que impulsaron las gue-

rrillas latinoamericanas y sus estrategias y políticas de difusión, marco en el que se insertan las presentes líneas. En este sentido, Darling (2008, pp. 12-13) indica que los grupos revolucionarios en América Latina han buscado gestionar sus propios medios, poniendo su mensaje más allá del control de las clases “dominantes”. El estudio de esta autora se centra en las dinámicas comunicativas de las guerrillas en Nicaragua, El Salvador y Chiapas (México), posteriores a la insurrección cubana e insertas en otras dinámicas ideológicas, discursivas y coyunturales. No obstante, resulta interesante su reflexión acerca de los medios revolucionarios como canales para cuestionar la hegemonía existente, permitiendo concebir alternativas de “una nación diferente”.

La prensa clandestina durante la etapa insurreccional cubana tuvo un significativo papel, no por la firmeza de sus postulados doctrinales e ideológicos —cuestión que se desarrolló en la isla a partir de 1959 (González Lage, 2015)—, sino por su enconada defensa de la lucha armada para conseguir el objetivo que aunaba a toda la oposición cubana: la caída de un régimen impuesto por la fuerza. Mientras que la oposición tradicional —incluido el partido comunista de aquel entonces (Partido Socialista Popular, PSP)— abogaban por una solución pacífica a través de negociaciones y comicios, los grupos y movimientos que comenzaron a emerger en Cuba desde el año 1952 pronto vieron que la violencia era la única solución a la problemática instaurada en el país, de corrupción, ilegitimidad y falta de garantías democráticas y constitucionales (Bonachea y San Martín, 1974, p. 4; Thomas, 2011 [1971], p. 1579). Precisamente en esta ruptura de garantías encontró su trascendencia la prensa clandestina, ya que cuando Fulgencio Batista dio el golpe de Estado el 10 de marzo de 1952, la libertad de prensa fue congelada en diversos momentos, dando paso a la censura y sólo apareciendo en los medios de comunicación cubanos las versiones de la oficialidad (Alcántara Janeiro, 2021, pp. 250-259). Por este motivo, los grupos opositores dedicaron parte de su esfuerzos humanos y económicos a realizar publicaciones para poder difundir todo aquello relacionado con la lucha que no se podía incluir en la prensa generalista.

El análisis de la prensa clandestina comienza por su enmarcamento en la concepción de *propaganda*, un término con múltiples matices —y no siempre en positivo, sobre todo desde su utilización institucionalizada por parte del nazismo<sup>1</sup>—. De forma sintética, la propaganda es la ex-

1 Pineda Cachero (2007, p. 154) indica que la violencia simbólica de la propaganda del Tercer Reich hizo que el vocablo “propaganda” se sustituyera por eufemismos como “publicidad política” o “comunicación política”, entre otros.

presión de una opinión o una acción por individuos o grupos, orientada conscientemente a influir en opiniones y acciones de otros individuos o grupos para unos fines predeterminados (Edwards [1938] citado en Pizarroso Quintero, 1993, p. 28). En el terreno de la comunicación social, la propaganda consiste en un proceso de diseminación de ideas a través de múltiples canales, con la finalidad de promover en el grupo al que se dirige los objetivos del emisor, no necesariamente favorables al receptor. Este conjunto implica, por tanto, un proceso de información y un proceso de persuasión (Pizarroso Quintero, 1999, p. 147), actividad que pretende inducir a otros a comportarse y/o pensar de una manera concreta, distinta a la que hubiesen adoptado sin su existencia (Schulze, 2001, p. 7). En el caso objeto de análisis, la propaganda estuvo ligada a un contexto de lucha armada, un nexo denominado por la escuela anglosajona como *Psychological Warfare* [guerra psicológica]. Esta consiste en el uso planificado de la propaganda para generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos, tanto en grupos extranjeros y/o nacionales, como en grupos enemigos, neutrales o amigos, de tal modo que apoyen el cumplimiento de los fines y objetivos marcados (Daugherty citado en Pizarroso Quintero, 1993, p. 34; Gagliano, 2012). De hecho, en estudios sobre la estrategia militar desarrollada por el Ejército Rebelde, se ha mencionado esta herramienta como parte de la estrategia a seguir: “No limitar el papel de la propaganda a nuestras fuerzas, sino que abarcara el trabajo político-ideológico con el enemigo (guerra psicológica)” (Pérez Rivero, 2006, p. 21).

Desde el punto de vista teórico, la prensa clandestina cumple con una serie de funciones: informativa, doctrinal, agitativo-solidaria y organizativa-militante<sup>2</sup>. La primera deriva de la falta de información en la prensa generalista, con lo que se pretende romper el cerco de la “verdad oficial” para que aparezcan en sus páginas conflictos ausentes en los medios convencionales. A esta función periodística, hay que sumarle la vocación doctrinal, característica definitoria de este tipo de prensa. Dicha tarea implica la difusión de marcos teóricos generales, objetivos y programas políticos y, en algunos casos, tiene continuidad mediante el debate en una dimensión interna: la propia organización como actor político. La función agitativo-solidaria supone la expresión de la vocación movilizadora presente en la prensa política. Finalmente, la función organizativo-militante hace referencia al papel que los órganos clandestinos

2 Tomamos aquí como referencia los apuntes sobre los órganos clandestinos elaborados por Ibarra (1986), que a su vez retoma el análisis funcional de este tipo de comunicación elaborado por Bassets y Bastardes (1979).

ejercen como instrumento de cohesión del grupo, su papel en la formación y dinámica de la propia militancia y su dimensión organizativa allí donde las estructuras del grupo no podían llegar, como, por ejemplo, en aquellos ámbitos geográficos donde la organización no tenía presencia o esta era poco estable.

Estas funciones derivan a su vez en jerarquías de análisis del contenido presente en la prensa clandestina, metodología aplicada por Cortina Orero (2017, pp. 195-217) en su estudio acerca de la comunicación insurgente en el caso salvadoreño, que se toma como referencia para este análisis del órgano del M26J. Las jerarquías establecidas son: 1) información: notas de carácter periodístico; 2) debate: discusión ideológica; 3) coyuntura: análisis de la realidad del país; 4) cultura partidaria: contenidos identitarios del grupo; 5) denuncia: identificación de derechos vulnerados o situaciones de represión; 6) comunicados/partes: partes operativos de la guerrilla y manifiestos políticos; 7) organización-movilización: consignas para generar acciones concretas; 8) formación: notas de carácter histórico-cultural o instructivas —para la fabricación de armas, por ejemplo—; y 9) doctrina: textos teóricos, con definiciones ideológicas y programas políticos. El objetivo del mencionado análisis es definir cuáles de las categorías propuestas adquirieron mayor peso en el boletín objeto de estudio y constatar qué aspectos primaron en la propaganda de este y, por tanto, en el Ejército Rebelde.

Como unidad de análisis, una vez revisada la publicación, se ha tomado el espacio ocupado por los artículos o piezas escritas en torno a un titular<sup>3</sup>, por ser un conteo más clarificador que sólo tener en cuenta el artículo en sí como unidad<sup>4</sup>. Es preciso también apuntar que diferentes categorías pueden estar presentes en una misma unidad de análisis, pero se ha optado en estos casos por priorizar aquellas que presentan una mayor entidad en dicha unidad.

3 La medición se ha realizado dividiendo la página en cuartos. De este modo, si un texto ocupa toda la página, el valor sería 1. Si sólo ocupa una parte, se le otorga el porcentaje de superficie ocupada (media página, 0,5; un cuarto, 0,25; etc.).

4 En el caso objeto de estudio, hay textos, por ejemplo, que ocupan 14 páginas. Si se midiera como artículo en torno a un titular, la referencia sería 1; pero al medirlo por espacio ocupado, el conteo es igual a 14, que refleja de forma más exacta la relevancia dada a los contenidos tratados.

## *El Cubano Libre* dentro de la propaganda del M26J

La rebeldía cubana estuvo detrás de la creación de diversos órganos clandestinos a través de los que plasmar su realidad y su ideario. La censura impregnaba la vida pública de la isla en aquellos años, por lo que se implementaron diversas estrategias para saltarse la prohibición de libertad de expresión. Una de ellas fue contactar con periodistas y medios de comunicación extranjeros para que se publicara fuera lo que no se podía en el país, pero no resultaba una medida suficiente para la difusión informativa y de acción contestataria dentro de las fronteras cubanas (Calvo, 2021). De ahí el nacimiento de diversos órganos con los que poder significarse y, dado el contexto, adquirieron la condición de clandestinos. Todos los grupos opositores a Fulgencio Batista, en mayor o menor medida, editaron boletines con sus idearios y tácticas para la acción. En cuanto al M26J, los periódicos más representativos y de mayor tiraje fueron *Revolución* y *Sierra Maestra*, tirados desde las áreas urbanas —conocidas como el “llano”— (Calvo, 2018). Ya desde las filas guerrilleras, en las montañas orientales se difundieron *El Cubano Libre*, *Surco*, *Patria* y *Milicianos* (Figura 1). Su producción, periodicidad y extensión se puede calificar de precario, ya que el escenario de su edición estaba vinculado al quehacer de las fuerzas insurgentes y a la disponibilidad de suministros:

*El Cubano Libre* era pequeño, del tamaño de una hoja de bond o de gaceta, mal impreso, a veces con unos dibujitos e iba cogido con una presitilla. El que no tenía la vista buena no podía entender bien: como todo periódico editado en *stencil*, las letras estaban picadas, saltadas a veces, y había que adivinar, hacer el artículo uno mismo. (Guerra y Escobar, 1997, p. 163)

Estos órganos de difusión, en conjunto, son fundamentales para analizar los canales y el discurso del M26J como agentes catalizadores de la victoria rebelde en términos de dimensión pública. El grupo tenía una necesidad de divulgación noticiosa que solventó con la creación de varios medios clandestinos a lo largo de la contienda. *A priori*, semejan publicaciones deslocalizadas (Figura 2) y promovidas por distintas esferas dentro del movimiento —el llano y la guerrilla—, pero de forma global responden a una estrategia común de contra información y movilización. Para los integrantes de los comités de propaganda, esta prensa tenía una doble función: por un lado, la de ser “un medio de información,

orientación, educación y organizador del pueblo” y, por el otro, “un instrumento para ir incorporando mayor cantidad de personas a la causa revolucionaria” (García Rodríguez, 1981, p. 14). Las principales vías que se utilizaban para su distribución eran la propia estructura del M26J, los grupos obreros, el Movimiento de Resistencia Cívica y “dondequiera que había compañeros [...] se les dejaba un paquete de ejemplares en un lugar determinado”:

La prensa circulaba de casa en casa, una familia se lo pasaba la otra, a la de al lado, a la del frente, a la de la otra cuadra, a la de más allá, a la de más acá. ¿Qué significaba esto? Sencillamente que lo leía el colaborador o simpatizante, el militante o simplemente una persona neutral. No se puede precisar cuántos lectores tenía cada ejemplar. (García Rodríguez, 1981, p. 34)

Figura 1. Línea de tiempo señalando el mes de surgimiento de las publicaciones clandestinas del M26J en la etapa insurreccional



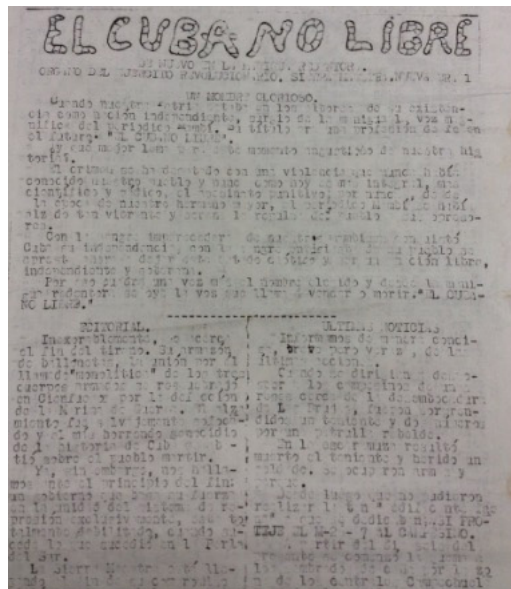
Fuente: elaboración propia.

Figura 2. Mapa de Cuba de finales de los años 50 donde se indican los órganos clandestinos del M26J según la provincia donde se editaban



Fuente: elaboración propia.

Figura 3. Portada del primer número de El Cubano Libre



Fuente: Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

*El Cubano Libre* renació en Sierra Maestra en octubre de 1957 a instancias de *Che* Guevara. Y se habla de renacimiento porque esta cabecera había visto la luz por primera vez en 1868, durante la guerra independentista, bajo la dirección de Carlos Manuel de Céspedes y más tarde de Antonio Maceo, en las luchas de 1895 (Rueda Frías, 2011, p. 42). En el subtítulo de la nueva etapa se indicaba “de nuevo en la manigua reudentora” (Figura 3), así que, con el ánimo de continuar “la impercedera lucha” de los mambises, desde las montañas orientales se empezaron a multicopiar editoriales y consignas que se distribuían en la zona (Sarabia, 1987, pp. 100-101). Además de servir para la concienciación del campesinado y del ejército batistiano, el *Che* planteó la necesidad de que llegara al grueso de la sociedad cubana. Por ello, se hicieron esfuerzos para que el boletín se difundiera en las ciudades y, doblado, se llevaba en camisas, pantalones, faldas o “en el dobladillo de cualquier cosa”. Según Sergio Rodríguez, heraldo de la guerrilla con el movimiento en las zonas urbanas<sup>5</sup>, se escondía debajo del colchón y se hacía circular entre la militancia y los simpatizantes del llano: “si la cosa se ponía peligrosa, se le daba fuego o se enterraba. *El Cubano Libre* se perseguía después como si fuera un jefe guerrillero más” (Guerra y Escobar, 1997, p. 163).

En el aspecto organizativo, nuestro Ejército Guerrillero había avanzado lo suficiente como para tener, al final de año, organizaciones elementales de acopio, algunos servicios industriales mínimos, hospitales y comunicaciones formadas. Los problemas del guerrillero eran muy simples. Para subsistir individualmente necesitaba comida en pocas cantidades, alguna ropa y algunas medicinas indispensables. Para subsistir como guerrilla, es decir, como fuerza armada en lucha, armas y parque, para desarrollarse en el aspecto político, vehículos de propaganda. Para poder asegurar esas necesidades mínimas, era necesario que existiera un aparato de comunicaciones e información. (Guevara, 1970, p. 353)

El desarrollo del aspecto político del que hablaba el *Che* en las líneas precedentes pasaba por crear un medio de información que diera fe de los avances de la guerrilla, de la influencia de esta en Sierra Maestra y, sobre todo, del proyecto insurreccional del M26J. En esta época, Guevara se había convertido en uno de los hombres fuertes del movimiento: en el verano de 1957 había sido ascendido a comandante —“de modo

<sup>5</sup> Mensajero de origen español y contacto del Comité Provincial del Partido Socialista Popular (PSP) de Oriente en el Ejército Rebelde.

informal y casi de soslayo” (Anderson, 2007, p. 259)— y estaba a cargo de la “cuarta” columna del destacamento de las fuerzas irregulares<sup>6</sup>. Realizó entonces gestiones con la organización del llano para obtener un mimeógrafo en el cual imprimir *El Cubano Libre*. En una carta dirigida a Castro —con fecha de 24 de noviembre de 1957—, el *Che* adjuntó el primer número del periódico y confirmaba su dirección en los temas a tratar. Igualmente, incidía en la baja calidad material del boletín, le pedía una colaboración a Fidel “con algo que tenga tu firma” y solicitaba la creación de “un cuerpo especial” para el intercambio de noticias de acciones, crímenes, ascensos y comunicación regular entre las columnas<sup>7</sup>.

Las fuentes indican así que Ernesto Guevara estuvo detrás de los primeros números de este boletín, en los cuales participó con cuatro artículos de su autoría titulados “Sin bala en el directo”. Según Taibo II, *El Cubano Libre* fue una de las “obsesiones” del *Che*, al que le dedicó parte de su tiempo para montar su infraestructura y “no pocas broncas”: “cuando descubrió que alguien había usado un ejemplar como papel higiénico [...] estuvo a punto de poner a pan y agua a todo el personal de la comandancia” (Taibo II, 1997, p. 208).

A fines de octubre de 1957 nos volvimos a establecer en El Hombrito para iniciar los trabajos que debían dar lugar a una zona fuertemente defendida por nuestro ejército. [...] empezamos [...] a sentar las bases del periódico mambí. Para ello había un viejo mimeógrafo traído del llano, en el cual se tiraron los primeros números de *El Cubano Libre*, cuyos redactores y tipógrafos principales eran los estudiantes Geonel Rodríguez y Ricardito Medina. (Ernesto *Che* Guevara citado en Martínez Victores, 1978, p. 102)<sup>8</sup>

La existencia de este boletín se podría dividir en tres etapas. La primera —localizada en El Hombrito y que comprende sus tres primeros números entre noviembre de 1957 y enero de 1958— estuvo marcada por el empeño de Guevara de crear un periódico. En estas ediciones actuó como director y publicó artículos bajo el pseudónimo de “Francotirador”, que analizaremos más adelante. En la segunda etapa —situada

6 La columna de Guevara era la segunda, pero le pusieron la cuarta “por razones enmascaramiento bastante infantiles” de engaño al enemigo (Taibo II, 1997, pp. 180-181).

7 Carta de Ernesto Guevara a Fidel Castro, 24 de noviembre de 1957. Carpeta *El Cubano Libre*, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

8 Los estudiantes citados por el *Che* eran dos oficiales del Ejército Rebelde que murieron en combate en Sierra Maestra.

en La Mesa entre febrero y julio de 1958, con dos números y dos ediciones extraordinarias— actuó como director Luis Orlando Rodríguez y la voz de Fidel Castro se convirtió en la protagonista casi absoluta del órgano clandestino. Esta misma línea se sigue en la tercera etapa del boletín —editada desde La Plata, con tres números de septiembre y diciembre de 1958—, donde se adjudicaba la edición al Departamento de Propaganda del Movimiento 26 de Julio y presumiblemente la dirección corrió a cargo de Carlos Franqui<sup>9</sup>.

El primer periódico de *El Cubano Libre* que sale en La Plata es el número 5 y se edita en el campamento “Abel Santamaría”, el 6 sale en septiembre y se hace en la casa de la propaganda. Los restantes se hicieron en el local de la ACTL (Administración Civil del Territorio Libre). El número 5 de *El Cubano Libre* se hace durante la ofensiva y en él aparece la batalla de Santo Domingo. En los números 6 y 7 se publica el informe de Fidel al pueblo sobre el resultado de la ofensiva, que había transmitido Radio Rebelde. (Santiago Armada *Chago* citado en Martínez Vicores, 1978, pp. 308-309)

Esta temporalidad refleja que el discurrir de *El Cubano Libre* corrió prácticamente paralelo al de Radio Rebelde, otro de los medios clandestinos de la guerrilla del M26J. Las crónicas oficiales cubanas indican que Ernesto Guevara fue uno de los impulsores de la creación de la estación radiofónica (Martínez Vicores, 1978, pp. 111-112), cuyas transmisiones comenzaron a finales de febrero de 1958. Por tanto, el *Che* estuvo detrás de este proyecto, al igual que lo estuvo del boletín clandestino. Además, los directores de Radio Rebelde fueron Luis Orlando Rodríguez —hasta el mes de mayo— y Carlos Franqui —a partir de junio de 1958<sup>10</sup>—, periodización similar a la del periódico. Asimismo, como veremos, aunque en ambos canales del Ejército Rebelde el promotor había sido Guevara, el grueso de los contenidos finalmente fue copado por las directrices y los comunicados de Fidel Castro (Calvo, 2021).

9 En el propio boletín, no consta el nombre de Carlos Franqui como director, pero el *Che* así lo confirma (Guevara, 1970, p. 335).

10 Según indica el propio Franqui (2006, p. 201), “llamado *exprofeso* para la misión por la dirección del Movimiento y Fidel Castro”.

## Los contenidos de *El Cubano Libre*: un análisis

Los números objeto de estudio de *El Cubano Libre* comprenden un total de 18 generales y dos ediciones extraordinarias, editados entre octubre de 1957 y diciembre de 1958<sup>11</sup>. La principal característica formal es su irregularidad, tanto en formato, como en número de páginas o periodicidad. La explicación, como se ha comentado, reside en las condiciones de estar tirado con los medios que se podían obtener, dado el contexto armado y de clandestinidad en el que se elaboró. Los contenidos ofrecidos en sus páginas resultan fundamentales para profundizar en la propaganda vertida desde la guerrilla del M26J, incidir en las consignas enviadas y completar el rompecabezas de la conformación ideológica y programática del grupo rebelde.

Santullano (2005, p. 109) señala que toda información, opinión, contenido doctrinario, educativo y elementos de cohesión presentes en la prensa clandestina tienen como objetivo último conducir a la acción, por lo que “el periódico se convertía en guía, en ‘grito de combate’”. En el caso de *El Cubano Libre*, ese “grito” se traduce en que la principal función del órgano clandestino era la de la difusión de comunicados/partes (Figura 4), sobre todo a partir de marzo de 1958 (Figura 5). Existen números dedicados íntegramente a este fin, como la 1ª edición extraordinaria de marzo de 1958, donde se da cuenta del “Manifiesto del Movimiento Revolucionario 26 de Julio al Pueblo de Cuba”, firmado por Fidel Castro y Faustino Pérez. La primera parte del texto aborda la anómala situación de la prensa cubana —“la dictadura acaba de suspender las garantías y restablecer la censura odiosa”<sup>12</sup>—, incidiendo en la prohibición a los periodistas de acercarse a las montañas orientales —para que no presenciaran “las derrotas que ha sufrido la dictadura”<sup>13</sup>— y en que los partes oficiales eran inciertos, al traslucir el control de la situación por el ejército batistiano. La segunda parte del manifiesto la componen 21 puntos, cuyo principal *leitmotiv* era “que la estrategia del golpe decisivo se basa en la huelga general revolucionaria, secundada por la acción armada”<sup>14</sup>.

Los partes relataban fundamentalmente el desarrollo de los enfrentamientos de la guerrilla con las fuerzas regulares —como Pino del Agua

11 La serie ha sido consultada en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

12 *El Cubano Libre*, 1ª ed. extra., marzo 1958, p. 4.

13 Ídem, p. 2.

14 Ídem, p. 4. Sobre la huelga general revolucionaria, véase Graña Eiriz (2011).

o Santo Domingo<sup>15</sup>—, destacando las largas transcripciones de las locuciones de Fidel Castro a través de Radio Rebelde<sup>16</sup>. En estos discursos, el líder guerrillero hacía un recuento de las bajas propias y enemigas o del arsenal incautado, palabras destinadas a desmentir los informes oficiales, que se publicaban en los periódicos cubanos de la época<sup>17</sup>:

Cuando se escriba la Historia real de esta lucha y se confronte cada hecho ocurrido con los partes militares del régimen, se comprenderá hasta qué punto la Tiranía es capaz de corromper y envilecer las Instituciones de la República, hasta qué punto las fuerzas al servicio del mal es capaz de llegar a extremos de criminalidad y barbarie; hasta qué punto los soldados de una Dictadura pueden ser engañados por sus propios Jefes. ¿Qué les importa después de todo, a los déspotas y verdugos de los pueblos la desmentida de la Historia? Lo que les preocupa es salir del paso y aplazar la caída inevitable. Yo no creo que el Estado Mayor mienta por vergüenza: el Estado Mayor del Ejército de Cuba ha demostrado no tener pudor alguno. El estado Mayor miente por interés; miente para el pueblo y para el Ejército; miente para evitar la desmoralización de sus filas; miente porque se niega a reconocer ante el mundo su incapacidad militar, su condición de Jefes mercenarios, vendidos a la causa más deshonrosa que pueda defenderse, miente porque no ha podido a pesar de sus decenas de miles de soldados y los inmensos recursos materiales con que cuenta derrotar a un puñado de hombres que se levantó para defender los derechos de su pueblo<sup>18</sup>.

El segundo grupo de contenidos del boletín clandestino en importancia son aquellos que se agrupan bajo la jerarquía “coyuntura”, esto es, piezas dedicadas a analizar la situación sociopolítica del país. El grueso de esta categoría reflejaba la realidad de la isla en aquel entonces a través

15 *El Cubano Libre*, “Pino del Agua: vitoria rebelde”, nº 4, febrero 1958, p. 1; “Santo Domingo, ¡el más grande triunfo rebelde!”, nº 5, julio 1958, p. 1.

16 *El Cubano Libre*, “El desastre de la tiranía en la Sierra Maestra”, nº 6, septiembre 1958, pp. 1-14; “La posición del Movimiento Revolucionario “26 de Julio” y del Ejército Rebelde respecto a las Fuerzas Armadas y ante el posible golpe de estado”, nº 7, septiembre 1958, pp. 1-12.

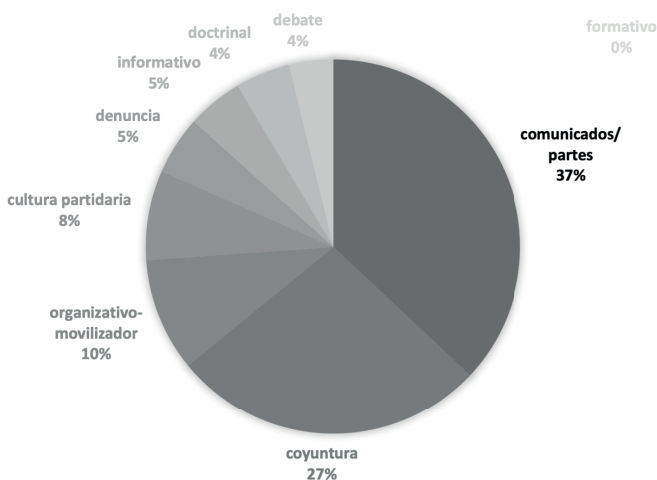
17 Véase el caso del *Diario de la Marina* (Calvo, 2014).

18 *El Cubano Libre*, nº 6, septiembre 1958, pp. 12-13. Sobre la ofensiva y contraofensiva rebelde del verano de 1958, véase Castro (2010).

de viñetas “humorísticas” (Figura 6)<sup>19</sup>. La temática más recurrente en los comentarios o editoriales era la de la situación del campesino de Sierra Maestra y la Ley Agraria, a raíz del “compromiso contraído” por el M26J como reconocimiento “a la labor de lucha de esa clase” para hacer prevalecer el “derecho a obtener su pedazo de tierra”<sup>20</sup>.

La tercera jerarquía en importancia en *El Cubano Libre* es la vinculada con contenidos de carácter organizativo-movilizador, aunque ya con un porcentaje menor en relación con las dos primeras categorías (Figura 4). Los mensajes solían ir en forma de consigna, invitando a la militancia y simpatizantes a acciones claras e inmediatas (Figura 7). Hasta marzo de 1958, las indicaciones se orientaban fundamentalmente a la quema de la caña y al llamamiento a la huelga general<sup>21</sup>. A partir del mes de julio, se alentaba al “atentado revolucionario”, que lo describían como la forma de lucha “más efectiva” en un proceso revolucionario<sup>22</sup>.

Figura 4. Jerarquías de la prensa clandestina en *El Cubano Libre* según el espacio ocupado por las unidades de análisis



Fuente: elaboración propia.

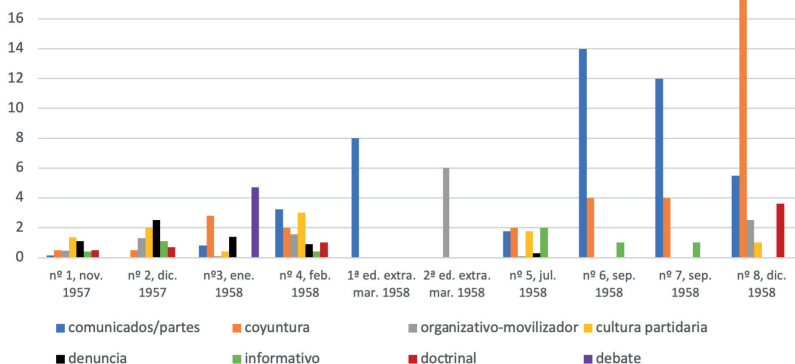
19 Especialmente en los suplementos humorísticos de los números de septiembre y diciembre de 1958. Los dibujos estaban firmados por Santiago Armada “Chago”, artista cubano que trabajó en *El Cubano Libre* “hasta los días finales de diciembre” (Martínez Victores, 1978, p. 296).

20 *El Cubano Libre*, n° 8, diciembre 1958, p. 17.

21 *El Cubano Libre*, “Editorial”, n° 2, diciembre 1957, p. 1; Fidel Castro, “A los trabajadores y al pueblo de Cuba”, 2° ed. extra., marzo 1958, p. 1.

22 *El Cubano Libre*, n° 5, julio 1958, p. 3.

Figura 5. Evolución temporal de las jerarquías de la prensa clandestina en *El Cubano Libre* según el espacio ocupado por las unidades de análisis



Fuente: elaboración propia.

La cultura partidaria —en cuarto lugar, con un porcentaje del 8%— se reflejaba en *El Cubano Libre* a través de las semblanzas a los caídos<sup>23</sup>, la relación de ascensos en “el alto mando revolucionario” y las deserciones de soldados de Batista que se habían pasado a las filas rebeldes<sup>24</sup>. Esta categoría también estaba contenida en notas acerca de los medios de comunicación propios de la guerrilla, con indicaciones acerca de Radio Rebelde<sup>25</sup> o del propio boletín:

*El Cubano Libre* fue el órgano oficial de los mambises. *El Cubano Libre* es también hoy, en los montes de la Sierra Maestra, la voz de quienes aspiramos a honrar ese título, *El Cubano Libre*, en la lucha por reconquistar la libertad que nos legaron los mambises. Acordes con el espíritu

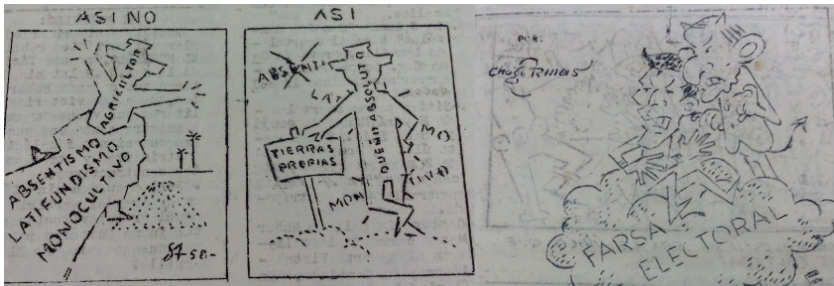
23 Algunos de los “mártires” mencionados a lo largo de los números de *El Cubano Libre* fueron Juan Soto, Ciro Redondo, Gerardo Abreu Fontán, Enrique Noda, Raymundo Lien, Ángel Guevara, Florentino Quesada, Gilberto Capote o Geonel Rodríguez. En la línea de lo que expone Cortina Orero (2017, p. 215) para el caso salvadoreño, “la representación de los caídos remite a un pasado de sacrificio, vinculando esos esfuerzos pasados —la sangre derramada— con un futuro mejor por el que seguir combatiendo”. La proyección de los “mártires” en el discurso de la guerrilla del M26J tuvo su reflejo en acciones concretas, como las semblanzas en la prensa clandestina o bautizar frentes y columnas rebeldes con el nombre de los caídos (por ejemplo, el II Frente Oriental Frank País o la Columna 8 Ciro Redondo).

24 *El Cubano Libre*, nº 4, febrero 1958, p. 12.

25 Ídem, p. 3.

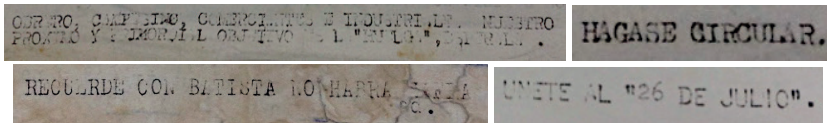
de total rebeldía de nuestro hermano mayor, reproducimos a partir de este número el mismo titular utilizado por las fuerzas liberadoras, como identificación absoluta con aquellos ideales [Libertad o muerte]<sup>26</sup>.

Figura 6. Muestra de viñetas presentes en *El Cubano Libre*



Fuente: Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

Figura 7. Consignas presentes en *El Cubano Libre*



Fuente: Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

La denuncia y la información —con un 5% cada una de ellas— tienen cabida en textos que relataban los crímenes y los atropellos del ejército batistiano —en contra del campesinado, la mayor parte de las veces<sup>27</sup>— y en noticias que daban cuenta de acciones revolucionarias por parte de las células clandestinas de las ciudades (Figura 8). El objetivo primordial era saltarse la censura oficial —que hacía que la opinión pública desconociese los hechos reseñados—, situación que también era denunciada:

26 Ídem, p. 10. A partir del n° 4, el subtítulo “De nuevo en la manigua redentora”, se cambió por el de “Libertad o Muerte”, en referencia a las consignas enviadas durante las guerras de independencia. En 1960, en el funeral de las víctimas por la explosión del buque *La Coubre*, Fidel Castro cambió en ese mensaje la palabra “Libertad” por “Patria”. Debray (1967) describió ese “Patria o Muerte” como “una regla de acción” donde se jugaba “el todo por el todo”.

27 *El Cubano Libre*, “Asesinan campesinos y queman las casas en cobarde represalia”, n° 3, enero 1958, p. 1; “Guerra y población campesina”, n° 5, julio 1958, p. 6.

Continúan los periodistas extranjeros visitando la Sierra Maestra. A los nombres de Homer Bigart, Enrique Meneses y Carlos Gutiérrez, del *New York Times*, *Paris-Match* y *La Mañana*, de Montevideo, hay que agregar el de otros colegas, entre ellos el corresponsal norteamericano Andrew St. George, que por tercera vez nos visita. Mientras tanto, hay que lamentar que ni un solo periodista cubano haya arribado a nuestros campamentos<sup>28</sup>.

Las cuestiones doctrinales y de debate ocuparon, respectivamente, un 4% de los contenidos de *El Cubano Libre*. Comenzando por la última, esta se refleja únicamente en el editorial del n° 3, donde el M26J mostraba su disconformidad con el Pacto de Miami<sup>29</sup> y su alineamiento con el contenido del Manifiesto de Sierra Maestra, firmado unos meses antes<sup>30</sup>. En el texto se debatían cuestiones como “¿qué se entiende por fuerzas revolucionarias?” o “el rechazo a todo tipo de intervención extranjera”, confrontándolas con las condiciones de “un manifiesto de unidad” que no habían suscrito<sup>31</sup>. En cuanto a la jerarquía doctrinal, los contenidos estaban orientados a cuestiones relativas a la Reforma Agraria<sup>32</sup>, rasgos de antimperialismo en los artículos de Guevara —como se verá más adelante—, y a “la labor de depuración social de la revolución” respecto a “la persecución y castigo a quienes cosechen, trafiquen, porten, guarden o fumen esta droga [marihuana] o cualquier otra”:

Es así como comienza el Movimiento Revolucionario 26 de Julio a limpiar sus más repugnantes lacras a nuestra sociedad, merecedora por todos conceptos de una mejor suerte que la que hasta ahora ha tenido. ¡Fe y

28 *El Cubano Libre*, n° 4, febrero 1958, p. 10.

29 El “Acuerdo de la Junta de Liberación de Cuba” o “Pacto de Miami” fue firmado en octubre de 1957 por el Partido Revolucionario Cubano, Partido del Pueblo Cubano, Organización Auténtica, Federación Estudiantil Universitaria, Directorio Revolucionario, Directorio Obrero Revolucionario y Lester Rodríguez y Felipe Pazos por parte del M26J, pero sin ponerlo en conocimiento de la cúpula guerrillera de Sierra Maestra. La disensión con este documento tuvo su respuesta en una carta de Fidel Castro en contra de los acuerdos tomados a sus espaldas. Véase “Carta de Fidel Castro contra el Pacto de Miami”, en <http://www.cedema.org/ver.php?id=2985> [25/03/2022].

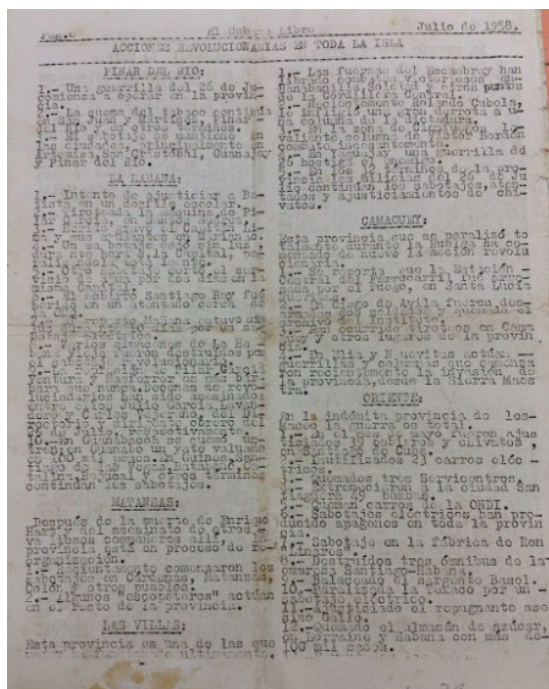
30 Véase “Manifiesto de Sierra Maestra”, en <http://www.cedema.org/ver.php?id=3413> [25/03/2022].

31 *El Cubano Libre*, “Editorial”, n° 3, enero 1958, pp. 1 y 6-10.

32 *El Cubano Libre*, “La reforma agraria”, n° 1, noviembre 1957, p. 2.

adelante, compañeros, que por esos medios Cuba se verá muy pronto libre políticamente, depurada también en su aspecto moral!<sup>33</sup>.

Figura 8. *El Cubano Libre*, “Acciones revolucionarias en toda la isla”, nº 5 (julio 1958, p. 8)



Fuente: Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (La Habana, Cuba).

El aspecto formativo no tuvo cabida en las páginas de este boletín clandestino que, como hemos visto, cumplió una función de difusión de comunicados y partes y de notas de carácter coyuntural. A la luz de los datos arrojados por el análisis, *El Cubano Libre* fue el altavoz del Ejército Rebelde y puso el foco en la lucha armada y la situación del país. En el plano mediático, la relevancia otorgada a las acciones de la guerrilla y el ensalzamiento de las batallas libradas tuvieron como objetivo contrarrestar los partes oficiales del Gobierno cubano y difundir entre el pueblo

33 *El Cubano Libre*, “Labor de depuración social de la Revolución”, nº 8, diciembre 1958, p. 15.

cubano hechos que de otro modo hubieran desconocido. En el plano identitario, se reforzaba la idea de que las armas eran la única solución a la problemática instaurada en el país, convirtiendo a los guerrilleros de Sierra Maestra y a la táctica adoptada en los artífices de la victoria. De hecho, este sesgo fue el que a partir de 1959 se asumió como válido, dando lugar a la expansión y difusión del foquismo propugnado por Guevara<sup>34</sup>.

### “Francotirador”: los artículos del *Che* en Sierra Maestra

Como ya se ha adelantado, Ernesto Guevara no se limitó a promover y dirigir un periódico desde su comandancia en el Ejército Rebelde cubano, sino que también plasmó sus pareceres dentro de *El Cubano Libre* en cuatro artículos firmados bajo el pseudónimo de “Francotirador”. Supone el 3,2% del total de los contenidos del boletín, pero dado que conforman sus primeros escritos publicados en su condición de guerrillero, resulta interesante pararse en su análisis. En un nivel cuantitativo, la voz de Fidel Castro supone un 32,5% del total de los contenidos del órgano clandestino. Estos eran relativos a la categoría partes/comunicados, mayoritariamente consistentes en extensas transcripciones de los discursos que el comandante revolucionario ofrecía por Radio Rebelde (Calvo, 2021, p. 145). Por tanto, eran textos más apegados al desarrollo de los enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército y a las arengas movilizadoras que a la reflexión política o social. Por su parte, los artículos de Guevara pertenecen a las jerarquías analíticas de denuncia, coyuntura y doctrinal, bajo el título “Sin bala en el directo”, que denotan una impronta más reflexiva de la situación y del momento.

El primer artículo salió en la página 4 del número 1 de noviembre de 1957, cuya finalidad fue denunciar el asesinato de los campesinos de Sierra Maestra a manos del ejército batistiano. Para ello, utilizó el recurso de la ironía, iniciando el texto con el relato de las protestas que habían realizado las sociedades protectoras de animales ante el edificio de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), “pidiendo clemencia para la congénere siberiana *Laika*, que vuela en los espacios siderales [...] que morirá gloriosamente en aras de una causa que no comprende”. Este hecho le dio pie para contraponerlo a la ausencia de condena por parte de “ninguna sociedad filantrópica [...] pidiendo clemencia por nuestros

34 Para un análisis de la teoría del foco, véase Child (1995).

guajiros<sup>35</sup> y ellos mueren en buen número”, puntualizaba. Esta comparativa sarcástica y dispar la concluía con una pregunta abierta: “¿O será que en el marco de la convivencia política vale más una perra siberiana que mil guajiros cubanos?”. Guevara sentaba las bases así de la escasa atención que se les prestaba a las vicisitudes de determinados pueblos y regiones del mundo, en este caso Cuba. Para él, plenamente implicado en el proceso insurreccional que vivía la isla —nótese como hablaba de “nuestros guajiros”—, manifestaba de este modo su disconformidad acerca de las prioridades de la agenda política (y mediática) mundial.

El segundo artículo del *Che* se publicó en el número de diciembre de 1957 repartido entre las páginas 3 y 8, con el rasgo fundamental de denuncia. El clamor popular y de los sectores que abogaban por una salida pacífica a la anómala situación del gobierno de Fulgencio Batista pedían la celebración de elecciones —que tuvieron lugar a finales de 1958 y que el M26J tachó de “farsa electoral”<sup>36</sup>—. Guevara, de nuevo recurriendo a la ironía, señalaba que “los voceros del régimen” habían comenzado a preparar estos comicios comparando al “dictador” [Batista] con Lázaro Cárdenas, que lo describe como “el ilustre mexicano que inició la liberación económica de su país y el más grande presidente que hayan tenido nuestros hermanos en este siglo”<sup>37</sup>. Incidía en el “descaro” de equiparar a ambos hombres y de que tomaran la base social del gobierno cardenista y se la apropiaran, para sugerir que Batista representaba “educación intensiva, incremento económico, derecho a la salud”. A partir de este punto, el *Che* usó estos tres parámetros para denunciar la coyuntura educativa, económica y sanitaria de Cuba en aquel entonces —puntos que destacaron posteriormente los revolucionarios en el poder<sup>38</sup>—:

¡Educación intensiva cuando nunca ha sido tan grande el analfabetismo en Cuba y tan fuera del alcance de las masas populares la educación!

¡Incremento económico cuando el obrero cubano está pasando las de Caín para darle de comer a sus hijos, ahogado por la carestía de la vida y de la insuficiencia del salario, aunado al desempleo cada día mayor!

¡Derecho a la salud cuando casi no hay centros hospitalarios gratuitos ni seguros obreros ni campesinos organizados ni obras sanitarias que contengan las plagas ni dinero con que comprar medicinas!

35 Término con el que se denomina a los campesinos en Cuba.

36 *Revolución*, “Impidamos la farsa electoral” (14 de julio de 1958, p. 2).

37 Sobre Cárdenas, véase, por ejemplo, Medin (2003).

38 Véase, por ejemplo, Guerra y Maldonado (2009).

El guerrillero, como colofón, se preguntaba si los mentados “voceros” no se referían a la nación cubana y sí “a los protegidos del régimen y a sus aliados latifundistas explotadores del pueblo”. De ser este segundo supuesto, Guevara no ponía objeciones ya que, además de “las tres ventajas enumeradas”, señalaba que también tenían derecho “a explotar al trabajador, a robar al Estado, a matar, violar y maltratar libremente”. Pero como frase final, exponía: “Afortunadamente, son pocos y están por desaparecer”, como guiño entusiasta a la empresa que estaban llevando a cabo desde las montañas orientales cubanas.

En enero de 1958 aparecía el tercero de los artículos del *Che* en la página 6 del *El Cubano Libre*. De nuevo, el comandante usaba la comparación y la ironía para dejar su impronta acerca de la lucha en la que estaba participando. En esta ocasión, enumeraba las características en común que tenían “los desórdenes y muertes ocurridos en Chipre, Argelia, Ifní o Malaya” —únicas noticias que les llegaban puesto que las radios y los periódicos no podían “narrar los crímenes diarios de aquí”, relativo a la censura instaurada en la isla—:

- a) El poder gobernante “ha infligido numerosas bajas a los rebeldes”.
- b) No hay prisioneros.
- c) El poder gobernante “sin novedad”.
- d) Todos los revolucionarios, cualquiera sea el nombre del país o región, están recibiendo “ayuda solapada de los comunistas”.

“¡Qué cubano nos parece el mundo!”, exclamaba tras el listado ofrecido, poniendo en igualdad de condiciones las luchas revolucionarias en otras latitudes con la cubana. Además, excusaba la calificación de “comunistas” alegando que, para los poderes fácticos, estos eran “todos los que empuñan las armas, cansados de tanta miseria, cualquiera sea, el lugar de la tierra donde se produzca el hecho”. Contraponía esta definición a la de “demócratas”, grupo que para Guevara lo constituían aquellos que “asesinan a ese pueblo indignado, hombres, mujeres o niños”. Usaba así el reduccionismo y una confrontación dicotómica irreconciliable para justificar la lucha armada —“contra la fuerza bruta y la injusticia el pueblo dirá su última palabra, la de la victoria”—, ya no sólo en Cuba, sino en cualquier territorio que, a su entender, lo necesitara. Hay una mención expresa al comunismo, pero exenta de cuestiones doctrinales. La propaganda en contra de la guerrilla cubana en la época, sobre todo desde los círculos batistianos, se orientaba a tacharlos de “comunistas”, como

estrategia para conseguir el apoyo estadounidense, dada la coyuntura internacional del momento<sup>39</sup>.

No obstante, a pesar de que en las filas rebeldes se integraran personajes próximos a la ideología de izquierdas —el propio *Che* o Raúl Castro—, las pretensiones del M26J se habían sentado desde el “Manifiesto de la Sierra Maestra” en junio de 1957<sup>40</sup>. En dicho documento se abogaba por la unión de todos los partidos políticos de oposición, los sectores revolucionarios y las instituciones cívicas para provocar la caída del “dictador” y llegar a un gobierno provisional que convocara elecciones generales “bajo las normas de la Constitución del 40”. Entre esa oposición se encontraba el partido comunista cubano (PSP, Partido Socialista Popular), que desde el inicio de las acciones armadas se mostró cauto a emprender esta vía. De hecho, hasta marzo de 1958 no hubo un pronunciamiento explícito en este sentido, cuando mostraron apoyo a los combatientes de Sierra Maestra “a pesar de existir entre ambas organizaciones diferencias en cuanto a programa e ideología”, después de que todas las soluciones de acción pacífica se hubieron cerrado (Massholder, 2018, p. 127)<sup>41</sup>. De este modo, la mención “comunistas” que Guevara realizaba en el artículo se orienta más a la denuncia, a hacer ver que las luchas que él consideraba legítimas eran atacadas en todos los flancos por parte de esos que llamaba “demócratas” para hacerlas desaparecer. Se puede incluso pensar en ciertos rasgos de antimperialismo en estas líneas, ya que, aunque no hay una mención expresa a la política estadounidense, ese análisis de la coyuntura internacional de las luchas revolucionarias y anticoloniales y la denuncia de sus vicisitudes lo repetiría a lo largo de su vida pública después de 1959, siendo el exponente más claro el texto “Crear dos, tres... muchos Vietnam”<sup>42</sup>.

El cuarto y último artículo de Ernesto Guevara firmado como “Francotirador” se publicó en la página 5 del número 4 (febrero de 1958) de *EI*

39 Infructuoso en el sentido que Estados Unidos declaró constantemente su “neutralidad” en el conflicto y en abril de 1958 suspendió el envío de armas a Batista (Calvo, 2021, pp. 193-194).

40 Véase “Manifiesto de Sierra Maestra”, en <http://www.cedema.org/ver.php?id=3413> [25/03/2022].

41 Massholder (2018, p. 127) señala también que la posición tanto de los miembros de la dirección del PSP como de sus militantes no fue homogénea ni lineal, y que convivieron dentro de la organización sectores que se involucraron en la guerrilla y sectores que insistían en que la lucha armada traería una represión aun mayor por parte de los EE. UU.

42 Este texto, subtítulo mensaje a los pueblos del mundo a través de la *Tricontinental*, fue publicado en La Habana (Cuba) el 16 de abril de 1967, en forma de folleto como suplemento especial para la revista *Tricontinental*, órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL).

*Cubano Libre*, actuando ya como director de la publicación Luis Orlando Rodríguez. En él, comienza loando los logros alcanzados por “los guerrilleros barbudos” en el poco más de un año de lucha:

De aquel andrajoso y (no lo cuenten por favor) piojoso “ejército” de doce hombres que vagaba como habitante único de los más altos firmes de la Maestra a nuestro nuevo ejército de seis columnas y gran potencia ofensiva, va una notable diferencia. Una diferencia que no es tan solo militar, aunque tal vez tenga en lo militar su base, pues hoy se ha hecho también política.

Esa implicación política de los rebeldes cubanos, Guevara la señala con la evolución de la atención prestada por parte de EE. UU.: primeramente, eran una “página anecdótica” en las principales cabeceras del vecino del norte, para pasar a ser el objeto de una “seria” declaración del Departamento de Estado, desmintiendo las afirmaciones que Fidel Castro hiciera a Homer Bigart<sup>43</sup>, denunciando el pacto entre Batista y el citado departamento. Estas declaraciones se vertieron el 26 de febrero de 1958 en un artículo de *The New York Times*, donde Fidel Castro reveló “un creciente desencanto con la política de Estados Unidos hacia Cuba”, ya que había llegado a un acuerdo secreto con el régimen de Batista a finales de enero de ese año, en virtud del cual el presidente cubano restauró las garantías constitucionales que habían estado suspendidas durante la mayor parte de 1957<sup>44</sup>. A cambio, según Castro, el Departamento de Estado accedió a actuar contra los grupos revolucionarios que solicitaban fondos y armas en Estados Unidos. Como “evidencia” de este endurecimiento de la política estadounidense hacia los rebeldes, Fidel citó el arresto en Miami del expresidente cubano Carlos Prío Socarrás —que había “conmocionado y entristecido a todos los cubanos”—, acusado de haber violado las leyes de neutralidad del país<sup>45</sup>. Ante este hecho, el Che señalaba que el M26J dejaba de ser “página de espectáculo exótico” y pasaba a tener “vigencia política internacional”. Con estas primeras líneas, el guerrillero argentino evidenciaba, por una parte, la atención que los

43 Periodista de *The New York Times* que subió a Sierra Maestra en febrero de 1958 para cubrir el acontecimiento para el rotativo estadounidense, plasmado en dos artículos publicados a finales de ese mes (Calvo, 2021, pp. 189-190).

44 Tras varios meses de censura, en febrero de 1958 el régimen de Batista reinstauró la libertad de expresión, para volver a quitarla dos meses después (Calvo, 2021, p. 53).

45 “Rebel Chief Offers Batista Plan to End Cuban Revolt” (Bigart, 1958, p. 1) publicado el 26 de febrero en *The New York Times*.

medios de comunicación estadounidenses prestaban al conflicto cubano y, por otra, que esa repercusión mediática tuvo su reflejo político y pasó a formar parte de la agenda norteamericana.

Guevara continuaba el escrito preguntándose, a pesar de ese desmentido, si realmente existía ese pacto (entre Batista y el Departamento de Estado) y, de ser así, con qué finalidad. Y responde con un sí rotundo, pero sin comprender aún los objetivos perseguidos por EE. UU., que definía como “la gran potencia defensora de la democracia y del mundo libre”, pero que, con ese “pacto”, amparaba “una dictadura semi derrotada contra la manifiesta voluntad popular”. Le recordaba así al vecino del norte que detrás del M26J había “un pueblo en pie de lucha” que iba hacia su meta con un grito como cabecera: “libertad o muerte”, señalando que cualquier traba sería superada dado que la finalidad era clara y aclamada por la mayoría, por una “unánime voluntad ciudadana”.

### **Consideraciones finales**

*El Cubano Libre* renació en un contexto de lucha armada y fue a este rasgo al que se le dio prioridad en todas sus ediciones. Ernesto *Che* Guevara, como promotor y primer director de la publicación, así lo expresó en todos los artículos de su autoría, que como común denominador traslucen ese convencimiento de la victoria final del pueblo cubano sobre el “tirano” Batista, objetivo único y principal del proceso insurreccional cubano de la década de 1950. Por tanto, los contenidos emitidos por la guerrilla del M26J a través de este órgano clandestino se centraban en esa difusión mayoritaria de comunicados y partes, que ofrecían información precisa de los enfrentamientos entre las tropas irregulares y el ejército, así como notas coyunturales y movilizadoras para invitar a la acción tanto a la militancia como a la población cubana en general.

El análisis del boletín ha traslucido que la publicación formaba parte de la estrategia comunicativa y propagandística del grupo como órgano difusor del quehacer de la guerrilla. En un primer momento, funcionó como elemento autónomo —etapa en la que Guevara fue su director—, pero en su segunda y tercera etapa estuvo más apegado a Radio Rebelde y a los comunicados/partes que desde la emisora se locutaban. Por tanto, a pesar de la inicial promoción y dirección del *Che*, finalmente el órgano se integró en los cauces propagandísticos del movimiento como otro me-

dio con el que hacer llegar a la población toda aquella información que los medios cubanos callaban.

Respecto a los contenidos emitidos por el guerrillero argentino, evidencian un interés por poner en perspectiva los acontecimientos que estaba protagonizando. Guevara usó la comparación y la ironía para revelar y resaltar la que él consideraba injusta situación del pueblo cubano, alertando de la escasa importancia que se le daba a nivel internacional, denunciando las precarias condiciones de vida de gran parte de la población de la isla, comparándola con otros procesos similares alrededor del mundo y exhortando la no intervención estadounidense. El colofón a todos sus escritos era ese convencimiento de la victoria, a pesar de que, por fecha, aún faltaban meses para que los acontecimientos se precipitaran. Pero la organización y el crecimiento de las fuerzas irregulares, los enfrentamientos ganados sobre el ejército y la propaganda favorable que les llegaba desde el exterior fueron apoyando ese optimismo que traslucen los textos del *Che*.

Ahora bien, ¿cuánto de influyente fue *El Cubano Libre* en esa victoria? Medir física y geográficamente hasta dónde llegó y cuántas personas lo leyeron es misión imposible, tanto por lo precario de la publicación como por la ausencia de fuentes al respecto. No obstante, se puede afirmar que, como parte de ese entramado propagandístico del M26J, fue una pieza más que coadyuvó a difundir discursos, mensajes y consignas entre una población carente de información sobre la insurrección dada la censura impuesta. Así las cosas, el boletín formó parte de la estrategia comunicativa general del grupo, primó contenidos apegados a las acciones de las fuerzas irregulares y denunció todas aquellas situaciones que creían injustas o, incluso, deleznable —caso de los asesinatos de los guajiros—.

El boletín, por consiguiente, se amparó tanto bajo el paraguas de la propaganda como de la contra propaganda; ya que, por un lado, difundían contenidos defensores de la lucha armada y críticos con el régimen que combatían y, por otro, ofrecían enconados argumentos que refutaran la publicidad negativa que se propalaba en contra de los guerrilleros y su empresa. Esta dinámica de acción y reacción mediática pasó a convertirse en una constante cuando los rebeldes llegaron al poder. Desde los primeros compases del gobierno revolucionario, la dimensión pública ocupó un lugar privilegiado, llegando a crear eventos y medios propios para poder contar “su verdad” al mundo y que no se tuviera sólo la versión

de los medios occidentales<sup>46</sup>. Y aunque las tecnologías fueron cambiando, el panorama mediático cubano en el presente sigue impregnado de esa dualidad entre la difusión de contenidos propios y la defensa del proyecto revolucionario frente a los ataques de las voces discordantes con la situación del país.

Para finalizar, respecto del objeto de estudio de estas líneas, la voz de Ernesto Guevara quedó plasmada por primera vez en su condición de guerrillero, dejando la impronta de textos iniciáticos, apegados a la lucha en la que estaba inmerso. No obstante, constituyeron un adelanto de conceptos, ideas y teorías que más tarde desarrolló, bien como parte del gobierno revolucionario de Cuba, bien como miembro de los otros movimientos armados en los que se enroló, indicativo del continuo de su discurso. Pero eso ya es otra historia.

## Referencias

- Alcántara Janeiro, A. (2020). *Fulgencio Batista (1901-1973): Cuba a través del personaje* [Tesis doctoral]. Universidade de Santiago de Compostela.
- Anderson, J. L. (2007). *Che Guevara. Una vida revolucionaria*. Anagrama.
- Bassets, L. y Bastardes, E. (1979). La prensa clandestina en Catalunya: una reflexión metodológica. En *Alternativas populares a las comunicaciones de masas* (pp. 155-175). CIS.
- Bonachea, R. y San Martín, M. (1974). *The Cuban Insurrection, 1952-1959*. Transaction Books.
- Castro, F. (2010). *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra y La contraofensiva estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- Child, M. D. (1995). An historical critique of the emergence and evolution of Ernesto Che Guevara's Foco Theory. *Journal of Latin American Studies*, 27(3), 593-624.
- Cortina Orero, E. (2017). *La guerra por otros medios. Comunicación insurgente y proceso revolucionario en El Salvador (1970-1992)*. UCA Editores.
- Cortina Orero, E. (2018). Comunicación insurgente en América Latina: un balance historiográfico y una propuesta metodológica para su estudio. *Izquierdas*, (41), 4-43.
- Darling, J. (2008). *Latin America, Media and Revolution. Communication in Modern Mesoamerica*. Palgrave Macmillan.
- Debray, R. (1967). *¿Revolución en la revolución?* Casa de las Américas.

<sup>46</sup> Véase, por ejemplo, lo concerniente a la Operación Verdad de 1959 (Espeche, 2020) o sobre la creación de la agencia de noticias Prensa Latina en ese mismo año (Seoane, 2020).

- Espeche, X. (2020). Between Emotion and Calculation: Press Coverage of Operation Truth (1959). *Radical History Review*, (136), 129-141.
- Franqui, C. (2006). *Cuba, la revolución: ¿mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*. Península.
- Gagliano, G. (2012). *Psychological warfare, social movements and ecoterrorism*. CESTUDEC (Centro Studi Strategici Carlo de Cristoforis).
- García Rodríguez, M. (1981). *Sierra Maestra en la clandestinidad*. Ed. Oriente.
- González Lage, V. (2015). Camino al socialismo: evolución ideológica de la Revolución Cubana. En P. Calvo González, *Discursos e ideologías de derechas e izquierdas en América Latina y Europa*, (pp. 53-72). USC.
- Graña Eiriz, M. (2011). *9 de abril de 1958, Huelga General Revolucionaria*. Editora Política.
- Guerra, F. y Escobar, F. (1997). *Che Sierra adentro*. Ed. Unión.
- Guerra, S. y Maldonado, A. (2009). *Historia de la Revolución Cubana*. Txalaparta.
- Guevara, E. (1970). *Obras 1957-1967* (Tomo 1). Casa de las Américas.
- Ibarra, P. (1986). La prensa clandestina en Euskadi bajo el franquismo. En *La prensa de los siglos XIX y XX, Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos* (pp. 687-697). Universidad del País Vasco.
- Martínez Victores, R. (1978). *7RR. La historia de Radio Rebelde*. Ed. Ciencias Sociales.
- Massholder, A. (2018). La recepción de la Revolución Cubana en los Partidos Comunistas de América Latina. *Izquierdas*, (42), 122-136.
- Medin, T. (2003). *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*. Siglo XXI Editores.
- Pérez-Cruz, F. J. (2011). La Campaña Nacional de Alfabetización en Cuba. *Varona*, (53), 10-23.
- Pérez Rivero, R. (2006). *La guerra de liberación nacional*. Ed. Oriente.
- Pineda Cachero, A. (2007). Orígenes histórico-conceptuales de la teoría de la propaganda nazi. *Historia y Comunicación Social*, (12), 151-176.
- Pizarroso Quintero, A. (1993). *Historia de la propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*. Universidad Complutense de Madrid.
- Pizarroso Quintero, A. (1999). La historia de la propaganda: una aproximación metodológica. *Historia y Comunicación Social*, (4), 145-172.
- Rueda Frías, S. R. (2011). *Ernesto Che Guevara periodista: un oficio revolucionario al servicio de la liberación de los pueblos* [Tesis de Lic. en Periodismo]. Escuela de Periodismo Carlos Septién García.
- Santullano, G. (2005). *La prensa clandestina en Asturias*. Fundación Juan Muñiz Zapico/KRK Ediciones.
- Sarabia, N. (1987). *El periodismo: una misión histórica*. Ed. Pablo de la Torriente.
- Schulze, I. (2001). *El poder de la propaganda en las guerras del siglo XIX*. Arco Libros.

- Seoane, M. (2020). *Prensa Latina. Che, Masetti, Walsh*. Ed. Octubre.
- Taibo II, P. I. (1997). *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*. Planeta.
- Thomas, H. (2011). *Cuba: la lucha por la libertad*. Debate.



# Risa, crítica y oposición a las dictaduras militares de los años 70. Análisis comparado de la prensa de humor gráfico político de Argentina, Brasil y Chile<sup>1</sup>

Mara Burkart

En los años 70 del siglo xx, se instauraron en el Cono Sur dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 409) que presentaron diferencias sustanciales con respecto a las dictaduras de los años 60 o, como en el caso de Brasil, la dictadura militar, en el poder desde 1964, produjo cambios cualitativos en sus políticas y modos de ejercer el poder. Estas diferencias o cambios tienen que ver especialmente con la índole del poder represivo y el modelo de acumulación. Si en los años 60, el modelo desarrollista era aún una opción, en los años 70 predominan los intentos por imponer un modelo económico de corte liberal. Mientras las dictaduras de los 60 enfocaron la represión en grupos sociales determinados, identificados como disruptores del orden, en los 70, la represión tendió a operar en toda la sociedad. Las Fuerzas Armadas se autoproclamaron ser los sujetos indicados y capaces de transformar a la sociedad y el Estado y, como condición necesaria, de ejercer un castigo disciplinador. Si bien siguieron apelando a la doctrina de la seguridad nacional para limitar su accionar, el lema “seguridad y desarrollo” se circunscribió al primer término.

También estas dictaduras ejercieron la censura y el control de la producción cultural y mediática de modo distintivo. Mientras al llegar al poder, todas las dictaduras tuvieron como prioridad controlar la información a través de los medios de comunicación de masas, durante el ejercicio del poder sus políticas de control y persecución difirieron entre una década y otra. Las dictaduras militares de los años 60 intervinieron en el campo cultural y artístico, pero no interrumpieron del todo

<sup>1</sup> Este texto se inscribe en el Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (PICT) 2019-0579 Subsidio BID “Itinerarios cruzados de la cultura impresa de masas y los procesos de cambio político en Argentina y Chile (c. 1970-1990)” y en el proyecto UBACYT “Cultura impresa de masas y procesos de cambio político en Argentina y Chile (1970-1990)”, ambos dirigidos por Mara Burkart y Mariano Zarowsky. Agradezco a la Dra. Alejandra Soledad González los comentarios a una versión previa de este texto.

el proceso de renovación estética y estilística iniciado con anterioridad. En cambio, las dictaduras de los años 70, con Brasil como excepción<sup>2</sup>, ejercieron un control más férreo cuando no buscaron directamente destruir aquello que se presentaba como contestatario y rebelde e imponer la disciplina en el campo cultural y artístico. La educación, la cultura y los medios masivos de comunicación fueron espacios estratégicos de disputa, de ahí la necesidad de los militares de controlarlos, de purgarlos de elementos y sujetos considerados indeseables y “peligrosos”. Los ámbitos de la cultura y medios de comunicación se vieron afectados por la censura, la represión y las nuevas disposiciones legales y secretas. El control que las Fuerzas Armadas ejercieron sobre ellos respondía a los objetivos de anular las capacidades críticas e intelectuales de los ciudadanos y de clausurar los procesos de politización y modernización de la cultura propio de las décadas previas.

En este marco, en Brasil y Argentina encontramos una excepción en la prensa de humor gráfico. Mientras que bajo las dictaduras militares de los años 60 las publicaciones de humor político fueron combatidas exitosamente por el poder político-militar, en los años 70 surgieron revistas que, si bien debieron lidiar con la censura, no sólo sobrevivieron a las dictaduras, sino que se constituyeron en espacios desafiantes del terror de Estado, de la censura, del olvido y de los proyectos de orden que los militares y sus aliados civiles quisieron imponer. Es decir, fueron espacios de crítica y oposición. En efecto, si en 1964 la revista del humorista brasileño Millôr Fernandes, *Pif-Paf*, apenas pudo editar ocho números y en 1966, en Argentina, el dictador Juan Carlos Onganía clausuraba la emblemática revista del también humorista Landrú, *Tía Vicenta*; a mediados de 1969 en Río de Janeiro surgió *O Pasquim* que se editó hasta 1991 y en Argentina, apareció la revista *Humor Registrado (HUM®)*, que se publicó entre 1978 y 1999. Es más, en la memoria social, ambas experiencias son recordadas como casos de “resistencia cultural” a las respectivas dictaduras militares. En cambio, en Chile, bajo la dictadura de Augusto Pinochet, no hubo una revista de humor gráfico que reuniera características similares a las de las revistas antes mencionadas. La producción humorística existió de modo disperso en publicaciones opositoras y críticas del régimen militar como fueron las revistas *Hoy*, *Apsi*, *Análisis* y *Cauce*. En ellas, el humor gráfico fue ganando espacio y los suplementos como “La Cacerola” (1984) o “Humor” (1987-1988) fueron

2 El caso de Brasil es singular, en buena medida porque fue el Estado el que motorizó la industria cultural. Véase Ortiz (1994) y Napolitano (2001).

intentos frustrados de los humoristas de conquistar la autonomía con respecto al periodismo escrito (Burkart, 2021; Gómez, 2021).

Argentina, Brasil y Chile son países con una larga e importante tradición de humor gráfico, con humoristas destacados, revistas exitosas y tiras cómicas memorables. En los años 60 y 70, el humor gráfico no quedó ajeno al clima de cambio social y cultural que se vivía. Fueron años de innovación estética, experimentación con los tipos de humor y de nuevas formas de organizar el trabajo, aún bajo la lógica capitalista. Las dictaduras militares intentaron clausurar o encauzar en sentido conservador y autoritario aquellas expresiones y, en efecto, significaron un repliegue y crisis de la cultura en general y de la caricatura y el humor político en particular ya que no quedaron ajenos a sus arbitrios. Pero la prohibición sobre lo cómico y humorístico no pudo ser ilimitada. En Argentina y Chile, cuando los regímenes comenzaron a distenderse y en Brasil, cuando el régimen, después de casi seis años en el poder se endurece, lo cómico surgió como un espacio crítico y catártico a nivel colectivo. Frente a realidades que se tornaban cada vez más opacas, los diversos recursos de lo cómico y el humor se constituyeron en elementos fundamentales para identificar los imaginarios sociales y la sensibilidad social debido a su carácter ambiguo y esquivo tanto como por su capacidad cohesiva. El humor gráfico no fue un mero observatorio de la realidad, sino que en las tiras, viñetas y caricaturas circularon representaciones que fueron actores activos de las luchas simbólicas de aquel entonces.

El objetivo de este artículo es analizar comparativamente las relaciones entre cultura masiva y política a través de la prensa de humor gráfico en las coyunturas de las dictaduras militares en Brasil, Chile y Argentina a los fines de establecer similitudes y diferencias en los procesos de oposición cultural y de reconstrucción de la cultura masiva después del repliegue y crisis que significaron las políticas represivas y de censura dictatoriales. En especial, se quiere indagar en el lugar de la cultura y del humor en las estrategias de disidencia y oposición a los regímenes dictatoriales en Brasil, Chile y Argentina durante los años 70.

El artículo se divide en dos apartados: el que analiza el surgimiento de las revistas y páginas de humor gráfico opositor bajo las distintas dictaduras militares y aquel que da cuenta de la consolidación de dichos espacios como críticos y opositores, a pesar de la censura que procuró clausurarlos. Finalmente, se presentan algunas reflexiones a modo de conclusión.

## Surgimiento de un lugar propio: la irrupción de revistas y las páginas de humor gráfico opositor bajo las dictaduras militares

Ni *HUM*<sup>®</sup> ni *O Pasquim* surgieron con el propósito de ser opositoras a las dictaduras militares que gobernaban sus respectivos países, su fin era trabajar de “lo único que sabíamos hacer”, es decir, hacer revistas de humor gráfico, y hacerlo con personas que les fueran afines, como lo sintetizó Tomás Sanz (2006, s.p.), jefe de redacción de *HUM*<sup>®</sup>. En Argentina, la revista *Satiricón* —que se editó entre noviembre de 1972 y septiembre de 1974— había forjado un grupo de periodistas, humoristas gráficos y editores que, si bien tuvo divisiones, se fue encontrando en proyectos editoriales sucesivos como fueron *Chaupinela*, *Mengano*, una nueva edición de *Satiricón*, *El Ratón de Occidente* y, finalmente, en *HUM*<sup>®</sup> (Burkart, 2017). Los humoristas brasileños también habían tenido publicaciones anteriores que les permitió trabajar conjuntamente, como fueron la ya mencionada *Pif-Paf*, *A Carapuça* y *Cartum JS*, el suplemento de humor gráfico creado por Ziraldo en 1967. En ambos casos, la motivación personal y colectiva por lanzar una revista se conjugó con una lectura de la coyuntura que, pese a la incertidumbre propia de los regímenes dictatoriales, entendía que había márgenes de libertad suficientes para incursionar en la edición de nuevas revistas humorísticas.

*O Pasquim* surgió en Río de Janeiro cuando el equipo de redacción de *A Carapuça*, la revista de humor creada por Sergio Porto, se reunió para definir su futuro tras el fallecimiento inesperado de su fundador. Era febrero de 1969 y Tarso de Castro, Sérgio Cabral, Luiz Carlos Maciel, Carlos Prósperi y los humoristas gráficos Jaguar y Claudius decidieron terminar con *A Carapuça* y lanzar una nueva revista que les fuera más afín. La Distribuidora Imprensa, propietaria de *A Carapuça*, ponía el dinero para los gastos, la distribución y la impresión, y los periodistas y dibujantes, su trabajo; las ganancias se repartirían mitad y mitad entre unos y otros (Braga, 1991; Rego, 1996).

Como ya señalamos, unos meses antes, la dictadura militar había reforzado su poder represivo y autoritario con la sanción del Acto Institucional n° 5, pero este no modificaba en lo inmediato los controles ejercidos sobre la prensa gráfica y en ese sentido, los fundadores de *O Pasquim* seguramente entendieron que tenían margen para editar una publicación de sátira social y humor costumbrista que, a diferencia de *A Carapuça* y recuperando a *Pif-Paf*, le diera más relevancia a lo visual que

al texto escrito<sup>3</sup>. Si *Pif-Paf* había sido la primera publicación alternativa e independiente lanzada después del golpe de Estado, en junio de 1969 *O Pasquim* era la primera publicación de ese tipo aparecida después de la sanción del AI-5. Pero no fue la única, según Bernardo Kucinski (1991, p. 13), “entre 1964 y 1980, nacieron y murieron cerca de 150 periódicos que tenían en común la oposición intransigente al régimen militar”. Conocida como prensa alternativa o *nanica*, estos periódicos se convirtieron en el principal espacio de reorganización política e ideológica de las izquierdas bajo la dictadura, incluyendo al movimiento feminista. En los años 70, además de *O Pasquim*, se editaron *Bondinho* (1970), *Opinião* (1972), *Movimento* (1975), *Versus* (1975), *Em Tempo* (1977), *Coojournal* (1976), *Brasil Mulher* (1975), *Nós Mulheres* (1976), etc., que conformaron un arco variado de puntos de vista.

*O Pasquim* fue un semanario de unas veinte páginas a blanco y negro con formato tabloide, con muy poca publicidad, aunque entre sus anunciantes estuvo la empresa holandesa de combustibles Shell. Su nombre fue idea de Jaguar, quien preveía que intentarían denigrar la publicación llamándola pasquín, entonces propuso convertirlo en nombre (Rego, 1996, p. 11). El primer consejo de redacción estuvo conformado por Tasso de Castro como editor, Jaguar, editor de humor, Sérgio Cabral, editor de texto, Carlos Prósperi, editor gráfico y Claudius, sin cargo específico. Colaboraban Ziraldo, Chico Buarque de Holanda, Odete Lara, Millôr Fernandes, Martha Alencar, Olga Savary, Nísio Baptista Martins, Fortuna y Luís Claudio Maciel; luego, se sumaría Henfil.

En Argentina, el primer número de *HUM*<sup>®</sup> salió cuando el dictador Jorge Rafael Videla anunció el fin triunfal de la “guerra antisubversiva” y el inicio de una nueva etapa de la dictadura que coincidía con una renovación de autoridades y con el Campeonato Mundial de Fútbol que se realizaba en el país (Imagen 1). Era junio de 1978 y todas las miradas del mundo se posaban sobre el país debido a la fiesta mundialista y a que el Gobierno militar había aceptado que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) visitara el país en 1979 en respuesta a las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos. Todo esto produjo una muy tibia distensión en el plano cultural y mediático, que permitió el retorno cauteloso de la caricatura política en la prensa diaria y del cómico Tato Bores a la televisión abierta (Burkart, 2017, 2021b). Esta coyuntura fue un marco de oportunidad para una nueva publicación como *HUM*<sup>®</sup>, cuyo director, el dibujante Andrés Cascioli, y colabora-

3 Sobre *Pif-Paf* véase Kucinski (1991), Burkart (2014), Rocha (2011) y Caruso (2005).

dores habían tenido sistemáticos problemas con sus anteriores publicaciones con la censura antes y después del golpe (Burkart, 2017). Pero, a diferencia de Brasil, no hubo margen suficiente para que floreciera una prensa alternativa variada y de peso. En esa misma coyuntura apareció la revista intelectual *Punto de Vista*, aunque en sus inicios fue más bien un boletín que no se vendía comercialmente, y *Medios & Comunicación*, que como el título lo indica estaba orientada a la crítica de los medios de comunicación. Dos años más tarde surgió *Línea*, una revista política opositora de ideología peronista (Raíces, 2019).

Imagen 1

Cascioli, *HUM*® n°1, junio de 1978.

La falta de garantías y certezas hizo que los creadores de *HUM*® eligieran para su nombre el genérico “Humor”, que sugería que simplemente se trataría de un contenido supuestamente trivial y lúdico, y que los editores tenían “patente, chapa, registro de humoristas”, de ahí: Humor Registrado (Sasturain, 1995, p. 23). También se dispusieron a “peinar” bien las notas y chistes para evitar la clausura (*HUM*®, 1988, p.

60)<sup>4</sup>. Entendían que debían evitar las referencias a la Iglesia católica<sup>5</sup> y a temáticas sexuales para que la revista no fuera considerada pornográfica, calificada de “inmoral” y clausurada. La experiencia acumulada con las revistas anteriores les había enseñado que frente a la censura legal era más fácil defender y conseguir adhesiones para una publicación política que para una calificada de pornográfica. Asimismo, renunciaron a desafiar al régimen de modo abierto, porque había un reconocimiento implícito de que no estaba dispuesto a tolerar críticas directas, ni tanto menos la denuncia de las atrocidades represivas. Se sabía que quienes se habían atrevido lo habían pagado con el exilio, la cárcel o hasta con la vida, y similar destino habían afrontado los más conformistas. Todas estas precauciones evidenciaban que los límites y las reglas no eran claros.

Pese a las mismas, la nueva revista no pasó desapercibida para la censura, que le impidió al primer número ser expuesto en los escaparates externos de los puestos de diarios (Boletín Oficial Municipal n° 15.792, 13 de junio de 1978). Además, Cascioli tuvo que defenderla frente a la Comisión de Moralidad que funcionaba en el Centro Cultural General San Martín de Buenos Aires. La comisión, según recuerda, le señaló que publicaciones de esa índole “le hacían mal al país, que los chicos de seis o siete años que se acercaban a los kioscos podían encontrarse con una publicación como esa y les iba a hacer muy mal” (*HUM*<sup>®</sup>, 1988, p. 60)<sup>6</sup>. Sin embargo, Cascioli logró la autorización para continuar con la publicación que, paradójicamente, contribuía a la imagen de libertad que los militares querían dar al mundo.

*HUM*<sup>®</sup> fue una revista de Ediciones de la Urraca, editorial creada en 1974 por Cascioli para editar *Chaupinela*, en sociedad con la editorial Cielosur de Ricardo Portal y Rubén Alpellani, quienes habían sido socios de Cascioli y Blotta en *Satiricón*. Cielosur contribuyó con dinero, consiguió los créditos con los papeleros e imprenteros, y los contactos con Machi, la distribuidora (Burkart, 2017, p. 138). La otra parte del financiamiento provino del lanzamiento de unas compilaciones del material publicado en *Chaupinela* que aportaron el dinero para montar la redacción. *HUM*<sup>®</sup> fue mensual hasta abril de 1979 cuando pasó a ser quincenal, tenía un formato *magazine* e inicialmente unas 80 páginas, las cuales fueron en constante aumento hasta llegar a 120 promedio, sus

4 N° 221, junio.

5 En febrero de ese año el director de MAD Argentina debió exiliarse tras haber sido secuestrado y torturado por publicar un chiste sobre la Iglesia católica.

6 N° 221, junio.

tapas y contratapas eran de papel *couché* y se imprimían a colores. Para conformar la redacción, Cascioli convocó, además de a Tomás Sanz, a varios dibujantes y periodistas con quienes también había trabajado en las anteriores experiencias editoriales. El primer número de *HUM*<sup>®</sup> contó con las firmas de los dibujantes Fontanarrosa, Ceo, Lawry, Sanyú, Crist, Maicas, Limura, Viuti, Fati, Grondona White, Pérez D'Elías, Peiró y Liotta; y de los periodistas Alejandro Dolina y Alicia Gallotti, y se incorporaba Alberto Speratti<sup>7</sup>. Los uruguayos Aquiles Fabregat y Tabaré se sumaron en el cuarto número, cuando la revista demostró estar en marcha. También demoraron en sumarse Jorge Ginzburg, quien firmaba con el seudónimo Mercedes Escalante, y Carlos Abrevaya, quien lo hizo como Julio Mayo. En los inicios, la mesa chica de la revista estaba integrada por Cascioli, Sanz, Fabregat y Grondona White.

A diferencia de Argentina y Brasil, en Chile irrumpió primero una prensa “seria”, sin humor gráfico ni escrito, organizada por periodistas interesados explícitamente en informar, en circular información distinta a la oficial y a la de los medios oficialistas, y a la postre, en revalidar la política (Moyano Barahona y Rivera Aravena, 2020). En Chile era más difícil lanzar una revista independiente y crítica, no sólo porque cada nueva publicación requería la autorización de la Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS), sino porque dadas las políticas económicas liberales imperantes, no alcanzaba con las ventas —como sí sucedía en Argentina y en Brasil—, para sostener un proyecto editorial comercial. En efecto, la existencia de la prensa opositora bajo la dictadura fue posible gracias al financiamiento externo que se consiguió a través de organizaciones sin fines de lucro.

En 1975, cuando el cardenal Raúl Silva Henríquez se vio obligado a clausurar el Comité Pro-Paz debido a las presiones del régimen militar, el vicario Cristián Precht alentó a los exempleados que habían quedado desempleados y estigmatizados como “extremistas” a presentar proyectos a las agencias internacionales que hasta entonces financiaban al Comité (Bastías Saavedra, 2013). Surgió así *APSI*, acrónimo de Agencia Publicitaria y de Servicios Informativos, en 1976. Su propósito era “paliar de algún modo la distorsión que imperaba en la información sobre política

7 También formaban parte de la redacción Rosario Zubeldía en coordinación; Carlos Pérez Larrea y Fernando Russo en producción gráfica; Eduardo Grossman como fotógrafo y Gustavo Peralta en laboratorio; Ricardo Portal como director comercial, Rubén Alpellani, director de ventas y Raúl Varela, gerente administrativo.

mundial”<sup>8</sup> (APSI, 1989, p. 32)<sup>9</sup>. Bajo la Dirección del periodista y sociólogo de la Universidad Católica de Chile, Arturo Navarro Ceardi, *APSI* se editó entre 1976 y 1995. En sus inicios, al no contar con la autorización oficial para circular, pasaba de mano en mano y sus primeros números eran más bien informes que carecían de imágenes y publicidad. El financiamiento provino de la Vicaría de la Solidaridad y hasta fines de 1978 se publicó con el apoyo del Movimiento de Acción Popular Unitaria-Obrero Campesina (MAPU-OC), escisión del MAPU que, a su vez, se había desprendido de la Democracia Cristiana antes del 11 de septiembre de 1973.

La posibilidad de financiamiento externo se conjugó en 1977 con una primera y muy tenue distensión del régimen militar encabezado por Augusto Pinochet, producto de la presión internacional después de años de represión y de políticas férreas de censura. Ese año se sancionó el Acta Constitucional n° 3 que ampliaba los márgenes de la libertad de opinión y de información, y permitió la aparición de medios impresos contrarios a los lineamientos ideológicos de la dictadura. Ese fue el caso de *Hoy* (1977) y *Análisis* (1977), publicaciones periódicas informativas dedicadas a analizar la coyuntura política. La revista *Hoy* era un desprendimiento de la revista *Ercilla*, vinculada políticamente al Partido de la Democracia Cristiana. Su director fue Emilio Filippi y en ella colaboraron los humoristas gráficos Hervi, Rufino, Nakor y Fernando Krahn. En 1987, *Hoy* lanzó un suplemento humorístico llamado “Humor” que no logró consolidarse y se discontinuó a los pocos meses<sup>10</sup>.

Por su parte, *Análisis* surgió en diciembre de 1977 como un boletín informativo bajo la Dirección de Juan Pablo Cárdenas y el patrocinio de la Academia de Humanismo Cristiano (AHC), que a su vez estaba financiada por gobiernos europeos y la Fundación Ford. Fue una publicación mensual, de unas 30 páginas en las cuales primó el texto escrito: sus primeros números carecieron de imágenes y de publicidad. En octubre de 1978, *Análisis* incorporó fotografías; en mayo de 1979, reemplazó el formato boletín por uno *magazine* y modernizó sus portadas con la inclusión de imágenes y un diseño más sofisticado, y en junio de ese mismo año sumó la tira cómica “El Cuarto Reich... La reserva de Occidente”,

8 Sobre los inicios de *APSI*, véase Orrego Standen y Riquelme Segovia (2002), Araya Jofré (2007), Muñoz Sánchez (2015) y Urra Sandoval (2019).

9 N° 335, diciembre.

10 Sobre el suplemento “Humor” de *Hoy*, véase Gómez (2021).

realizada por Palomo, quien se había exiliado en México después del golpe de Estado.

El aflojamiento del control decretado por el Acta constitucional n° 3 no se sostuvo en el tiempo, no hubo una mayor liberación de la prensa ni fue el fin de la censura. Por el contrario, la censura fue una amenaza constante y una práctica concreta durante los años siguientes, así como también la prisión para los periodistas y editores. En 1983, el ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, anunció una nueva distensión. Producto de este nuevo relajamiento del control, apareció la revista *Cauce*, el diario *Fortín Mapocho*, surgido en 1947, cambió de dueños y asumió una línea editorial opositora<sup>11</sup> y *APSI* logró autorización para tratar temas nacionales. *APSI*, que venía publicando a humoristas gráficos extranjeros, inmediatamente convocó a chilenos a acercarse a la redacción, aparecieron las firmas de Coty Caco, Camote, Albornoz y El Gato en la sección “La página alegre”; más tarde se sumó Guillo.

*Cauce* irrumpió en noviembre de 1983 editada por La República Ltda. Tenía 36 páginas, formato *magazine*, textos ilustrados con fotografías y separados en secciones. Contaba con muy poca publicidad. El equipo de redacción estaba formado por Carlos Neely Ivanovic y un grupo de abogados formados en la Universidad de Chile que durante su juventud había militado en el Partido Radical, después en el Partido de Izquierda Radical (PIR) y luego, en el Partido Social Democracia de Chile, sucesor del PIR. Estos eran: Luis Bossay, Gonzalo Figueroa, Juan Agustín Figueroa, Alejandro Jara, Alfredo Gutiérrez, Jorge Ovalle, Amador Navarro y René Abeliuk. La revista, que a lo largo de sus años tuvo varios cambios de Dirección<sup>12</sup>, duró hasta 1989. En *Cauce* inicialmente el humor escrito y gráfico estuvo a cargo de Homero Macho y Eduardo de la Barra, y entre abril y agosto de 1984 la revista editó el suplemento humorístico “La Cacerola” (*Cauce* n° 11 a 19) que reunió a un grupo de humoristas gráficos que firmaban colectivamente como “BRO-MURO” que, según explicaban, “es la combinación de bromo (masculino de broma) con otro elemento radical simple o compuesto” (“La Cacerola”

11 El régimen lo clausuró alegando que era una nueva publicación que no había solicitado autorización. Desde el periódico respondieron que no habían infringido la ley: no se trataba de una nueva publicación, sino de un cambio de dueños. En marzo de 1984, un miembro de su directorio sufrió un atentado que fue denunciado en *Cauce* n° 10, marzo-abril (1984, pp. 1-2).

12 En febrero de 1984, Neely fue reemplazado por Edwin Harrington Taulis; al año siguiente, Gustavo Boye Soto asumió la dirección y en 1986 fue sustituido por Gonzalo Figueroa Yáñez, quien a su vez fue relevado por Francisco Javier Herreros Mardones en 1987. El último director de *Cauce* fue Álvaro Briones, que había sido director adjunto entre 1987 y 1988.

y *Cauce*, 1984)<sup>13</sup>. Detrás de esa sigla estuvieron De la Barra, Kalibán, El Gato, y posiblemente otros humoristas más. El nombre del suplemento era también provocativo: los humoristas se apropiaban y resignificaban el instrumento de protesta que usaron las clases altas y medias, en especial las mujeres, contra Salvador Allende<sup>14</sup>. El cierre de “La Cacerola” se produjo cuando la revista pasó a tener frecuencia semanal y fue reemplazado por una página de humor a cargo de El Gato, que se sumaba a las que ya hacía De la Barra<sup>15</sup>.

Las condiciones que hicieron posible que surgieran revistas de humor gráfico editadas por fuera del circuito de prensa dominante se combinaron de modo diferente en cada caso. En los tres casos, había humoristas gráficos que se habían destacado antes de los respectivos golpes de Estado y, salvo en Chile, dibujantes con experiencia en la edición de revistas: nos referimos a Cascioli en Argentina y a Millôr en Brasil. En cambio, en Chile, Alberto Vivanco, dibujante y editor de *La Chiva* (1968-1970) y *La Firme* (1970-1973), debió exiliarse después del golpe a Venezuela.

En Chile y en Argentina, la irrupción de una prensa disidente sería o humorística se dio en una coyuntura de cierto aflojamiento de la censura y del control autoritario, a diferencia de Brasil, que avanzaba hacia políticas de mayor represión. Sin embargo, es factible pensar que los humoristas brasileños no percibieron la sanción del AI-5 como un obstáculo que perjudicaría su empresa. En todo caso, en Brasil *Pasquim* abrió el camino para la prensa alternativa que surgió en dicha coyuntura. En Chile, la distensión no implicó que la DINACOS dejara de controlar el surgimiento de nuevos medios de prensa, pese a ella y a los escollos financieros, sobre llevados gracias al financiamiento externo, floreció una prensa política disidente “seria” que a medida que se fue consolidando dio lugar al humor gráfico. En Argentina, las condiciones de mercado eran más propicias para un nuevo emprendimiento periodístico como *HUM*®, la ubicuidad de la censura y la vigencia de las políticas represivas indican los estrechos límites de la distensión, que se confirma al advertir que no surgieron otras publicaciones políticas disidentes.

13 N° 2 y n° 12, mayo.

14 El primer cacerolazo fue el 2 de diciembre de 1971 y se conoció como “Marcha de las Cacerolas Vacías”.

15 Sobre el suplemento “La Cacerola” de *Cauce*, véase Burkart (2021).

## La risa encuentra su lugar en las estrategias de oposición a las dictaduras militares

En sus inicios, *O Pasquim* se constituyó en un espacio irreverente, desafiante de la moral establecida. Para sus detractores era la expresión de la “*esquerda festiva*”, denominación peyorativa para referirse a los artistas e intelectuales que promovían la libertad y el cambio social desde los bares y las fiestas. Apropiándose de la expresión acuñada por el periodista Carlos Leonam en 1963, el poeta Ferreira Gullar explicaba que “La izquierda recurrió a la fiesta como una forma de mantenerse, de seguir adelante, de no morir, de resistir” (Ventura, 2005, p. 8). *O Pasquim* se erigió rápidamente como ícono de este tipo de izquierda no ortodoxa ni moralista y, por eso, José Luiz Braga (1991) denominó a su primer año y medio de existencia como su “período dionisiaco”. El semanario interpelaba a los jóvenes de la clase media urbana, intelectualizada e inconformista que no se identificaban con la propaganda oficial, ni festejaban acríticamente la obtención del Tricampeonato Mundial de Fútbol en 1970 (Almeida y Weiss, 1998). Rápidamente, fue un éxito de ventas. Según Braga (1991), tuvo un tiraje inicial de veinte mil ejemplares, el número 16 subió a ochenta mil, el número 20 llegó a los cien mil, el número 22, ciento cuarenta mil y los números siguientes, ciento sesenta y ciento ochenta mil, estabilizándose en doscientos mil ejemplares para el número 27.

En su primer número, se declaró menos radical que el viejo Partido Social Democrático (PSD)<sup>16</sup> y en el segundo, se filiaba a *Última Hora*, el único diario que no había apoyado al golpe de Estado y que por eso sus oficinas habían sido ocupadas y saqueadas, dos de sus periodistas fueron presos y su director, Samuel Wainer, debió exiliarse. También, de modo más sutil, *O Pasquim* se burló de los proyectos de orden que los militares y sus aliados quisieron imponer: hizo chistes sobre las campañas oficiales “Brasil ámelo o déjelo” y “Este es un país que va para adelante”, y el humor negro tuvo un despliegue significativo en alusión a la represión y al terrorismo de Estado. Verdugos encapuchados, hombres colgados con grilletes e instrumentos de tortura medievales fueron recursos visuales y metafóricos recurrentes entre los humoristas (Burkart, 2014).

*O Pasquim* conquistó tanto la atención de estos jóvenes como la de la censura. En noviembre de 1969, el reportaje a la joven y popular actriz

<sup>16</sup> Creado por Getúlio Vargas en 1945, este partido representaba a los gobernadores que conformaron su base social. En 1965, fue disuelto por la dictadura militar y el ala del partido que había apoyado al golpe, se sumó a la Alianza Renovadora Nacional (ARENA), en cambio, el sector que no apoyó, se sumó al Movimiento Democrático Brasileño (MDB).

Leila Diniz marcó un hito. *O Pasquim*, como *HUM*<sup>®</sup>, tuvo una sección de reportaje en la cual se entrevistaba a destacadas figuras de la cultura. Se trataban de entrevistas profundas, extensas y con un alto grado de informalidad. En este rubro, *O Pasquim* revolucionó el periodismo gráfico brasileño al inaugurar la publicación de las entrevistas sin el *copy-desk*, es decir, sin la edición final que pulía la charla. En ellas, participaba buena parte de la redacción del semanario, convirtiendo el reportaje en una charla entre varias personas sin un único responsable<sup>17</sup>.

El reportaje a Diniz tuvo un gran impacto debido a las declaraciones y al lenguaje lleno de malas palabras que usó. Como se publicaba sin edición, los editores reemplazaron las malas palabras por asteriscos. “Es por eso que la entrevista a ella parece una vía láctea” (Vargens, 1999, p. 38) y el lector debía reponer las palabras autocensuradas. El lenguaje utilizado por la entrevistada, además de ser soez y audaz, significó la introducción de la oralidad en la cultura letrada y el ingreso de lo popular en el campo de lo culto, contrastando con el lenguaje solemne de los grandes diarios y revistas. Pero el contenido de la entrevista no era menos osado: Leila hablaba de su vida profesional y personal de modo desinhibido, erigiéndose como ícono de la mujer económicamente independiente y sexualmente activa. En cuanto a su vida personal, se había casado, separado y luego, “miles” de hombres habían pasado por su cama. La actriz reivindicaba con gran osadía la disociación entre sexo y amor, rechazaba la fidelidad y decía estar en contra del amor posesivo.

Los militares vieron en sus puntos de vista provocativos un atentado intolerable a la moral y las costumbres de los brasileños y, en consecuencia, en enero de 1970 el dictador Garrastazu Médici sancionó el Decreto-Ley n° 1.077, conocido popularmente como el decreto Leila Diniz, que impuso la censura previa para las publicaciones y medios de comunicación. También se prohibió que las revistas publicaran fotografías de mujeres con los dos senos al desnudo, lo cual obligaba a las publicaciones y a las modelos a recurrir a trucos y técnicas de diseño para dejar solamente una de las partes al descubierto. *O Pasquim* se burló de estas medidas: en la portada de su número 30 (15 a 21 de enero de 1970) publicó una fotografía de una mujer con el torso desnudo y sus dos senos disimuladamente tapados. En los números siguientes desafió abiertamente a la censura al cuestionar sus fundamentos e hizo una declara-

17 Diferente fue en *HUM*<sup>®</sup>, donde inicialmente fue Alicia Gallotti la responsable de las entrevistas. Gallotti debió lidiar con la fama de periodista agresiva y desprejuiciada que se había hecho por su labor como entrevistadora en *Satiricón* (1972-1974), tras su partida, descolló Mona Moncalvillo.

ción de principios con el propósito de despegarse de las publicaciones “licenciosas” que, según el ministro de justicia Alfredo Buzaid, formaban parte de “un complot comunista para destruir la familia” (OP, 1970)<sup>18</sup> (Imagen 2). *O Pasquim* le recordó al ministro que las naciones comunistas y los partidos comunistas occidentales se habían caracterizado por la represión al sexo extramatrimonial y condenaban como “degradación de la mujer” cuando esta aparecía en los medios masivos de comunicación exhibiendo su cuerpo de modo sensual. Por otro lado, *O Pasquim* se definió como “un periódico intelectual”, realizado con el espíritu “libertario de la mejor juventud brasileña”, sin la costosa maquinaria ni los recursos de la gran prensa “demostrando que la inteligencia y no la riqueza es la mejor política periodística. Algo que le duele a mucha gente importante” (OP, 1970, p. 3)<sup>19</sup>. Se trataba de una definición amplia de intelectual que incluía al erotismo como un asunto cultural y no un mero artículo de consumo, y esta distinción era lo que diferenciaba al humor satírico de Millôr, Jaguar, Ziraldo o Henfil del material erótico que ofrecía la prensa comercial. Las definiciones y aclaraciones no fueron suficientes para que *O Pasquim* dejara de ser acusado y perseguido como tampoco la censura y el miedo frenaron al semanario, que hizo públicas las amenazas que recibía (OP, 1970)<sup>20</sup>. En marzo de 1970 una bomba había sido arrojada en la redacción del periódico, que no explotó por un error en el armado (OP, 1970)<sup>21</sup> (Imagen 3). La repercusión que este atentado tuvo en los medios de prensa evidenció el rechazo que el semanario generaba entre algunos colegas. Por ejemplo, el diario *El Día*<sup>22</sup> había informado que la bomba fue arrojada donde funcionaba una sede de la mafia italiana “Cosa Nostra, editora de un semanario” (OP, 1970, p. 3)<sup>23</sup>.

18 N° 34, del 12 al 18 de febrero.

19 Ídem.

20 N° 35, del 19 al 25 de febrero.

21 N° 39, marzo.

22 Su propietario era Antônio Chagas Freitas, por ese entonces presidente del Sindicato de Proprietarios de Empresas Periodísticas y posteriormente fue gobernador del Estado de Guanabara (1971-1975) y del Estado de Río de Janeiro (1975-1983).

23 N° 39, marzo.

Imagen 2



Jaguar, *O Pasquim* n° 34, 12 a 18 de febrero de 1970. Sig, mascota del semanario, cosecha después de la publicación de la entrevista a Leila Diniz, llena de asteriscos para no publicar malas palabras.

Imagen 3



Jaguar, *O Pasquim* n° 39, marzo de 1970. Denuncia de la bomba arrojada en la redacción.

En este clima ajetreado y amenazante en el cual la censura previa se convirtió en una realidad, los humoristas de *O Pasquim* desarrollaron una verdadera y original veta humorística al reírse de sí mismos. Freud (1988) diferenció lo cómico del humor: mientras el primero genera placer al exponer la degradación de una persona exaltada o valores exaltados, en el humor hay un ahorro de sentimiento, es la capacidad de imponer el placer a pesar de lo desfavorable de las circunstancias reales, de sustraerse del padecimiento, implica dignidad. En este sentido, para Freud, el humor es liberador, grandioso y patético ya que es un mecanismo por el cual el yo se rehúsa a sentir las afrentas que la realidad ocasiona a la vez que muestra que estas son para él ocasiones de placer. De este modo, *O Pasquim* reforzó su condición de víctima.

Durante 1970, la censura previa consistió en la visita de la señora Marina de Almeida Brum Duarte a la redacción del periódico (Kushnir, 2012, pp. 196-198). Como el equipo de redacción tenía el hábito de beber alcohol mientras trabajaba y la señora Marina también, entre trago y trago, el material iba siendo liberado (Braga, 1991, p. 38). Desafiando estos márgenes de libertad, *O Pasquim* potenció su tono provocativo y declaró que Leila Diniz era su musa (OP, 1970, p. 31; OP, 1970, s.p.)<sup>24</sup>; por el otro, incursionó en un humor sutilmente político: satirizó a los candidatos a las elecciones que se celebrarían el 15 de noviembre de ese año para renovar parte del Congreso federal, y publicó una intervención cómica realizada por Jaguar de la célebre pintura de Pedro Américo “Independencia o Muerte” (OP, 1970, s.p.)<sup>25</sup>.

Estas audacias de *O Pasquim* se produjeron mientras estallaban los problemas financieros y administrativos de la empresa editora del semanario, que derivaron en la renuncia de Tarso de Castro a la dirección y su reemplazo por Sérgio Cabral. Por su parte, las altas esferas del régimen encontraron la excusa para incluir al equipo de redacción de *O Pasquim* entre las personas a ser detenidas en la *Operação Gaiola*, que detuvo a más de diez mil personas en todo el país días antes de las elecciones<sup>26</sup>. En noviembre de 1970, Ziraldo, Paulo Francis, Luiz Carlos Maciel, Paulo Garcez, Haroldo Zager Tinoco, Jaguar, Sérgio Cabral, Fortuna y Tarso de Castro fueron detenidos y llevados a una prisión militar; fueron liberados después de Navidad. Si el objetivo del gobierno militar era terminar con

24 N° 37, marzo; n° 52, junio.

25 N° 72, del 4 al 10 de noviembre.

26 Escapa a los límites de este trabajo profundizar en la *Operação Gaiola*; véase: Alves (1984, pp. 160-166) y Kushnir (2012, p. 196).

el semanario, no lo logró. Millôr, Henfil y Martha Alencar junto a Miguel Paiva se las arreglaron para mantener la continuidad del periódico durante esos dos meses gracias a la solidaridad de amigos periodistas, dibujantes, escritores que enviaron sus colaboraciones (Imagen 4).

Imagen 4



*O Pasquim* n.º 73, 11 a 17 de noviembre de 1971. Tapa donde se anuncia que los principales miembros del equipo de redacción no están.

Si bien *O Pasquim* no cerró, entró en crisis y en una nueva etapa marcada por la pérdida de lectores y los graves problemas financieros dejados por Tarso de Castro. Doña Marina fue reemplazada por el general Juárez Paz Pinto como responsable de la censura previa hasta 1973, cuando esta pasó a ser practicada desde Brasília como parte de una política de mayor centralización de la censura. Este cambio en la administración de la censura fue un golpe duro para el equipo del semanario ya que además de solventar los gastos del envío postal del borrador de la revista a la capital brasileña, cada número perdía actualidad debido a la antelación

con la cual debían enviarlo. En esta etapa, definida por José Luiz Braga (1991) como “larga travesía” (entre enero de 1971 y marzo de 1975), *O Pasquim* estuvo dirigido por Millôr Fernandes. La censura previa duró hasta marzo de 1975.

*HUM*<sup>®</sup> no tuvo el *boom* de ventas que tuvo *O Pasquim* en sus inicios, pero sus ventas fueron en permanente ascenso durante el período de la dictadura militar. Según Matallana (1999, pp. 90-93), el primer número vendió 22.478 ejemplares y el año 1978, con sólo seis números editados, tuvo una venta total de 156.238 ejemplares. Al año siguiente, *HUM*<sup>®</sup> casi cuadruplicó esas cifras al alcanzar los 565.947 ejemplares. En 1981 vendió 3.210.255 ejemplares y en 1982, 3.862.480. Su mejor año fue 1983 cuando llegó a los 5.156.602 ejemplares vendidos, en 1984 bajaron a 3.638.964 y en los posteriores la cifra se redujo aún más. La revista estaba dirigida a un público masivo, no obstante, su lector enunciativo (que no es necesariamente su lector empírico) era un hombre de clase media urbana, de unos treinta o cuarenta años, casado y con hijos, informado, inteligente, políticamente comprometido, aunque no había tomado las armas en los años previos al golpe de Estado. En los hechos, al igual que *O Pasquim*, la revista de Cascioli captó a muchos jóvenes de clase media. El progresivo éxito de *HUM*<sup>®</sup> se tradujo en un crecimiento de la revista —más páginas y más colaboradores— y de su editorial, Ediciones de la Urraca, la cual lanzó al mercado editorial distintas revistas que se montaron sobre el éxito y capital simbólico de *HUM*<sup>®</sup>, y que condensaban su misma ideología<sup>27</sup>.

La experiencia de *HUM*<sup>®</sup> bajo la dictadura militar la podemos dividir en dos etapas. Un primer momento estuvo marcado por la experimentación y la definición de un contrato de lectura y lo podemos ubicar entre junio de 1978 y marzo de 1981. A prueba de ensayo y error, fueron recurrentes los cambios en su equipo de colaboradores y en las secciones de la revista. Esto se acompañó con una creciente ampliación en el abordaje crítico de la actualidad nacional. En este período inicial, la publicación en tapa de la primera caricatura de Videla en diciembre de 1979 le generó a *HUM*<sup>®</sup> un aumento en las ventas y, al no ser censurada, se consideró autorizada para incursionar en la sátira política. Hasta ese entonces, la política económica y la cultura masiva dominante fueron los blancos centrales de la sátira y la crítica. Sin embargo, antes que estar a la vanguardia de dicha crítica, con respecto al primer asunto, *HUM*<sup>®</sup>

27 *El Péndulo* (1979), *Mutantia* (1980), *HUM*<sup>®</sup> & *Juegos* (1980), *Rock SuperStar* (1979) luego convertida en *HURRA* (1980), *SuperHUM*<sup>®</sup> (1980), *HUMI* (1982), *Fierro* (1984), *SexHUM*<sup>®</sup> (1984) y *El Periodista de Buenos Aires* (1984).

se sumaba al coro de voces impugnadoras del modelo y del ministro de economía. *HUM*® se burló de Martínez de Hoz y de los promotores del modelo liberal, de las burguesías nacionales y de los sectores de clase media que en ese entonces saciaban sus ansias consumistas gracias a lo que se dio en llamar la “plata dulce”. Entre las víctimas de la sátira seguramente había lectores empíricos de la revista que se rieron de sí mismos frente a las caricaturas grotescas que de ellos ofreció la revista. *HUM*® convocaba a ser parte, aunque sea simbólicamente, de la selecta comunidad que lograba evitar verse fascinada por la “plata dulce”, que no se dejaba engañar y venía las consecuencias nefastas de la política económica ya que se sentía comprometida con el viejo modelo económico que estaba siendo destruido.

La cultura, la otra cuestión satirizada por *HUM*®, fue representada en sus dos acepciones: como manifestaciones artísticas, intelectuales e incluso deportivas y como modo de vida. Este último aspecto estuvo estrechamente vinculado al humor costumbrista de larga tradición en el país cuyo despliegue en *HUM*® no asumió grandes innovaciones estilísticas ni temáticas; incluso fue menos audaz que su predecesora *Satiricón*, que en este aspecto dialoga más con *O Pasquim*. En cambio, en cuanto a la primera cuestión, su propuesta consistió en faltarle el respeto a lo establecido y permitido por la dictadura: la cultura oficial y oficialista.

Pero *HUM*®, como *O Pasquim*, también reivindicó y difundió a quienes en el campo de la cultura consideraba respetables o interesantes, pero dadas las condiciones políticas y sociales impuestas primero por el accionar de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) y luego por la dictadura militar, contaban con escasa publicidad, cultivaban el bajo perfil, estaban cayendo en el olvido, integraban listas negras por las cuales habían sido “desaconsejados”, etiquetados como “prescindibles”, prohibidos, o fueron perseguidos, debiendo algunos de ellos exiliarse. La sección reportaje fue la sección predilecta para esta práctica que, efectuada en un contexto de violenta reducción de la esfera pública y del campo cultural y mediático, adquiriría sentido político. *HUM*® buscó así delinear un horizonte a futuro para lo cual era fundamental recuperar la vasta trama cultural del país que había sido desbaratada y aniquilada. Con el tiempo, este trabajo cobraría mayor dimensión y se constituiría en la nota distintiva y “seria” de *HUM*® con respecto a sus antecesoras y al resto de las publicaciones masivas que se editaban en aquel entonces.

En agosto de 1979, el suplemento cultural del diario *Clarín* publicó el artículo “Desventuras en el país Jardín-de-Infantes”, de la cantautora

María Elena Walsh, el cual abrió una senda marcada por la exigencia de fin de la censura que *HUM*<sup>®</sup> se mostró dispuesta a profundizar. A fin de ese año, la revista abordó por primera vez y de modo explícito el tema a través de los reportajes de Mona Moncalvillo al célebre censor Miguel Paulino Tato y, luego, a la mismísima María Elena. La estrategia de la revista era aprovechar y amplificar cuando alguien se animaba a decir algo contra el Gobierno. El tratamiento serio y satírico que se hizo de la censura fue bien recibido por los lectores, que encontraron en la revista un medio a través del cual canalizar la incomprensión sobre el accionar de aquella y su tedio hacia una oferta cultural pobre.

Desde su primer número, *HUM*<sup>®</sup> aludió a la violencia estatal y paraestatal a través de la imagen humorística. Entre 1978 y diciembre de 1979, se publicaron gran cantidad de chistes de humor negro que daban cuenta de umbrales de sensibilidad hacia la tortura y la muerte que hoy en día nos parecen inconcebibles. Las condiciones de posibilidad para estas representaciones humorísticas fueron las grietas e intersticios que los debates al interior de las Fuerzas Armadas produjeron en la coraza que estas habían impuesto a la sociedad. Los humoristas supieron sortear la dificultad de que los máximos responsables del proyecto de aniquilamiento fueran militares apelando a metáforas visuales que permitían aludir a ellos de modo sesgado. El repertorio iconográfico más recurrente fue, como en *O Pasquim*<sup>28</sup>, el de los suplicios de la Edad Media, de la Temprana Modernidad —especialmente, de la Inquisición— y de la Revolución Francesa (Imágenes 5, 6). Horcas, guillotinas, hachas, patíbulos y salas de torturas y eventualmente como versión más moderna y alternativa a estos, la silla eléctrica, fueron los instrumentos de tortura y muerte a los cuales los humoristas echaron mano para hacer sus chistes (Burkart, 2009). Con estos chistes gráficos, *HUM*<sup>®</sup> invitaba al lector a hacer un trabajo activo de interpretación, de desciframiento de los niveles ocultos de la representación, de reponer la información escamoteada debido a la necesidad de dibujantes y editores de evitar la censura y poner en riesgo su existencia y la de la revista. Si bien, la revista no denunció hechos ni autores concretos tampoco se mostró obsecuente ni cómplice con ellos. A través de estos artilugios, *HUM*<sup>®</sup> ofreció herramientas para el cuestionamiento de la versión impuesta por los militares y los civiles a ellos aliados.

28 Para un análisis comparativo de este tipo de viñetas humorísticas en *HUM*<sup>®</sup> y *O Pasquim* véase Burkart (2014, 2017b).

En diciembre de 1979, la revista de Cascioli publicó por primera vez en tapa una caricatura del presidente de facto Jorge R. Videla. Se trató de un gesto de gran valentía, que estuvo rodeado de varias precauciones. A la larga se convirtió en un punto de inflexión para la trayectoria de la revista porque condensó varios cambios que se venían produciendo desde meses anteriores y porque generó un incremento en las ventas. La caricatura tenía un sesgo economicista, sugería que la apertura de la economía había dado lugar a las “pirañas de la importación” las cuales estaban dispuestas a devorarse a una enflaquecida “industria nacional”, encarnada en Videla (*HUM*® n° 24, diciembre de 1979) (Imagen 7). En un editorial publicado un mes después, *HUM*® se definió explícitamente en “lucha contra la importación” y en defensa de la industria nacional con cuyo desarrollo se sentía comprometida.

Imagen 5

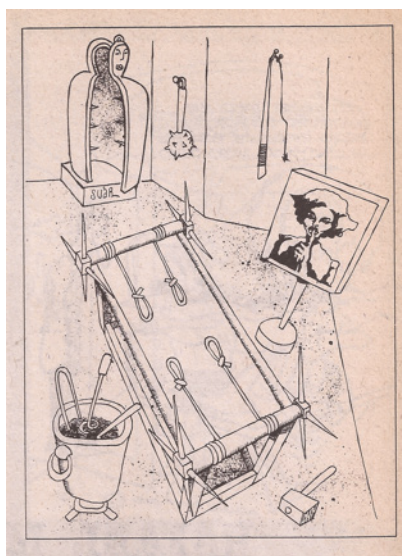
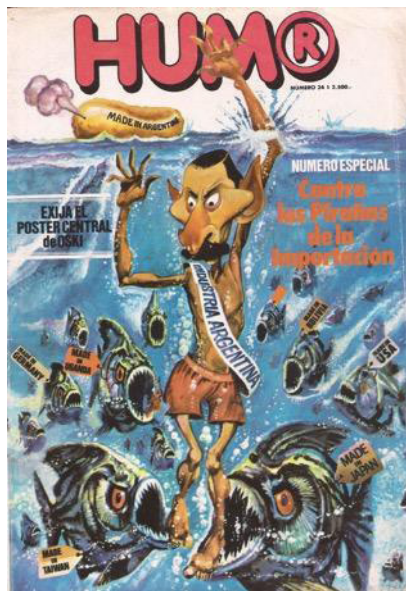
Suar, *HUM*® n° 6, noviembre (1978, p. 47).

Imagen 6



Jaguar, *O Pasquim* n° 95, mayo (1971, p. 21).

Imagen 7



Cascioli, *HUM*® n° 24, noviembre 1979.

Como sentían que tenían autorización para recurrir a la sátira política y abordar las cuestiones de política nacional, *HUM*<sup>®</sup> inició el año 1980 con un cauteloso pero persistente proceso de politización tendiente a desafiar y ampliar los límites de lo permitido por el régimen. La sátira hacia dirigentes y militares se convirtió en su mayor audacia desde la cual abordó la política de diálogo del Gobierno militar. Los dirigentes partidarios volvían a la escena política de mano de los militares y *HUM*<sup>®</sup> se burló de todos ellos, desenmascarando las intenciones de unos y de otros. La sucesión presidencial dentro del marco del “Proceso” fue otra cuestión satirizada: los humoristas atacaron el modo en que se habían resuelto las discrepancias al interior de las Fuerzas Armadas en torno a la sucesión y la cobertura que la prensa dominante hizo de la “elección”; y denunciaron la exclusión política de la ciudadanía y la participación de los militares en el escenario político. La realidad política boliviana, que en sí misma parecía una caricatura de la argentina, fue la materia prima de los humoristas para aludir de manera oblicua la realidad nacional y, así, evitar la censura o cualquier llamado de atención. Al mismo tiempo, sumó periodistas e incluso un economista —Roberto Frenkel que firmaba como Claudio Bazán— ampliando la capacidad analítica sobre la realidad con columnas de actualidad, escritas en tono coloquial y con muchas ironías en sintonía con el espíritu de una revista de humor. Al mismo tiempo, *HUM*<sup>®</sup> continuó con la sátira y la crítica a la situación económica y cultural, en este último caso, denunciando la “mediocridad cultural”. El humor negro se replegó, dando indicios de un cambio en la sensibilidad hacia el tema de la violencia.

A diferencia de sus antecesoras y de las revistas de Brasil y Chile, *HUM*<sup>®</sup> evitó exitosamente el poder censor de la Municipalidad de Buenos Aires. La excepción fue el número 30 correspondiente al mes de marzo de 1980 que, sin motivos, fue declarado de “exhibición limitada” (Boletín Oficial Municipal n° 16.251, 1980)<sup>29</sup>. Un caso llamativo es el registrado en el Boletín Oficial Municipal en septiembre de 1980. El secretario de Cultura, Ricardo Freixá, decidió desestimar la calificación aconsejada por la Comisión Asesora para la Calificación Moral de Impresos y Expresiones Plásticas para las publicaciones *HUM*<sup>®</sup> n° 39, correspondiente a agosto de 1980, “por no observarse motivos suficientes que así lo justifiquen” (Boletín Oficial Municipal n° 16.364, 1980)<sup>30</sup>. En ese número, se publicaba por primera vez una caricatura del ministro del

29 6 de abril.

30 19 de septiembre.

Interior, general Harguindeguy, en alusión al “diálogo político” (Imagen 8). Más allá de la ausencia de pruebas fehacientes, queda en evidencia que hubo un intento por impedir la difusión de dicha imagen y este fue desestimado. Es altamente probable que la revista había caído involuntariamente en la interna militar. No obstante, el hecho de haber evitado la censura oficial no significó no recibir otro tipo de presiones. La prensa católica ultraconservadora, al registrar el crecimiento de *HUM*<sup>®</sup>, la atacó en numerosas oportunidades (Burkart, 2017, pp. 205-207).

Imagen 8

Cascioli, *HUM*<sup>®</sup> n° 39, agosto 1980.

Como hemos advertido, en Chile, el humor gráfico se hizo espacio dentro de las publicaciones políticas. En *Análisis*, la tira de Palomo, “El Cuarto Reich”, expuso lo absurdo del militarismo y de la imposición autoritaria y violenta del modelo liberal en la sociedad. Si bien no tenía coordenadas espaciales explícitas ni recurría a la caricatura personal, el título ubicaba los hechos que narraba y volvía cómicos en la historia reciente de Occidente: si el Tercer Reich remitía al período nazi en Alemania y fue el nombre que los nazis adoptaron en su propaganda, el Cuarto

Reich era la redición contemporánea del totalitarismo. Los personajes y los escenarios filiaban a “El Cuarto Reich” con cualquier país del Cono Sur. Por un lado, el dictador militar y su subordinado, un hombre fornido que lo triplicaba en tamaño, que llevaba anteojos oscuros y sombrero para ocultar su identidad, y vestía un sobretodo con las solapas levantadas, bajo el cual llevaba una remera con la leyenda “Fort Gulick Canal Zone”<sup>31</sup> (Imagen 9).

Imagen 9



Palomo, *Análisis* n°15, julio (1979, p. 6).

Era la figura estereotipada del agente de las fuerzas de seguridad que actuaba por fuera de la legalidad, una síntesis visual que exponía las prácticas ilegales cometidas bajo las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas, con el aval de los Estados Unidos. En efecto, esta figura fue recurrente no sólo en el humor político chileno sino también en el humor gráfico de Argentina y Brasil en los años 70 (Burkart, 2017b). Por otro lado, en la tira estaban los presos políticos y los habitantes de las poblaciones o villas miserias. La propuesta reidera de “El Cuarto Reich” se movía en el límite borroso entre la risa satírica y la humorística, si entendemos a la primera como aquella donde prima la posibilidad de reírnos de un tercero y a la segunda como de reírnos de nosotros mismos (Burucúa, 2007; Freud, 1988). La presencia de estos dos tipos de risa se asociaba a la combinación de dos registros en la tira: por un lado, los detentadores de poder político, económico y represivo y, por otro, los sectores populares, los prisioneros políticos, los perdedores del nuevo modelo económico-social y los excluidos de la toma de decisiones.

31 Fort Gulick Canal Zone era la base militar estadounidense en Panamá, donde funcionó la Escuela de las Américas.

Entre 1979 y 1980, *APSI* publicó en su tapa viñetas humorísticas de Hervi y Rufino sobre las huelgas, el exilio chileno, la búsqueda de una salida política alternativa a la dictadura y la Constitución de 1980. El régimen controlaba a esta revista otorgándole o quitándole el tratamiento de temas nacionales como sucedió en 1981 después de que la revista publicara denuncias contra la Central Nacional de Informaciones (CNI)<sup>32</sup> y notas en las cuales se recordaba al gobierno de la Unidad Popular<sup>33</sup>. En este caso, la revista también fue clausurada por nueve meses y debido a las amenazas de expulsión del país que recibió Navarro Ceardi, cambió de director. *APSI* reapareció en mayo de 1982, bajo la Dirección de Marcelo Contreras. Al poco tiempo incorporó humor político extranjero, principalmente de *HUM*<sup>®</sup> y de *O Pasquim*. En septiembre de 1982 fue nuevamente prohibida por medio del Decreto n° 574 del Ministerio del Interior. Un fallo de la Corte Suprema le permitió volver a salir y lo hizo reclamando el “derecho a no estar de acuerdo”, que se convirtió en su nuevo lema. Pero, en un hecho sin precedentes, la Corte modificó su fallo y *APSI* dejó de salir nuevamente. La revista reapareció en mayo de 1983 sin poder tratar noticias chilenas, con lo cual intentó burlar la censura abordando temas nacionales de manera indirecta. Fue así que trató los asesinatos de Orlando Letelier en los Estados Unidos en 1976 y del general Carlos Prats en la Argentina en 1974, las dictaduras militares latinoamericanas y las transiciones a la democracia de los países vecinos.

*Análisis* también debió lidiar con la censura y con la prisión de su director. En 1983, la revista había perdido la inmunidad que le otorgaba su vínculo con la Iglesia católica. Estos hechos, el recordatorio a Salvador Allende a diez años de su muerte y la declaración de que el objetivo del “país” movilizado era “poner fin al actual régimen”, desataron un proceso judicial por el cual Juan Pablo Cárdenas fue preso, aunque la revista siguió saliendo (*Análisis*, 1983, p. 3)<sup>34</sup>. Cárdenas fue liberado, pero fue nuevamente arrestado en mayo de 1984 y la revista número 80 (abril-mayo 1984) fue prohibida. Los editores respondieron con una carta abierta a los lectores y con la publicación de una separata donde se transcribió la defensa de la revista ante las autoridades políticas y judiciales.

Fue en 1984, cuando los medios de prensa opositores intensificaron sus denuncias y críticas hacia el gobierno y este respondió con más censura y persecución, irrumpió la caricatura política y la sátira política en

32 La CNI fue creada en 1977 para reemplazar a la desprestigiada DINA.

33 Según Araya Jofré (2007, p. 22), estos números duplicaron las ventas de APSI.

34 N° 64, septiembre.

Chile. También en ese entonces se daba el despertar de la sociedad civil con las jornadas de protesta. La represión a las protestas sociales fue el tema recurrente de los nuevos humoristas chilenos que publicaban de *APSI* y de la nueva sección Palomo en *Análisis* llamada “La copia feliz”. En esta última revista, se multiplicaron los chistes sobre militares, carabineros y la policía secreta de la CNI representados todos como matones corpulentos, vestidos de traje o con sobretodo para ocultar sus armas y con anteojos negros. Otros chistes eran sobre las tácticas de los civiles para evitar a la policía, sobre las demandas que motivaban las protestas y sobre los sectores acomodados de la sociedad que se negaban a escuchar el clamor popular por el retorno a la democracia. En algunas de estas viñetas se publicaron caricaturas de dictadores, pero ninguna tomó el rostro de Pinochet.

*APSI* optó por otros recursos para denunciar a la dictadura y al dictador. Apeló a textos escritos con alta carga metafórica que remitía al clásico de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas* o al “Discurso final”, de *El gran Dictador* de Charles Chaplin. También y de modo original, recurrió a la no-imagen, como cuando armó una galería de fotos de los dictadores del siglo xx que publicó a doble página. Las fotografías se sucedían según la fecha de acceso al poder: Stalin, Hitler, Somoza (padre e hijo), Franco, Reza Pahlevi, etc. Entre Juan Claude Duvalier e Idi Amin, quedaba un recuadro en blanco, vacío, y todos los lectores sabían que allí faltaba la foto y el nombre de Augusto Pinochet Hiriart (*APSI*, 1984)<sup>35</sup> (Imagen 10). La potencia visual de este acto de no-mostrar y no-nombrar era superlativa y revelaba la creatividad y las ansias expresivas de estos periodistas.

No obstante, *Cauce* fue la publicación más audaz al publicar los primeros retratos satíricos de Pinochet. Primero, fue De la Barra para ilustrar los textos de Homero Macho, que, de manera prudente, lo retrató de espaldas y como un rey: la sátira consistía en mostrarlos como un “soberano imbuido en las doctrinas clásicas de las monarquías de derecho divino” (*Cauce*, 1983, p. 8)<sup>36</sup>. *Cauce* se posicionó como la “nueva voz de oposición” y advirtió que haría denuncias con “seriedad, fundamento y valor”. Con estos principios interpeló a los disconformes con el “gobierno autoritario” que sentían la necesidad de “hacer algo [...] para llegar a la Democracia por medio de la disidencia pacífica” (*Cauce*, 1983, p. 38)<sup>37</sup>.

35 N° 143, mayo.

36 N° 3, diciembre.

37 N° 2, diciembre.

Imagen 10



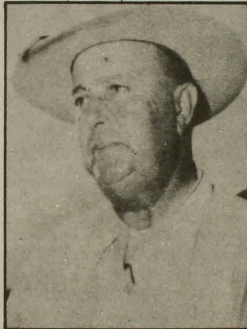
**BENITO MUSSOLINI**  
Italia  
1922 - 1943



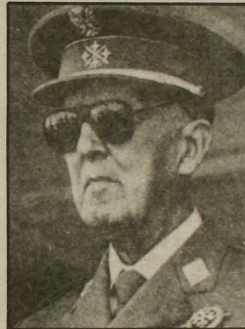
**JOSEPH STALIN**  
Unión Soviética  
1924 - 1953



**ADOLFO HITLER**  
Alemania  
1933 - 1945



**ANASTASIO SOMOZA (Padre)**  
Nicaragua  
1937 - 1956



**FRANCISCO FRANCO**  
España  
1939 - 1977



**MOHAMED REZA PAHLEVI**  
Irán  
1941 - 1979



**FULGENCIO BATISTA**  
Cuba  
1952 - 1959



**ALFREDO STROESSNER**  
Paraguay  
1954 -



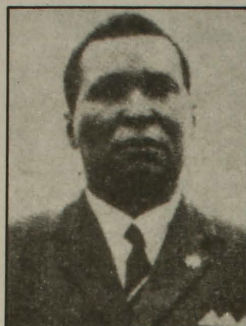
**JEAN BEBEL BOKASSA**  
República Centroafricana  
1966 - 1979



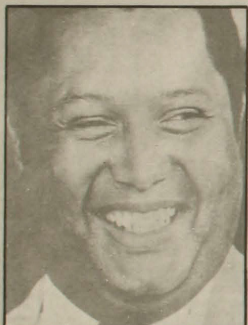
ANASTASIO SOMOZA (Hijo)  
Nicaragua  
1967 - 1979



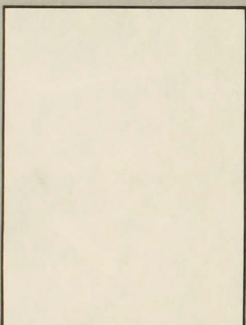
FERDINANDO MARCOS  
Filipinas  
1969 -



FRANCISCO MACÍAS  
Guinea Ecuatorial  
1970 - 1979



JEAN CLAUDE DUVALIER  
Haiti  
1971 -



IDI AMIN DADA  
Uganda  
1976 - 1979



JORGE RAFAEL VIDELA  
Argentina  
1976 - 1981



MUHAMMED ZIA UL HAQ  
Pakistán  
1977 -



LUIS GARCÍA MEZA  
Bolivia  
1980 - 1981

La audacia de *Cauce* de habilitar la caricatura satírica se combinaba con una audacia mayor: denunciar públicamente a la familia Pinochet por corrupción en relación a operaciones inmobiliarias irregulares. La revista denunciaba la vigencia de una norma no escrita que establecía un límite tácito en el periodismo chileno por la cual ninguna acusación debía afectar a Pinochet y a su familia (*Cauce*, 1984, p. 1)<sup>38</sup>. Esta “sacralización de la autoridad” debía ser desmontada con denuncias fundamentadas y con los recursos de la caricatura y el humor. En respuesta se le impuso la censura previa sobre los números editados en abril.

*Cauce* respondió sumando a las secciones humorísticas de la revista el suplemento humorístico “La Cacerola” que se editó entre abril y agosto de 1984, donde floreció la caricatura política y, en especial, los retratos satíricos de Pinochet. La posibilidad y la audacia de publicar caricaturas de Pinochet se dieron en una coyuntura marcada por las reiteradas jornadas de protestas y por una creciente tensión entre el gobierno y la prensa de oposición alternativa. En 1984, *Análisis*, *APSI* y *Cauce* abordaron el tema de las violaciones a los derechos humanos desde la instauración de la dictadura, la violenta represión con la que el Gobierno respondía a las pero lo que más irritó al Gobierno fueron las denuncias de corrupción que involucraban a la familia Pinochet. Estas salieron a la luz al mismo tiempo que la oposición partidaria volvía a la escena política, la derecha demostraba que no era un bloque homogéneo y se producían cortocircuitos entre la Corte Suprema de Justicia y el presidente.

La respuesta del Gobierno fue inmediata. En marzo de 1984, el Decreto exento n° 4559 prohibió informar sobre las jornadas de protestas que se vivían en el país y, en mayo, la Ley n° 18.313 reformó la Ley de Abusos de Publicidad y aumentó la penalidad de los delitos de injurias y calumnias. A su vez, se desplegó una estrategia particular contra cada publicación, como ya vimos. Las revistas censuradas usaron el camino judicial y la movilización social para revertir las medidas en su contra y liberar a Juan Pablo Cárdenas (*Cauce*, 1984, pp. 10-11)<sup>39</sup>. Fue después de este triunfo legal sobre la censura que “La Cacerola” comenzó a publicar regularmente caricaturas de Pinochet. En la portada o en el interior, estas imágenes dialogaban estrechamente con los sucesos políticos del momento, abordados en las notas y reportajes de la revista. La primera de estas imágenes mostró a Pinochet en el Titanic a punto de chocar un iceberg que tenía la forma de la mansión de Lo Curro

38 N° 6, enero-febrero.

39 N° 12, mayo.

(Cauce, 1984, p. 1)<sup>40</sup>, sugiriendo que las causas de corrupción llevarían al hundimiento del presidente. La caída de Pinochet fue un anhelo y un tema recurrente de las imágenes satíricas (Imagen 11).

Pinochet fue presentado como un boxeador derrotado en un rincón del cuadrilátero o como un burro que intentaba agarrar una zanahoria o como Vito Corleone (Marlon Brando) en el afiche que promocionaba la célebre película de Francis Ford Coppola, *El Padrino*, rebautizada por “La Cacerola” como “El Pairino”. Las caricaturas de Pinochet se multiplicaron. Sobresalieron las que lo representaron como un emperador romano, enfatizando su condición vitalicia, autócrata, por encima de ley y de cualquier mecanismo de regulación popular. La última portada de “La Cacerola”, realizada por De la Barra, mostraba a un Pinochet-emperador parado sobre calaveras y huesos humanos, los N.N. asesinados después del golpe de Estado, que advertía: “Tengo el incondicional apoyo de una inmensa mayoría silenciosa”. A esta imagen poderosa se contrapuso otra, publicada en el mismo número, en la cual se exhibía a Pinochet de modo ridículo: sentado en un gran sillón vestido como Napoleón, con un sombrero bicornio en la cabeza y con la mano guardada en la solapa de su traje (pose que se hizo célebre en el “Retrato de Napoleón en su gabinete de trabajo” del pintor Jacques-Louis David en 1812), con la mirada ida, un termómetro en la boca, los pies en una palangana llena de agua y con un barquito de juguete; a un costado, un colaborador recibía al médico: “Adelante, doctor... empezó hablando del país real... ahora está hablando del país imperial... imagínese, nos tiene a todos preocupados” (Cauce, 1984, p. 2)<sup>41</sup>.

Más que una contradicción, estas imágenes aludían a una coyuntura de incertidumbre y de gran expectativa para quienes no sentían simpatía por el régimen. Por primera vez Pinochet tenía varios frentes de conflicto públicamente abiertos y había una movilización social que, pese a la represión, seguía en aumento. Las revistas de oposición se sumaron al reclamo por el cambio y contribuyeron con textos e imágenes a informar todo aquello que el régimen y la prensa oficialista querían acallar u ocultar. Hacia fines de agosto de 1984 se habían efectuado ocho jornadas de protesta con unos setenta muertos y centenares de heridos (El País, 1984, s.p.). Una novena jornada de dos días de protestas se había organizado para comienzos de septiembre, la cual estuvo precedida de incesantes amenazas de represión por parte del gobierno militar para impedir la,

40 “La Cacerola” n° 3 en el *Cauce* n° 13, mayo-junio.

41 “La Cacerola” n° 9 en *Cauce* n° 19, agosto.

y Pinochet había advertido que “estamos preparados para repetir el 11 de septiembre, si fuera necesario”. El 23 de agosto de 1984, miembros del servicio de seguridad asesinaron a nueve hombres, acusándolos de “extremistas” y de enfrentarse con armas a la policía. Fue en esta coyuntura que se publicaron las caricaturas de Pinochet como emperador romano junto a calaveras y tumbas de N.N. que mencionamos con anterioridad. La potencia de estas imágenes aumentaba junto a las amenazas proferidas por Pinochet y a la tensión entre este y los sectores opositores, a los cuales se había sumado el arzobispo de Concepción, José Manuel Santos, había declarado que “aquí no hubo enfrentamientos armados. Lo que hubo fue un asesinato” (Cauce, 1984, pp. 10-12)<sup>42</sup>.

Imagen 11



El Gato, “La Cacerola” n° 4, *Cauce* n° 14, junio 1984.

<sup>42</sup> N° 21, septiembre.

Ante esta nueva escalada de la conflictividad política, el gobierno de Pinochet recurrió a mayor represión y censura. Esta última se impuso con el Bando n° 19 por el cual la dictadura militar determinó que *Análisis*, *APSI*, *Cauce* y *Fortín Mapocho* debían restringir “su contenido a textos exclusivamente escritos, no pudiendo publicar imágenes de cualquier naturaleza” y que “sólo podrán informar acerca de las denominadas ‘protestas’ en páginas interiores”<sup>43</sup>. La medida reconocía el poder de las imágenes. Se quiso impedir la publicación de fotografías que mostrasen las grandes movilizaciones y la violencia de la represión militar y policial<sup>44</sup>, así como también se buscó suprimir las caricaturas y al humor gráfico que con la risa habían contribuido a erosionar el miedo que el régimen y Pinochet infundían. Lidia Baltra, miembro del Colegio de Periodistas, había identificado claramente que el propósito de la censura era “anular el poder la de la imagen”: el gobierno no podía aceptar la difusión en imágenes de la actuación policial durante las jornadas de protesta, en las que había habido víctimas fatales. A la fotografía se le reconocía el poder de “hablar por su cuenta”, de complementar y reforzar la información escrita. “Distinta pero igual fuerza tiene la caricatura, que por sí sola es capaz de hacer la más aguda sátira política, clamando más hondo que un docto análisis escrito” (APSI, 1984, p. 13)<sup>45</sup>. A su vez, Baltra señalaba que ambos tipos de imágenes cumplían también una función estética dentro de la página y alivianaban la lectura, por eso entendía que la estrategia del Gobierno apuntaba no sólo a eliminar los elementos que reforzaban la verdad de los mensajes de estas revistas, sino también a dificultar su lectura.

La respuesta inmediata y coordinada de las revistas fue dejar vacíos los espacios donde deberían ir las distintas imágenes, ya fuera en las portadas o en el interior, y evidenciar el hecho de que estaban siendo censuradas. Los periodistas, por su parte, protestaron con una vigilia de 24 horas. Dos meses después, el Gobierno declaró el estado de sitio y siete medios de comunicación fueron clausurados, entre ellos *Cauce*, *APSI* y *Análisis*, que estuvieron siete meses sin poder editarse.

43 Bando n° 19, Jefatura de Zona en Estado de Emergencia de la Región Metropolitana y Provincia de San Antonio, Ministerio de Defensa Nacional (8 de septiembre 1984; reproducido por *Análisis* n° 90, septiembre 1984, p. 2).

44 Todas estas revistas habían publicado fotografías que documentaban la represión en las manifestaciones contra el régimen, incluso en sus portadas. Escapa a los límites de este trabajo incluir un análisis sobre las mismas.

45 N° 153, octubre.

Si bien estos espacios de crítica lograron subsistir a la censura e intentos diversos de cierre nuevamente afloran las diferencias en cuanto a los contenidos de las revistas y las relaciones que tuvieron con la censura y con el poder político que la controlaba. En Brasil, la censura atacó a *O Pasquim* apelando a argumentos morales antes que estrictamente políticos. En cambio, en Chile fueron claramente cuestiones políticas las que la hicieron reaccionar contra la prensa disidente. En ambos casos, no fue el humor de modo exclusivo y aislado lo que irritó al poder, sino más bien los contenidos “serios” de las revistas arrastraron a las producciones humorísticas. En cuanto a la práctica de la censura, sobresale el caso argentino. *HUM*<sup>®</sup> tuvo pocas reacciones por parte de la censura tanto moral como política a diferencia de lo que les había pasado con anteriores publicaciones durante el Gobierno peronista (Burkart, 2017). No obstante, la revista fue cautelosa en su proceso de politización y de dar lugar a los contenidos “serios”. Nuevamente, el carácter ubicuo de la censura se muestra muy efectivo a la hora de generar miedo, conllevando recurrentes prácticas de autocensura. Si las revistas chilenas daban cada vez más lugar al humor gráfico, en *HUM*<sup>®</sup>, el proceso era inverso: se sumaron periodistas y analistas políticos que volvieron más seria la revista, aunque nunca solemne.

## Reflexiones finales

El derrotero de la prensa humorística bajo las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas durante los años 70 fue singular en cada país. En este texto nos detuvimos a analizar de modo comparativo el surgimiento de esa prensa a partir de los casos de *Pasquim* en Brasil, *HUM*<sup>®</sup> en Argentina y las páginas de humor gráfico en las revistas chilenas *APSI*, *Análisis* y *Cauce*, y sus momentos de consolidación como espacios de crítica y oposición a las dictaduras. Nos detuvimos con especial énfasis en la relación de estas publicaciones con la censura y advertimos cómo en este campo los militares no respondían a un plan ya consensuado con sus aliados y elaborado de antemano, sino que el cambio en las reglas de juego fue un recurso más regular que excepcional. Es en Brasil y Chile donde más se aprecia ese ejercicio arbitrario de la censura sobre la prensa periódica, debido a que allí la censura estuvo definida institucionalmente con oficinas públicas dedicadas a su implementación de manera sistemática. En Argentina, por el contrario, llama la atención la

poca intervención que tuvo la censura con respecto a la revista *HUM*<sup>®</sup>, pero esa permisividad no debe confundirse con un estado dictatorial más permisivo. Más bien al contrario, la casi ausencia de otra prensa opositora y el hecho de que una revista de humor gráfico haya devenido en una revista política nos tiene que advertir sobre la existencia de mecanismos de prohibición y de desincentivo a la emergencia de una prensa política de oposición como sí hubo en Brasil y Chile. Sin embargo, cabe destacar que, en todos los casos, la censura fue un actor más del campo mediático y periodístico que no puede ser evitado ni soslayado, aun cuando aparentemente no esté actuando. También en la relación entre la censura y la prensa se advierten las pujas y tensiones al interior de las Fuerzas Armadas gobernantes entre distintas facciones con intereses contrapuestos. Dicho de otro modo, muchas tensiones internas o ajustes de cuentas entre las distintas esferas del poder se tradujeron en intentos de acallar algún medio de prensa, entre ellos los humorísticos.

En segundo lugar, merece ser mencionado el impacto de las políticas liberales implementadas por la dictadura de Pinochet por las cuales hacía inviable cualquier proyecto editorial de pequeña o mediana escala por fuera de las grandes empresas. Frente a ellas, se destaca el rol de la Iglesia católica y el de las organizaciones sin ánimo de lucro internacionales que, conmovidas por el ataque al Palacio de La Moneda al momento del golpe, la muerte de Salvador Allende y la masacre perpetrada por los militares, se mostraron dispuestas a colaborar con la emergencia de espacios críticos y opositores, entre ellos, la prensa política. Esta situación sólo se registra en el caso chileno. Esta ayuda fue fundamental bajo el régimen de Pinochet, pero no resolvió la base del problema, como se evidencia en la transición democrática cuando esa ayuda internacional cesa y muchas de estas revistas cierran.

En cuanto a las revistas, estas funcionaron como espacio de encuentro, trabajo y sociabilidad para humoristas gráficos, periodistas y trabajadores de prensa que tras los golpes de Estado habían visto cerrarse los proyectos editoriales en los que estaban comprometidos. Estos espacios también permitieron que estos productores culturales y periodísticos volviesen a entrar en contacto con su público o directamente, pudiesen crear un público lector propio. En uno y otro caso, se convirtieron en espacios donde se forjó un “nosotros” en oposición a un otro, que era la dictadura, para lo cual el humor jugó un gran papel como cohesionador, es decir, como refuerzo de los lazos de pertenencia al proponer burlarse e incluso atacar simbólicamente, usando lo cómico como armario, a ese

otro. En este punto, sobresale el uso temprano de la caricatura satírica en *HUM*<sup>®</sup> y más tardíamente en Chile. Es en la brasileña *Pasquim* donde este tipo de arte y de comicidad no fue particularmente cultivado, sino más bien de modo muy tardío como advertimos en un trabajo que ya tiene unos años (Burkart, 2012). Pero, así como ridiculizaban y atacaban a ese otro, también se rieron de sí mismos, activando los mecanismos de descarga y alivio que permiten sobrellevar situaciones adversas.

Ahora bien, se desprende del trabajo que cada publicación tuvo una relación especial y móvil entre los contenidos que promovían la risa y aquellos que no, que eran más bien serios o al menos, no humorísticos. Es más, como se vio, la censura apuntó tanto a unos como a otros. En *Pasquim* y en *HUM*<sup>®</sup> fue muy importante la sección reportaje que permitía que voces relegadas o acalladas por la cultura dominante y la censura pudiesen hacerse escuchar. En ambos casos, esto no sólo abrió el debate en torno a la cultura primero y la política, después, sino que a la larga permitió reconstruir el campo cultural que la dictadura había quebrado con sus políticas represivas y de censura. En el caso de Chile, al estar el humor gráfico inserto en las publicaciones políticas, no hay que perder de vista la relación de complementariedad que asume con respecto a otras imágenes, como son las fotográficas, y a los textos escritos serios que son los que marcan de forma más cabal la línea editorial de las revistas.

## Referencias

- Almeida, M. H. T. de y Weiss, L. (1998). Carro-zero e pau-de-arara: o cotidiano da oposição de classe média ao regime militar. En F. Novais (coord.) e L. M. Schwarcz (org.), *História da vida cotidiana no Brasil* (1° ed., Vol. 4 Contrastes da intimidade contemporânea, pp. 319-409). Companhia das Letras.
- Alves, M. H. M. (1984). *Estado e Oposição no Brasil (1964-1984)*. Vozes.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012). *América latina. La construcción del orden*. (Tomo II: De las sociedades de masas a las sociedades en proceso de reconstrucción). Ariel.
- Antezana, L. (2014). Al filo de la pluma: Caricatura chilena en tiempos de dictadura. *Contemporânea*, 2(4), 1-28.
- Araya Jofré, F. (2007). *Historia de la revista APSI. El que se ríe se va al cuartel (pico para Pinochet)*. LOM Ediciones.

- Bastías Saavedra, M. (2013). *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Braga, J. L. (1991). *O Pasquim e os anos 70. Mais pra epa que pra oba....* Editora UNB.
- Burkart, M. (2009). *Horcas, guillotinas y verdugos. La representación de la "guerra antisubversiva" en la revista HUM® (1978-1983)*. *Eadem Utraque Europa*, 5(9), 155-190.
- Burkart, M. (2012). La caricatura política bajo la dictadura militar en Brasil y Argentina. Los casos de *O Pasquim* y *HUM®*. *Los trabajos y los días*, 4(3), 196-215.
- Burkart, M. (2014a). Modernización y la politización de las imágenes y de la risa en Brasil: la revista *Pif-Paf* (1964). *Caiana*, (4), 1-18.
- Burkart, M. (2014b). Guillotinas, horcas y verdugos. El terrorismo de Estado en la prensa de humor gráfico de Brasil y Argentina en los años setenta. En W. Ansaldi y V. Giordano (coord.), *América Latina. Tiempos de Violencia* (1° ed., pp. 309-334). Ariel.
- Burkart, M. (2017a). *De Satiricón a HUM®. Risa, cultura y política en los años setenta*. Miño & Dávila.
- Burkart, M. (2017b). De verdugos a matones y patotas. Representaciones de la represión ilegal en *HUM®* y *Pasquim* durante la distensión de las dictaduras militares de Argentina y Brasil. *Topoi. Revista de Historia*, 18(34), 137-165.
- Burkart, M. (2021a). Chile: la caricatura (im)posible. La construcción cómica de Augusto Pinochet por los humoristas chilenos (1979-1984). En M. Burkart, D. Fraticelli y T. Várnagy (coord.), *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico* (1° ed., pp. 221-249). Teseo.
- Burkart, M. (2021b). Caricatura, censura y dictadura: los retratos cómicos de Videla (Argentina, 1976-1981). *Caravelle*, (116), 45-68. <https://doi.org/10.4000/caravelle.10569>
- Burucúa, J. E. (2007). *La imagen y la risa*. Periférica.
- Freud, S. (1988). "El humor" en *Obras Completas*, Volumen 21. Amorrortu.
- Gómez, D. (2021). Dictadura, disidencia y humor: el suplemento "HUMOR" de Hoy (Chile, 1987-1988). En M. Burkart, D. Fraticelli y T. Várnagy (Coord.), *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico* (1° ed., pp. 251-281). Teseo.
- Kucinski, B. (1991). *Jornalistas e revolucionários. Nos tempos da imprensa alternativa*. Editorial de la Universidad de San Pablo.
- Kushnir, B. (2012). *Cães de guarda. Jornalistas e censores, do AI-5 à Constituição de 1988*. Bomtempo.
- Matallana, A. (1999). *Humor y política. Un estudio comparativo de tres publicaciones de humor político*. Eudeba.

- Moyano Barahona, C. y Rivera Aravena, C. (2020). Disputando lo político. La izquierda y la prensa política de masas en Chile, 1950-1990. *Universum*, 35(1), 340-366.
- Moore, B. (1991). *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Península.
- Muñoz Sánchez, C. (2015). *Prensa de oposición en dictadura. La revista APSI como plataforma discursiva de la Renovación Socialista. 1980-1988* [Tesina para optar al grado de Licenciado en Historia]. Universidad Academia de Humanismo Cristiano Santiago. <http://bibliotecadigital.academia.cl/xmlui/bitstream/handle/123456789/3425/TLHIS%20117.pdf?sequence=1>
- Napolitano, M. (2001). *Cultura brasileira. Utopía e massificação (1950-1980)*. Contexto.
- Orrego Standen, P. y Riquelme Segovia, A. (2002). *Los reflejos de un espejo: Chile y el mundo, entre los años 1976 y 1989. A través de la revista APSI* [Tesis de grado]. Pontificia Universidad Católica de Chile. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-81473.html>
- Ortiz, R. (1994). *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultura*. Editora brasiliense.
- Raíces, E. (2019). *Cultura, medios y política. Humor, Medios & Comunicación, Línea y la disidencia cultural durante la crisis de la dictadura: 1978-1982* [Tesis doctoral]. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Rego, N. P. (1996). *Pasquim. Gargalhantes pelepas*. Relume-Dumará.
- Rocha, L. M. S. (2011). *Pif Paf: o jornalismo que ri- uma análise do campo jornalístico através da imprensa alternativa brasileira* [Dissertação de mestrado]. Universidade Federal de Santa Catarina. <https://repositorio.ufsc.br/handle/123456789/103371>
- Sanz, T. (2006, 2 de julio). El humor es cosa seria. *Página /12*, Suplemento Radar. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-3095-2006-07-02.html>
- Sasturain, J. (1995). *El domicilio de la aventura*. Colihue.
- Urta Sandoval, R. H. (2019). *La revista APSI durante la dictadura cívico militar chilena: Historia y testimonios (1976-1990)* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México. [https://ru.dgb.unam.mx/handle/DGB\\_UNAM/TES01000796681](https://ru.dgb.unam.mx/handle/DGB_UNAM/TES01000796681)
- Vargens, J. B. (1999). *Nos bastidores d'O Pasquim*. GMS editora.
- Ventura, Z. (2018). *1968 o ano que não terminou*. Objetiva.

# Opinar en tiempos de dictadura. La prensa política Argentina entre 1976 y 1983<sup>1</sup>

Marcelo Borrelli

Durante la última dictadura militar en Argentina (1976-1983) se publicaron una cantidad significativa de revistas comerciales de orientación política que, aunque debieron actuar en un contexto de censura y autocensura, contaron con un mayor margen de acción que los periódicos nacionales para publicar informaciones e interpretaciones sobre la actualidad política (Borrelli 2021b; Saborido y Borrelli, 2011). En efecto, debido a que el control estatal se centró especialmente en los medios escritos de mayor influencia en la opinión pública, la prensa de carácter político —más restringida en su circulación, aunque dirigida hacia un público informado y en algunos casos con poder para influir sobre la actualidad política (Price, 1994, pp. 58-60)— pudo dar cuenta de temas, problemas y análisis de la realidad nacional excluidos o tratados superficialmente por la prensa diaria. De manera que estas publicaciones periódicas se convirtieron en actores políticos fundamentales que establecieron relaciones de conflicto y de colaboración con otros actores de la escena política argentina a través de su labor productora de representaciones sobre la realidad que abordaban (Borrelli, 1989).

En este capítulo repasaremos algunos de los hallazgos principales de una investigación que analizó varias de estas publicaciones, en este caso centrándonos en tres revistas: *Redacción*, *Extra* y *Somos*. Se presentará la historia de estos medios para luego analizar sus posicionamientos editoriales sobre ciertos acontecimientos o temas clave de la época, como fue el acceso al poder de las Fuerzas Armadas en 1976, sus iniciativas políticas hacia los dirigentes civiles, la cuestión represiva o lo que en aquellos años se denominó como la “lucha antisubversiva”, la política económica, el impacto político del Mundial de Fútbol de 1978 y la guerra por Mal-

1 La investigación fue realizada en el marco de los proyectos PICT 2012-0284 de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (Argentina) y UBACyT 2002017020067ba de la Universidad de Buenos Aires dirigidos por el autor.

vinas de 1982, por cuya derrota el Gobierno militar iniciará un proceso de entrega del poder a los civiles.

### Las revistas

Desde la década del 60 se consolidó en Argentina una robusta oferta de revistas de actualidad que marcarían un hito en la historia de la prensa argentina. Su propuesta renovadora para una clase media cada vez más sofisticada, con hábitos de lectura consolidados y en una época de alta politización, prontamente las ubicó como ejes del debate público de su tiempo. Con el retorno del peronismo al poder en 1973, y la posterior dictadura militar iniciada en marzo de 1976, se sumaron nuevos emprendimientos que retomaron la tradición de un periodismo de interpretación, cuyo objetivo central fue analizar las vicisitudes de un tiempo político que se revelaría por demás inclemente.

La revista *Redacción* nació en marzo de 1973 bajo la Dirección del periodista Hugo Gambini, quien ya tenía una importante trayectoria en medios escritos. Su publicación era mensual, su extensión promediaba las 68 páginas y su tirada oscilaba entre los quince y los treinta mil ejemplares. A fines de la década de 1990, *Redacción* pasó a llamarse *Redacción Económica* y fue publicada hasta 2003. La revista no estaba separada por secciones, pero abarcaba diversos temas, desde la actualidad política, pasando por la economía, la cultura y la historia, entre otros. Se presentaba como: “La revista de actualidad mejor informada” y estaba destinada a un lector de clase media informado.

El primer número de *Somos* salió a la venta el 24 de septiembre de 1976 y se publicó por última vez el 22 de diciembre de 1993. Su director era Aníbal C. Vigil, quien también se desempeñaba como presidente de la Editorial Atlántida, empresa de medios de la cual formaba parte la revista. Su periodicidad durante la etapa de estudio fue semanal, publicándose los días viernes. Entre 1977 y 1981 su promedio de circulación neta pagada por mes fue de 37.685 ejemplares. Se trataba de una publicación orientada fundamentalmente a fracciones de la clase media y media/alta, con particular énfasis en sectores empresariales de tendencia liberal, interesados en la coyuntura política y económica nacional, así como también en la vida cultural (aunque *Somos* se caracterizó también por publicar notas de interés más general o de “color”).

*Extra* fue una revista de aparición mensual dirigida por el periodista Bernardo Neustadt y publicada entre julio de 1965 y mayo de 1989. Formaba parte del entramado multimediático del que Neustadt, en algunos casos, era propietario y, en otros, ejercía como periodista, que incluía para la década de 1970 medios gráficos, radiales y televisivos. Era una publicación destinada al poder político y económico de Argentina, que también buscaba hacerse eco en un ciudadano con interés por los temas políticos, financieros e internacionales y con una orientación tendiente al liberalismo económico. Su extensión promediaba las 50 páginas. Aunque no contamos con datos de su tirada, a partir de ciertas fuentes (Fernández Díaz, 2018) podemos señalar que *Extra* no fue un éxito editorial y que su permanencia en el mercado se debió más a los anuncios publicitarios con los que contaba, gracias a los estrechos vínculos que Neustadt supo cultivar con quienes ejercían posiciones de poder en diversos ámbitos decisivos (gobierno, grandes empresas, sindicatos, entre otros).

### **Redacción y la cuestión política durante la dictadura (1976-1981)**

Al igual que la mayoría de la prensa argentina de la época (Díaz, 2002; Vitale, 2015), la revista *Redacción* legitimó y aprobó el golpe de Estado del 24 marzo de 1976. En su caso, señaló como principal responsable de la situación de crisis política y económica que derivó en el golpe al peronismo gobernante, tanto por sus disputas internas como por la inoperancia de la presidenta Isabel Perón, en el cargo desde julio de 1974 (Borrelli y Saborido, 2021). Esta posición editorial respondía también a su oposición al peronismo que explícitamente había asumido desde su nacimiento público y que se verificaba en opiniones críticas generalmente asumidas por el propio director de la revista.

Con la Junta militar del “Proceso de reorganización Nacional” en el poder, la revista reconoció la legitimidad de las Fuerzas Armadas para modelar el nuevo sistema político, pero con cierta premura les reclamó a los militares que concretaran algún tipo de “propuesta política” hacia los dirigentes políticos y convergieran hacia una democracia “madura” (Gambini, 1977, p. 5), uno de los objetivos que las Fuerzas Armadas decían querer alcanzar en su nuevo arribo al poder. En esta línea, a partir de octubre de 1978 comenzó a publicar la sección *Tempo político*, donde se transcribían declaraciones de políticos, dirigentes civiles y de militares, o se mencionaban rumores y comentarios vinculados a la acotada vida

política nacional. En esa nueva etapa, *Redacción*, desde su posición enunciativa como revista líder de opinión, había decidido influir para que el Gobierno concretara una mayor apertura hacia los civiles ofreciendo espacio a las “voces políticas” del momento, que luego de la etapa más feroz de represión acaecida entre 1976 y mediados de 1978 comenzaban a hacer audibles diversas demandas (véase Imagen 3; sobre su tematización de la cuestión político-partidarias, Imágenes 1, 2). El obstáculo para este tipo de planteos era que, dentro de las propias Fuerzas Armadas, no existía un consenso interno sobre cuándo ni cómo debía entregarse el poder, lo que generó feroces disputas internas *inter* e *intra* fuerzas entre los sectores “moderados”, más proclives a negociar una salida institucional con los civiles, y los “duros”, que proponían un gobierno exclusivamente militar de larga duración (Canelo, 2008; Novaro y Palermo, 2003). Por otra parte, los objetivos refundacionales de la política económica de corte liberal iniciada con el ministro José Martínez de Hoz en abril de 1976 exigían un tiempo largo que se contraponía con una entrega del poder a corto plazo a los civiles<sup>2</sup>.

Imagen 1. Tapa de *Redacción*



<sup>2</sup> De extracción liberal, el ministro llevó adelante una serie de medidas que dieron una gran centralidad al sector financiero por sobre los industriales y asalariados vinculados al mercado interno, a la vez que reivindicó la necesidad de reducir el peso del Estado en la economía (Schvarzer, 1986). Como dentro de las mismas Fuerzas Armadas había sectores estatistas y desarrollistas que se oponían a su política, desde el inicio de la dictadura esta fue objeto de debate y crítica dentro del Gobierno y en la opinión pública.

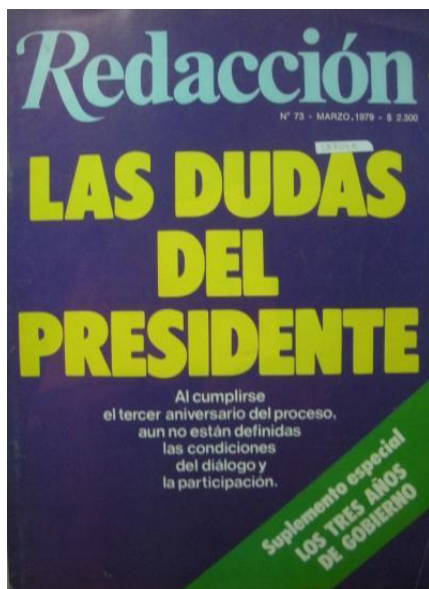
Imagen 2. Tapa de *Redacción*



Imagen 3. Tapa de *Redacción*



Imagen 4. Tapa de *Redacción*, N° 73, de marzo de 1979<sup>3</sup>



El paso del tiempo sin una propuesta política precisa por parte del Gobierno militar, el escaso interés finalmente demostrado por incorporar a los partidos políticos —cuya actividad estaba suspendida por ley desde 1976 (Yannuzzi, 1996, pp. 66-67)—, sumado a la voluntad largoplacista de algunos representantes de la dictadura, parecieron generar mayor desconfianza en la revista en torno a las verdaderas “intenciones democráticas” del Gobierno. Pese a ello, el presidente *de facto*, general Jorge Videla, fue presentado como una especie de “garante” de ese objetivo democrático, quien para sostenerlo parecía tener que hacer un difícil equilibrio entre las facciones castrenses, aunque también a partir de 1979 *Redacción* instaló la duda sobre sus propósitos reales (Imagen 4).

Finalizada la Presidencia de Videla en marzo de 1981, en un contexto de crisis financiera desde 1980 y abierto desgaste de los militares en el poder, la revista no realizó un balance del quinquenio de su gobierno y tuvo una mirada por demás complaciente hacia la figura presidencial.

3 — Pone de relieve la situación de inmovilismo político: “Al cumplirse el tercer aniversario del proceso, aun [*sic*] no están definidas las condiciones del diálogo y la participación. Persiste el vacío político producido tras la derrota de la subversión, mientras Videla se esfuerza por garantizar el funcionamiento de la democracia”.

De todas maneras, fue concluyente en que el nuevo período que se abría con la presidencia del general Roberto Viola, quien llegaba con la tenue promesa de establecer mayores canales con la civilidad, debía establecer claramente una “salida” hacia la “democracia pluralista” (Borrelli, 2021a).

### ***Extra*: la “lucha antisubversiva” y la “convergencia-cívico militar” (1976-1978)**

La revista *Extra* apoyó explícitamente la intervención golpista de las Fuerzas Armadas en marzo de 1976 (González, 2010) y avaló la necesidad de la restauración del “orden público” y el disciplinamiento social. Desde el inicio expresó abiertamente su aprobación a dos de los pilares del nuevo Gobierno militar: la “lucha antisubversiva” y la política económica de Martínez de Hoz, ubicándose así en lo que hemos denominado como la “zona de confianza” de la dictadura (Iturralde y Borrelli, 2014, p. 133). Pero, paradójicamente, esta cercanía con el actor militar también le permitió hacer saber sus reparos con respecto a lo que consideraba como “excesos” en el accionar de la represión clandestina<sup>4</sup>. Por ejemplo, en julio de 1976, el director de la revista afirmaba:

También tengo ganas de gritar mi desesperación cuando algún padre se me acerca y me formula el angustioso llamado de la desaparición de su hijo. (...) Es un tema que me tortura. Sé que estamos en guerra y en guerra sucia. No la comenzaron las fuerzas regulares, sino que la delincuencia subversiva inició el horror de esa miniatura de guerra civil que vivimos. Pero combatiendo al tirano —decían los antiguos— se puede hacer cualquier cosa menos imitar al tirano. Que la crueldad quede en manos de los siniestros subversivos, no en las nuestras. (Neustadt, 1976, septiembre, p. 7)

Esta postura editorial, que celebraba y justificaba la “lucha antisubversiva”, pero a su vez hacía conocer sus reparos sobre los efectos “no deseados” de la represión clandestina, debe entenderse teniendo en cuenta las

4 La dictadura militar implementó un plan sistemático y clandestino de secuestros masivos de opositores políticos en centros clandestinos de detención, posterior tortura, asesinato y desaparición forzada de personas en una vasta represión ilegal que produjo miles de desaparecidos cuyo destino en la gran mayoría de los casos aún se desconoce. Estos actos criminales, en algunos casos, también tuvieron como víctimas a personas cercanas al poder militar, quienes habían quedado expuestas a las disputas facciosas que se dieron dentro de las propias Fuerzas Armadas.

características particulares de la publicación, en relación a su ubicación en la “zona de confianza” de la dictadura, su cercanía con el *establishment* y a su intento de intervenir en la división entre “duros” y “moderados” a favor de este último sector. Por eso, desde un inicio, *Extra* propondrá una “convergencia cívico-militar” como salida política de la dictadura y alertará sobre los peligros de una represión “descontrolada” encabezada por los “duros” (Borrelli e Iturralde, 2016, pp. 5-6). Esa propuesta, de ninguna manera, suponía para *Extra* un pronto llamado a elecciones, sino que el poder militar se articulase con dirigentes civiles de cuño liberal-conservador que pudieran en el futuro “heredar” a la dictadura en una eventual salida institucional (Extra, 1977, p. 7). Y, como ocurriera con *Redacción*, a medida que las Fuerzas Armadas hicieran evidente su tendencia a cerrarse sobre sí misma, *Extra* dejará expresada su desilusión. Por eso, a fines de 1978, luego de una reforma del gabinete de Videla, que no incluyó a civiles, Neustadt alertaba: “Nadie está ansioso. Pero tampoco nada es eterno” (1978, p. 15).

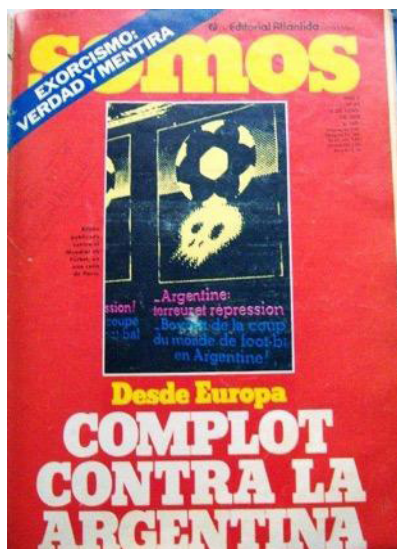
### **Somos y el proyecto refundacional de la dictadura en sus primeros años (1976-1978)**

Desde el inicio de la dictadura, la Editorial Atlántida ofreció un apoyo explícito y militante a las Fuerzas Armadas en el poder, que se concretó desde varias de sus publicaciones —además de la novel *Somos*, se destacarán sus revistas insignias *Gente y la actualidad*, destinada al público general, y *Para Ti*, destinada al público femenino— (Blaustein y Zubietta, 1998). Este apoyo tuvo como uno de sus emblemas el rechazo a las denuncias que eran difundidas desde el extranjero sobre las violaciones a los derechos humanos ocurridas en Argentina, además de sostener un anticomunismo militante, coincidir en la visión autoritaria que la dictadura profesaba en ámbitos como el educativo y el de la organización familiar, o difundir notas estigmatizadoras sobre los miembros de las organizaciones político-armadas. *Somos*, además, se destacó por su adhesión al liberalismo económico y su aprobación incondicional a la política económica de Martínez de Hoz (Borrelli y Gago, 2021).

En relación a lo que en la época se denominó como la “lucha anti-subversiva”, *Somos* mantuvo un apoyo enfático sobre todo lo actuado por el Gobierno militar. El hecho de que el Gobierno hubiera apelado a una metodología represiva de tipo clandestina, de la que negaba su existencia,

permitió que sus apoyos civiles pudieran aprobar de manera general la idea de la “lucha antisubversiva” sin ahondar en mayores explicaciones sobre la forma concreta en que se estaba dando esa represión. Paralelamente, en las referencias y notas sobre la “subversión”, la revista apeló a una retórica delictiva propia del género policial con un alto componente estigmatizador (Gago, 2011), como ocurrió en la gran mayoría de la prensa durante el período (Schindel, 2012). Por ejemplo, para referirse a las organizaciones político-armadas y sus integrantes, la revista utilizaba indistintamente palabras cargadas de un alto contenido negativo como “delincuente”, “extremista”, “subversivo”, “terrorista”; o combinaciones como “siniestro grupo”, “delincuentes subversivos”, “agentes de la subversión terrorista”, “bandas siniestras” o “bandas terroristas”. Otro de los recursos a los que apeló fue a la patologización del “fenómeno subversivo”, indagando por ejemplo sobre las “características psicológicas” de los “subversivos”, conjeturando que la participación de estas personas en este fenómeno se debía a la “falta de un modelo paterno”, la “envidia”, el “resentimiento” o la “frustración” (Somos, 1977, p. 12).

Un caso paradigmático fue el apoyo de la revista a lo que el Gobierno militar denominó como la “campana antiargentina”, que para la óptica oficial se desplegaba desde Europa y Estados Unidos con el objetivo de desprestigiar al país al denunciar la violación a los derechos humanos en el exterior. Se trataba, básicamente, de un intento del gobierno militar de bloquear el efecto interno que pudieran tener las denuncias internacionales sobre la represión en el país y apelar para ello a un discurso patriótico que abroquelara a la sociedad civil en su favor (Franco, 2002; Risler, 2018). En abril de 1978, en vísperas de jugarse el Mundial de Fútbol previsto para junio de ese año, *Somos* denunciaba desde su tapa un “Complot contra la Argentina” (Imagen 5), en relación a que desde Europa se había iniciado una campana de denuncia sobre las “supuestas” violaciones a los derechos humanos en el país (Somos, 1978). Y durante el evento deportivo publicó la sección “Así nos ve Europa”, donde transcribía notas periodísticas sobre el país publicadas por medios extranjeros, intentando resaltar los aspectos positivos de las coberturas o directamente criticando aquellas que tenían contenidos negativos.

Imagen 5. *Somos*, Año 3, abril de 1978<sup>5</sup>

El aval a la gestión económica fue uno de los aspectos distintivos de la política editorial de la revista, hondamente consustanciada con el ideal liberal del ministro del área Martínez de Hoz, su discurso privatista y de libremercado y su confianza en que la gestión eficiente de los recursos económicos resolvería los problemas del país en la materia. Más aún, la revista se puso a la vanguardia de los sectores liberales que le demandaron al gobierno militar ir más a fondo con su política económica dejando de lado el “gradualismo”, en el sentido de reducir definitivamente el peso del Estado en la economía, un objetivo largamente declamado por el ministro, pero que estuvo lejos de concretarse (Schvarzer, 1976). Este predicamento en defensa de la política ministerial y la exigencia sobre que se profundizaran los objetivos “liberales” se daba en un contexto de oposición al ministro desde un sector de las Fuerzas Armadas —que no estaba de acuerdo con la reducción del peso del Estado en la economía ni con el perjuicio que sufría la industria nacional en favor del sector financiero—, y de los actores económicos de la sociedad civil afectados por sus políticas.

<sup>5</sup> En la portada se aprecia una preocupación por la campaña “antiargentina”.

Sobre la cuestión política, en el período 1976-1978, *Somos* rechazó una desembocadura “apurada” del “Proceso” hacia una etapa política, sin dejar de reconocer que para los militares en el poder era un tema de inobjetable importancia al que tendrían que darle una resolución eficaz de manera de asegurar sus planes de refundación social. Sin embargo, la revista entendía que, una vez eliminada la “acción subversiva”, todo tiempo político debía estar supeditado a la puesta en práctica de los cambios económicos.

### **El Mundial de Fútbol 1978 como un acontecimiento político**

Hacia mediados de 1978, la dictadura gozaba de cierto capital político frente a la opinión pública, donde prevalecían tendencias favorables para una apertura pactada y controlada por las Fuerzas Armadas, estimuladas por cierta recuperación económica durante 1977 y el “orden restablecido”, luego de la etapa más dura de represión clandestina, que ya se había cobrado una gran proporción de sus víctimas y empezaría a desacelerarse desde mediados de ese año (Novaro y Palermo, 2003, pp. 119, 235). A instancias de esta efectividad represiva, la “lucha contra la subversión”, una de las principales bases de legitimidad donde los militares habían asentado su poder, estaba perdiendo su fortaleza porque, como se ha visto, no se avanzaba con claridad en la propuesta de una institucionalización futura para el país. Por eso el Mundial significaba para el gobierno un “gesto de fuerte positividad” (Schindel, 2012, p. 284), que intentaría dejar atrás el pasado represivo para inaugurar una nueva etapa. Asimismo, durante 1978 las autoridades militares habían retomado con particular ahínco la denuncia sobre la existencia de la “campana antiargentina”, atizada desde el exterior por el “terrorismo subversivo” que estaba difundiendo información “falsa” sobre lo que ocurría en el país. De manera que el desarrollo del evento fue un momento propicio para que el Gobierno militar intentara mostrar una imagen positiva frente a las acusaciones internacionales que indicaban su responsabilidad en la violación a los derechos humanos (Gilbert y Vitagliano, 1998; Llonto, 2005; Risler, 2018).

Las tres publicaciones le otorgaron un lugar relevante a la cobertura periodística del Mundial, pero fue *Somos*, por ser una publicación de interés general, la que más espacio le otorgó, tratando además diversos aspectos del tema (desde lo deportivo hasta lo sociopolítico). Se distinguió

también por la inclusión de una gran cantidad de fotografías, de vital importancia en este contexto para enfatizar ciertos aspectos del evento.

Imágenes 6 y 7<sup>6</sup>



Fuente: *Somos* y *Extra*, consustanciados con el discurso oficial durante el Mundial de 1978.

En los tres casos se le dio un sentido político fuerte al Mundial. En primera medida, interpretaron que el evento contradecía las versiones de la “campana antiargentina”, aunque fueron *Somos* y *Extra* las más apolo-géticas y que más recursos estilísticos y periodísticos pusieron en juego sobre este punto (Imágenes 6, 7). Todas resaltaron que la organización gubernamental del Mundial había demostrado lo que los argentinos eran capaces de concretar y lo observaron como una realidad promisoria (Bronté, 1978, p. 26; Gambini, 1978, p. 13; Landívar, 1978, p. 17)<sup>7</sup>. El clima de “unidad nacional” que despertaron los triunfos deportivos de la selección argentina fue también ponderado positivamente en forma homogénea, contrastada además por *Somos* con los tiempos de la divi-

6 La tapa de *Extra* alude al triunfo de la selección argentina frente a la de Perú por 6 a 0, resultado que le dio la clasificación al equipo argentino a la final del Mundial (Argentina debía ganar por al menos 4 goles para clasificarse a la final y el resultado abultado arrojó sospechas por lo sucedido).

7 Junio.

sión y el “faccionalismo” que a su entender habían caracterizado la etapa peronista de 1973-1976 (Somos, 1978, p. 13)<sup>8</sup>. De todas maneras, los analistas de *Somos* y *Redacción* también advirtieron sobre los límites del “éxito” y recalcaron que los elementos auspiciosos que había puesto de relieve el Mundial no resolvían los problemas de fondo del país; en todo caso la energía contagiosa de esos días debía canalizarse hacia los fines más relevantes de la “grandeza nacional” (Borrelli y Oszust, 2021, p. 174; Koremblit, 1978; Somos, 1978b, p. 18).

En lo referente al Gobierno militar, coincidieron en destacar los aplausos que la Junta militar recibía en los estadios de fútbol. Sin embargo, indicaron que tanto este hecho como los festejos populares en general no debían ser interpretados como un apoyo cerrado al Gobierno, ya que los grandes problemas nacionales subsistían y había que dar pasos concretos para su resolución. *Extra* fue enfático en relación a la necesidad de “abrir” el juego político a las nuevas generaciones, sin que esto supusiera elecciones a corto plazo (Neustadt, 1978, p. 6)<sup>9</sup>. *Redacción*, en una característica que hemos destacado de su discurso editorial, también indicó que debía caminarse “hacia una Democracia plena” (Gambini, 1978, p. 13)<sup>10</sup>. *Somos*, si bien dentro de un discurso apologético hacia las Fuerzas Armadas, señaló que había que generar un “liderazgo eficaz” para canalizar políticamente la vitalidad ciudadana que había expresado el Mundial (*Somos*, 1978, p. 16)<sup>11</sup>. Por su parte, *Extra* y *Somos* hicieron fuerte hincapié en el carácter no demagógico del liderazgo de Videla y cómo el Mundial había modificado su estilo parco hacia otro más expresivo. Ambos destacaron la convocatoria espontánea de jóvenes estudiantes en la Plaza de Mayo<sup>12</sup> el día después que Argentina obtuvo la copa mundial y que finalizó con el presidente Videla saludando a los convocados desde el balcón de la casa de Gobierno, una reminiscencia del pasado peronista —por el uso que Perón había hecho del balcón en su relación con las masas— que sin embargo interpretaron en la nueva clave de la autoridad “no demagógica” que imponía una relación distinta entre gobernantes y gobernados. *Redacción* no se sumó a esta mirada y no se manifestó al

8 30 de junio.

9 Junio.

10 Julio.

11 30 de junio.

12 Situada en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, donde se encuentra la casa de Gobierno conocida como “Casa Rosada”, era y es un lugar habitual de reunión para las manifestaciones políticas.

respecto. Por su parte, *Somos* fue la que interpretó de manera más contundente que el Mundial había implicado un “cambio” profundo en los diversos planos del quehacer nacional (Imagen 6), aunque reconocía que la nueva actitud que había surgido durante el evento debía vigorizarse a futuro para consolidar así a la Nación (Somos, 1978, p. 16)<sup>13</sup>.

Otro denominador común en las revistas fue que ponderaron positivamente el orden que tuvieron los festejos de la población en la vía pública ante los triunfos deportivos de la selección argentina. Es que la aparición de multitudes espontáneas, luego de dos años y tres meses de férreo disciplinamiento desde el Estado, no era un hecho que pasara desapercibido para la opinión pública. Las revistas coincidieron en destacar la pulcritud de los festejos y que no se hubiesen cometido hechos de violencia, dando cuenta de la sensibilidad que ocasionaba la posibilidad de la aparición de la “violencia” en el espacio público en el marco de una sociedad civil sacudida por hechos de este tipo. Junto a ello, ensalzaron la idea de una “unidad nacional” policlasista y polisectorial en los festejos, lo que parecía contrastar implícitamente con un pasado atravesado de conflictos. Como se ha comentado, fue *Somos* la más explícita en este aspecto, al mencionar que si bien las multitudes hacían recordar al país peronista a diferencia de aquellos años la revista parecía satisfecha por la novedad de esas masas disciplinadas, patriotas, sin divisiones y que expresaban una “sana alegría” (Somos, 1978, p. 16)<sup>14</sup>.

En definitiva, el acontecimiento tuvo un cariz político evidente que exigió el análisis y un posicionamiento explícito de parte de las revistas que, aun expresando contenidos apoloéticos, también ofrecieron una mirada de moderada crítica sobre aquellos temas que consideraban pendientes de resolución.

13 30 de junio.

14 30 de junio.

## La guerra de Malvinas: entre el exitismo y la medida

### 1. Malvinas: una guerra prometidora

Hacia inicios de 1982, el Gobierno militar argentino atravesaba una enorme crisis de legitimidad que se verificaba tanto en la oposición abierta de los sectores sociales perjudicados por sus políticas, como en la desconfianza de aquellos que lo habían apoyado abiertamente al tomar el poder en marzo de 1976. En este contexto, la ocupación de las Islas Malvinas, ocurrida el 2 de abril de 1982, tuvo para el régimen el objetivo de revivificar su capital político al alinear a los diversos sectores políticos y sociales detrás de la “unidad nacional” (Guber, 2001; Lorenz, 2009, 2014; Novaro y Palermo, 2003). La sociedad recibió con júbilo y triunfalismo la acción, y a lo largo del conflicto fue en general crédula de las informaciones oficiales que tergiversaron los hechos para mostrar una situación bélica auspiciosa que, como posteriormente se supo, distaba de la realidad.

Para llevar adelante la recuperación del archipiélago, los militares dieron por sentado que Estados Unidos se mantendría prescindente y que Gran Bretaña no dispondría de los medios para repeler la acción, de allí que la recuperación militar se pensara como un golpe con efectos diplomáticos que obligaría a Gran Bretaña a negociar. La guerra no era una posibilidad contemplada y por lo tanto no se había planificado (Lorenz, 2009, pp. 37, 44). Sin embargo, luego de un frustrado intento de negociación encabezado por Estados Unidos, este país hizo público su apoyo a Gran Bretaña y el 1 de mayo se iniciaron los ataques a las Islas que culminaron con la derrota argentina el 14 de junio de 1982. El particular escenario diplomático llevó a la dictadura argentina a una posición inesperada al tener que buscar el apoyo de los países del Tercer Mundo, muchos de ellos identificados con posiciones de izquierda que estaban en las antípodas de un régimen que había montado en el plano interno una “guerra sucia” contra la “subversión” para defender valores “occidentales” y “cristianos”.

## 2. Tres miradas sobre Malvinas

La intención de este apartado es analizar comparativamente las posturas editoriales de las revistas *Extra*, *Redacción* y *Somos* entre la recuperación del 2 de abril y la capitulación argentina. Nuestro interés fue observar de qué manera las revistas interpretaron los efectos internos que el conflicto tenía para la dictadura y cómo repercutió en ese escenario el reposicionamiento internacional de la Argentina como fruto del conflicto.

### 2.1. *Extra*: un enfoque analítico

Para *Extra* un viejo anhelo nacional se había cumplido el 2 de abril con la recuperación de Malvinas: consolidar la integridad territorial desterrando el colonialismo. El apoyo a la acción de las Fuerzas Armadas, y el triunfalismo que se vivió por esos primeros días de abril en la opinión pública, no obturó una mirada analítica de parte de *Extra* en torno a las repercusiones que la decisión tenía en el ámbito de la política interna. Muy tempranamente la revista avizoró que la dictadura tenía una nueva oportunidad política con la “recuperación”, pero alertó que este resurgimiento no debía aprovecharse para alargar la estadía militar en el poder, sino para establecer, desde una posición de mayor fortaleza, las condiciones para una entrega consensuada del poder a los civiles (Extra, 1982, p. 3)<sup>15</sup>. Por lo tanto, si bien la recuperación fue fuertemente reivindicada, y se reconocía la capacidad de revivificación que podría tener para la dictadura, ello no volcó a la revista a una sobrevaloración del actor militar para resolver los problemas institucionales a corto plazo. “Soberanía y Constitución” eran las claves del momento y el triunfalismo reinante no debía hacer olvidar ese horizonte.

Una vez iniciado el conflicto, la búsqueda de apoyos en los No Aliados alborotó a los liberales argentinos, que debieron adecuar sus reflexiones ante un hecho impensado poco tiempo atrás. Ante la eventualidad de un acercamiento con el bloque soviético, el director Neustadt lo justificó por razones pragmáticas: “¿En virtud de qué principios debemos desechar una ayuda, cualquiera sea su origen? ¿Quién defenderá nuestras convicciones —quizás más occidentales que muchas de las que se declaman— cuando se nos acabe la última munición?” (Neustadt, 1982,

---

<sup>15</sup> Abril.

p. 3)<sup>16</sup>. Igualmente acusó recibo de la incomodidad que generaba la nueva alquimia diplomática y advirtió que había que manejar con cuidado “esas ambivalencias” que llevaban de renegar del Tercer Mundo a terminar abrazados con la Cuba de Fidel Castro. Una preocupación que, como veremos, compartía con la revista *Somos*.

La rendición del 14 de junio abrió el paso a una realidad que *Extra* calificó de “exasperante y exasperada”<sup>17</sup>. A los responsables de lo ocurrido en Malvinas les dirigía un juicio severo: había que “juzgar” a los que habían equivocado el camino, a los que de la esperanza habían llevado a la desesperanza (Neustadt, 1982, p. 3)<sup>18</sup>. Lo único claro ante la derrota era que el camino a seguir finalizaba en la República, aunque aclaraba que la democracia había que incorporarla “de a poco”, primero con la elección de intendentes y legisladores, inclusive con un presidente militar que durante 1983 podía convivir con un Parlamento elegido. En definitiva, *Extra* entendió, como la mayoría de los analistas, que la derrota en Malvinas era el punto de no retorno para un proceso político al que sólo le bastaba organizar su forma de disolución.

## 2.2. Redacción: del triunfalismo a la desazón

*Redacción* anticipó la salida de su número de abril ante el desembarco de las tropas argentinas en las islas, al que calificó de modo exaltado como “un estallido patriótico” que había sacudido al mundo entero (Los directores, 1982, p. 3). En efecto, la apelación al nacionalismo fue el dispositivo principal de interpelación al lector y la hipérbole se constituyó en la modalidad narrativa dominante de la revista. ¡La portada de ese número reafirmaba este posicionamiento desde el “No pasarán! [*sic*]” y la imagen de soldados levantando un mástil con la bandera argentina (Imagen 8). En sintonía, el titular de la nota de tapa apelaba al nosotros inclusivo cuando informaba “Cómo reconquistamos las Malvinas” y la casi totalidad de la edición tocaba el tema Malvinas desde diferentes

16 Junio.

17 El presidente, general Leopoldo Galtieri, se vio obligado a renunciar el 17 de junio acosado por la situación política posderrota. El 1 de julio el general Reynaldo Bignone asumió como nuevo presidente de la Nación, con la única meta de institucionalizar el país. Por diferencias con el Ejército sobre cómo organizar la posderrota, la Fuerza Aérea y la Armada se desvincularon transitoriamente del “Proceso”, por lo que el Ejército quedó sólo en la conducción gubernamental en la inmediata posguerra (la Junta militar tripartita se reconstituiría recién en septiembre de 1982).

18 Julio.

aristas, reproduciendo el “síndrome de malvinización de la información” que Escudero (1996, p. 70) describió con minuciosidad para el caso de las revistas semanales argentinas. La evaluación del director sobre la acción era bastante optimista, en base a lo que se consideraba como un decadente colonialismo inglés (“el viejo león inglés ruge, pero no asusta a nadie”), la presencia de la fuerza militar argentina apostada en Malvinas, el apoyo diplomático de los países latinoamericanos y de los pueblos en general (Gambini, 1982, p. 6)<sup>19</sup>.

Imágenes 8 y 9



Fuente: *Redacción*: emoción patriótica y voluntarismo nacionalista (abril y mayo de 1982).

La edición de mayo continuó con esta tónica y abrió su tapa con un abierto triunfalismo: “La Royal Navy se hunde; [*sic*]”, anunciaba en términos grandilocuentes (Imagen 9). El ataque a tres unidades de la flota naval inglesa ponía de relieve para la revista la eficacia de la aviación argentina y la “sorprendente ineficiencia profesional y técnica” de la flota

<sup>19</sup> Abril.

inglesa que se estaba “hundiendo lentamente en el océano” (Redacción, 1982, p. 10)<sup>20</sup>. El editorial del director Gambini reforzaba estos sentidos al recalcar el errado diagnóstico de todos los países que habían menospreciado la acción argentina y ahora habían protagonizado un “estampido histórico” por su cambio de posición y debían tomar en serio al país. Su análisis se orientaba hacia una mirada voluntarista y nacionalista con la que el éxito parecía asegurado: la Argentina contaba con “material bélico de primerísima calidad, excelente nivel técnico y profesional, y una voluntad moral inquebrantable. Si a ello se le suma la ventaja de tener la razón histórica de su lado [...], no hay dudas de que su victoria es inevitable” (Gambini, 1982, p. 9)<sup>21</sup>.

Oficializada la derrota el 14 de junio, Gambini confesaba hasta qué punto había confiado en sus fuentes militares y había creído en una resolución victoriosa del conflicto. En su editorial se excusaba al mencionar cómo se habían ido adecuando las versiones militares *off the record* ante la avanzada británica para mostrar aspectos positivos para el país, pero aún con la existencia de esas “readecuaciones” una pronta capitulación aparecía como improbable en el marco del optimismo que había mostrado la revista. La posición de Gambini mostraba un elemento que se irá consolidando en los meses posteriores en la opinión pública: que las Fuerzas Armadas habían engañado al pueblo argentino en relación al manejo informativo sobre lo ocurrido en Malvinas. Pero también ponía en evidencia hasta qué punto la mediación periodística indispensable para el tratamiento noticioso había quedado al menos suspendida en el caso de *Redacción* y se les había otorgado crédito a las informaciones oficiales favorables a la posición argentina. Finalmente, en relación al futuro la revista retomó su prédica editorial que la había caracterizado y exigió una pronta transición hacia la democracia (Redacción, 1982, suplemento especial)<sup>22</sup>.

### 2.3. Somos y una guerra incómoda

El mismo día que las Fuerzas Armadas desembarcaron en las Malvinas (el desembarco fue a la madrugada), el semanario *Somos* publicó su edición semanal y desde su tapa se preguntó: “¿Las Malvinas valen una

20 Mayo.

21 Mayo.

22 Junio.

guerra?” (Imagen 10; *Somos*, 1982). El dispositivo de interpelación utilizado, bajo modalidad interrogativa e impersonal, ponía de relieve sus dudas ante la eventualidad de un enfrentamiento bélico por los cruces diplomáticos que venían creciendo con Inglaterra desde mediados de marzo<sup>23</sup>. Pero la recuperación ocurrida ese mismo día volvía desactualizado el interrogante y exponía a la revista a una posición incómoda, al dejar una estela de duda sobre la orientación que, finalmente, estaba tomando el entredicho. La inquietud que esgrimía la revista en su tapa y posterior nota central se basaba puntualmente en la preocupación por la cuestión económica: ¿estaban las arcas estatales argentinas preparadas para un gasto bélico semejante? (Serra y Palazzo, 1982, p. 8)<sup>24</sup>.

Imagen 10



Fuente: *Somos* y las Malvinas: un conflicto incómodo (2 de abril de 1982).

23 Desde la segunda quincena de marzo, el conflicto austral se había instalado en la opinión pública argentina por un incidente en las islas Georgias del Sur, luego que unos operarios civiles argentinos izaran allí una bandera nacional, acción que generará un cruce diplomático entre Argentina y Gran Bretaña que irá *in crescendo* en los días posteriores.

24 2 de abril.

En el primer editorial publicado tras la ocupación la revista amplió el fundamento de sus dudas y se alejó de la emoción patriótica del momento. Si bien reconocía que el ejercicio efectivo de la soberanía era “un hecho trascendente que nos llena de satisfacción”, advertía que había que estar a la altura de la “responsabilidad asumida” y no meramente “llenarse de euforia y júbilo”. Eso quería decir que había que tener un comportamiento político de “calidad”, lo que en el terreno práctico suponía afianzar el país “en la senda democrática, republicana”, en la senda de la “justicia y el derecho” y “terminar con la tremenda fragilidad de nuestra moneda” (preocupación afín a su mirada liberal). Si ese era el norte, Malvinas sería un “hito maravilloso”, si sólo la Argentina se quedaba en “poner pie y nada más”, todo sería un “sacrificio en vano”. Tras el masivo apoyo que Galtieri parecía haber obtenido cuando salió al balcón de la Casa Rosada por segunda vez<sup>25</sup> ante una multitud reunida en la Plaza de Mayo el 10 de abril —y la verba inflamada que blandió ese día<sup>26</sup>—, *Somos* acentuó su demanda de mesura y pidió mantener en su dosis justa “el corazón caliente y la mente fría” para evitar las “tentaciones demagógicas”. En una implícita mención al peronismo y un dejo de crítica hacia Galtieri, advertía que todavía estaban “muy frescas ciertas experiencias políticas ocurridas en el país” y no había que dejarse llevar por los “hechizos de balcón” que desviaban del camino hacia la República (*Somos*, 1982, p. 21)<sup>27</sup>. De manera que la revista construía una mirada sobre el conflicto signada por la desconfianza, ya que desde su perspectiva liberal y antipopulista tanto el patriotismo irracional e inflamado que podía tentar al desvío demagógico como el eventual desmanejo de las variables económicas ponían en riesgo el objetivo republicano.

En relación al giro que dieron los acontecimientos una vez que Estados Unidos apoyó a Gran Bretaña, *Somos* se expresó severamente contra la determinación estadounidense e hizo saber su profunda desazón frente a esa decisión que consideró “agresiva” y “errónea” (*Somos*, 1982, p.

25 La primera había sido el día de la recuperación, el 2 de abril, ante una Plaza de Mayo desbordada de personas exultantes.

26 Ese día el secretario de Estado estadounidense Alexander Haig se había reunido con el gobierno argentino en el marco de su mediación. Paralelamente, el gobierno había convocado a la población a la Plaza de Mayo para demostrar el apoyo popular con el que contaba su acción militar. Luego de la reunión el presidente Galtieri salió al balcón de la casa de gobierno y frente a la multitud enfervorizada pronunció la recordada frase “Si quieren venir que vengan; les presentaremos batalla”.

27 16 de abril.

21)<sup>28</sup>. Si bien confesaba sentirse “traicionado” por “nuestro mundo”, alertaba que sería “suicida” apoyarse en los países de orientación comunista. En la evaluación posterior a la derrota, *Somos* fue crítica del estilo personalista y demagógico de Galtieri y, al igual que sus colegas, entendió que ahora se abría otra “batalla” aún más importante para el país: la “batalla por la democracia”<sup>29</sup>.

Imagen 11



Fuente: *Somos* y la derrota: “No perdamos el país” (18 de junio de 1982).

## Conclusiones

En el análisis comparativo de las tres revistas hemos observado sus posicionamientos ante diversos acontecimientos clave de la época, destacando distancias y matices entre ellas. Sobre la política económica, *Somos* y *Extra* fueron las más enfáticas en su apoyo a la orientación liberal del ministro Martínez de Hoz, mientras que *Redacción* observó con mayor distancia su accionar en el cargo. En relación a la “lucha antisubversiva” y los derechos humanos, *Somos* fue sin duda la más ferviente defensora

<sup>28</sup> 7 de mayo.

<sup>29</sup> El titular de tapa de la edición recuperaba de alguna manera este sentir: “Perdimos la batalla. No perdamos el país” (*Somos*, 1982; Imagen 11). De la retórica interrogativa de la tapa del 2 de abril —que predominó en varias de las portadas de la revista durante la contienda—, *Somos* adoptaba un tono asertivo e imperativo ante la contundencia de la derrota.

del Gobierno militar. *Extra* reconoció el accionar de las Fuerzas Armadas y se abroqueló en defensa de los militares antes las denuncias externas, pero hizo saber su “preocupación” por lo que consideró como “excesos” represivos —eufemismo caro a la época— y articuló el tema represivo con la cuestión de la división interna en las fuerzas militares entre “moderados” y “duros”. *Redacción* no puso énfasis editorial en esta cuestión, aunque durante el Mundial 78, al igual que sus colegas, sostuvo que el evento contradecía las versiones de la “campaña antiargentina”. El Mundial 78 fue un momento claramente “político” para las tres revistas analizadas, que también aprovecharon las circunstancias para hacer saber sus incertidumbres sobre cómo se canalizarían los elementos “positivos” del evento para el futuro institucional del país.

Un punto en común de las revistas aquí analizadas fue la aceptación de la legitimidad de las Fuerzas Armadas en el ejercicio del gobierno y en su rol para definir el futuro institucional del país. Las diferencias aparecieron, en todo caso, en torno a los tiempos en que debían concretarse esas definiciones, siendo *Redacción* la más enfática en su preocupación para que el gobierno abriera el juego político a los civiles. Otro elemento común entre estas tres publicaciones fue que la existencia de divisiones internas en las Fuerzas Armadas operó como un elemento de análisis que ordenó de alguna manera las evaluaciones políticas en los primeros años dictatoriales. Sus opiniones en torno a la “propuesta política”, la orientación de la política económica o la profundidad de la “lucha anti-subversiva” se realizaron bajo el conocimiento de la influencia que tenían estas divergencias internas, que no siempre eran mencionadas explícitamente por la sensibilidad del tema para el poder dictatorial.

Durante el conflicto por Malvinas observamos un punto convergente en el reconocimiento de la acción de recuperación, pero tanto en *Extra* como en *Somos* primaron posiciones más analíticas que pusieron distancia con el nacionalismo territorialista que estimuló el gobierno, y del que *Redacción* se hizo claro eco.

Como conclusión general de este trabajo podemos aseverar que pese al nivel extremo de represión y disciplinamiento de los primeros años dictatoriales, observamos que las revistas de orientación política aquí estudiadas proporcionaron un espacio reducido y condicionado, pero crecientemente dinámico a medida que descendía la maquinaria represiva, para opinar sobre “lo político”, lo cual nos interroga no sólo sobre lo que la dictadura silenció o censuró, sino también sobre lo que efectivamente pudo ser dicho en estos años.

## Referencias

- Blaustein, E. y Zubietta, M. (1998). *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Colihue.
- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Gili.
- Borrelli, M. (2021a). ¿Hacia la “democracia prometida”? Redacción y la cuestión política durante los años de Videla (1976-1981). En M. Borrelli (Dir.), *Las revistas políticas argentinas. Desde el peronismo a la dictadura (1973-1983)* (pp. 177-195). Prometeo.
- Borrelli, M. (Dir.). (2021b). *Las revistas políticas argentinas. Desde el peronismo a la dictadura (1973-1983)*. Prometeo.
- Borrelli, M. e Iturralde, M. (6 al 9 de septiembre de 2016). *La revista Extra y la “convergencia cívico-militar” durante los primeros años de la dictadura (1976-1978)*. XVIII Congreso REDCOM, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
- Borrelli, M. y Gago, M. P. (2021). “Prepararse para un nuevo ciclo histórico”: *Somos* durante los primeros años de la dictadura militar (1976-1978). En M. Borrelli (Dir.), *Las revistas políticas argentinas. Desde el peronismo a la dictadura (1973-1983)* (pp. 141-157). Prometeo.
- Borrelli, M. y Oszust L. (2021). El Mundial 78 en la prensa política argentina: entre la “fiesta”, el nacionalismo y los derechos humanos. En M. Borrelli (Dir.), *Las revistas políticas argentinas. Desde el peronismo a la dictadura (1973-1983)* (pp. 159-175). Prometeo.
- Borrelli, M. y Saborido, J. (2021). “Se acabó la pesadilla”. Redacción ante el final del gobierno de Isabel Perón y el golpe de 1976. En M. Borrelli (Dir.), *Las revistas políticas argentinas. Desde el peronismo a la dictadura (1973-1983)* (pp. 99-118). Prometeo.
- Bronté, A. (junio de 1978). El mundial... (campeones o no). *Extra*, 26.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Prometeo.
- Díaz, C. L. (2002). *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. La Crujía.
- Escudero, L. (1996). *Malvinas. El gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Gedisa.
- Extra* (mayo de 1977). Diálogo: ¿con quién? Para que ‘haya cría’ hay que casarse. *Extra*, 7.
- Extra* (1982, abril [ajustar]). La segunda reconquista. *Extra*, 3.
- Fernández Díaz, J. (2018). *El hombre que se inventó a sí mismo*. Planeta.
- Franco, M. (2002). La “campana antiargentina”: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso. En J. Casali de Babot y M. V. Grillo. (Eds.), *Derecha, fascismo y antifascismo en Europa y Argentina* (pp. 195-225). Universidad Nacional de Tucumán.

- Gago, M. P. (10 al 13 de agosto de 2011). *La información policial en la prensa de orientación política durante la última dictadura militar (1976-1983): el caso de la Revista Somos*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos De Historia, San Fernando del Valle de Catamarca, Argentina.
- Gambini, H. (enero de 1977). Las perspectivas. *Redacción*, 5.
- Gambini, H. (junio de 1978). El éxito del mundial. *Redacción*, 13.
- Gambini, H. (julio de 1979). La euforia popular. *Redacción*, 13.
- Gambini, H. (abril de 1982). ¡No pasarán! *Redacción*, 6.
- Gambini, H. (mayo de 1982). El estampido histórico. *Redacción*, 9.
- Gilbert, A. y Vitagliano, M. (1998). *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*. Norma.
- González, M. (16 al 18 de septiembre de 2010). *De la "Argentina impotente" a la "democracia eficiente". Extra frente al golpe de Estado de 1976*. XIV Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Quilmes-Provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Fondo de Cultura Económica.
- Iturralde, M. y Borrelli, M. (2014). Desde la "zona de confianza" de la dictadura: la revista Extra y la "lucha antisubversiva" (1976-1978). *Intersecciones en Comunicación*, 1(8), 119-136. <http://ojsintcom.unicen.edu.ar/index.php/ojs/article/view/67>
- Korembli, J. (junio de 1978). Después del mundial. *Redacción*, 18.
- Neustadt, B. (septiembre de 1976). ¡Piedra Libre!. *Extra*, 7.
- Neustadt, B. (junio de 1978). Las divisiones inferiores. *Extra*, 6.
- Neustadt, B. (noviembre de 1978). ¿El estilo?... ¿El esquema? *Extra*, 14-15.
- Neustadt, B. (junio de 1982). El color de los principios. *Extra*, 3.
- Neustadt, B. (julio de 1982). La Argentina Hablada. *Extra*, 3.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La Dictadura Militar 1976/1983*. Paidós.
- Landívar, G. (9 de junio de 1978). Los réditos políticos del Mundial. *Somos*, 17.
- Llonto, P. (2005). *La vergüenza de todos (el dedo en la llaga del Mundial 78)*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra argentina*. Sudamericana.
- Lorenz, F. (2014). *Todo lo que necesitas saber sobre Malvinas*. Paidós.
- Los directores. (abril de 1982). Redacción se anticipó. *Redacción*, 3.
- Price, V. (1994). *La opinión pública*. Paidós.
- Redacción. (mayo de 1982). La *Royal Navy* se hunde. *Redacción*, 10.
- Redacción. (junio de 1982). Cómo será la salida. Las primeras propuestas de una transición hacia la democracia argentina: opinan Alfonsín y Yofre. *Redacción*, suplemento especial.
- Risler, J. (2018). *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981*. Tinta Limón.

- Saborido, J. y Borrelli, M. (Coords.). (2011). *Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Eudeba.
- Schindel, E. (2012). *La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura (1975-1978)*. Eduvim.
- Schvarzer, J. (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Hyspamérica.
- Serra, A. y Palazzo, P. (2 de abril de 1982). ¿Las Malvinas valen una guerra?. *Somos*, 8.
- Somos. (10 de junio de 1977). Perfiles del subversivo. *Somos*, 12.
- Somos. (14 de abril de 1978). Complot contra la Argentina. *Somos*, 8-12.
- Somos. (30 de junio de 1978). “Un país que cambió”. *Somos*, pp. 8-16.
- Somos. (2 de abril de 1982). ¿Las Malvinas valen una guerra?. *Somos*, tapa.
- Somos. (16 de abril de 1982). Entre usted y yo. *Somos*, 21.
- Somos. (7 de mayo de 1982). Entre usted y yo. *Somos*, 21
- Somos. (18 de junio de 1982). Perdimos la batalla. No perdamos el país. *Somos*, tapa.
- Vitale, A. (2015). *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1930-1976)*. Eudeba.
- Yannuzzi, M. de los A. (1996). *Política y dictadura*. Fundación Ross.

# La memoria del periodismo chileno durante la unidad popular y sus efectos en el Chile posdictatorial

Antoine Faure

## El periodismo chileno y su pasado<sup>1</sup>

Este texto pretende analizar al periodismo profesional chileno a través del prisma de su memoria. No se trata de cuestionar los usos que realizaron los y las periodistas del pasado y su contribución a la memoria mediática como se ha hecho en Chile (Jara, 2016; Ros, 2012) o en otros lugares (Palacios, 2010; Volkmer, 2006; Zelizer, 2016). Tampoco se trata de sondear cómo la memoria social enmarca la producción de información (Tagle y Solà, 2017; Zandberg, 2010; Zelizer, 2008). Se interroga más bien la forma en que la (re)construcción de la comunidad profesional a través de un trabajo de memoria impone, en la historia reciente, condiciones al ejercicio de la profesión y su identidad. Desde esta perspectiva, proponemos que durante los períodos de liberalización del régimen autoritario (1982-1989) y de transición democrática (1990-2010), esta labor memorial de la comunidad periodística produjo un mandato: prohibir la politización para no reproducir los errores del pasado que contribuyeron a crear las condiciones para el golpe de 1973. En otras palabras, buscamos indagar en la duración de la experiencia periodística de la Unidad Popular en los comportamientos profesionales prescritos por la comunidad periodística chilena que se impuso hasta el 2011. Esta fecha remite a una nueva fase en la politización de la sociedad chilena, con los movimientos estudiantiles en favor de una educación pública, gratuita, laica y de calidad. Pareciera que el ejercicio del periodismo también se repolitizaría a partir de este momento. Además, corresponde al cierre de nuestro trabajo de historia oral.

---

1 Agradezco los consejos y revisiones de Argelia Villegas Silva y de las dos editoras, Carla Rivera Aravena y Patricia Calvo González. Este texto también se nutrió de los comentarios de Carolina Aguilera durante el coloquio “Memorias en conflicto” (COES, 31 de agosto de 2018).

Siguiendo los caminos abiertos por los estudios de memoria (Halbwachs, 2004 [1950]), sostenemos que, en esta disputa por la experiencia pasada de la comunidad profesional, está en juego el modo en que los y las periodistas se piensan a sí mismos a la luz de las lecciones del pasado que seleccionan y el modo en que las transforman en relato. Este trabajo de memoria ayuda a construir la identidad de la comunidad profesional a partir de su experiencia durante la Unidad Popular, independientemente de la heterogeneidad de los caminos que recorre (material o inmaterial) y de la diversidad de sus modos de expresión (recuerdos, huellas y artefactos; comunicación oral, rituales o medios de comunicación).

Abordar el periodismo a través de su memoria permite adentrarse en el problema de su profesionalización, con un tono particular en Latinoamérica debido a “la carga simbólica y cultural de la palabra” en la región (Mellado, 2009, p. 5). La profesión incluye instancias de representación corporativista y formación universitaria desde la década del 50 (Mellado y Castillo, 2012). Reguló sus fronteras de manera autónoma antes del golpe de 1973 a través de, por una parte, Colegio de Periodistas (1956 a la fecha), institución gremial que diseñó mecanismos como la asignación de una tarjeta de periodista o tribunales de ética y, por otra parte, un *habitus* en el sentido de Bourdieu<sup>2</sup>, que fundamenta y legitima rutinas periodísticas (Salinas y Stange, 2015)<sup>3</sup>. Aun así, la problemática de un campo periodístico autónomo sigue sin resolverse mientras permanezca subordinada a los macrocampos políticos y económicos, situación que no es particularidad de Chile, sino que también afecta a otros países como Francia y Estados Unidos (Benson y Neveu, 2009). Incluso, el problema de la profesionalización está desplazado por el enfoque dinámico de una serie de trabajos que proponen una entrada a través de la performatividad de los roles periodísticos más que a través de las normas diferenciadas de una comunidad profesional (Mellado, 2020)<sup>4</sup>. Sin embargo, el

2 El sociólogo francés lo define como reglas que actúan como disposiciones que orientan la actividad, sin ser productos de obediencia (Bourdieu, 1996, p. 109).

3 Los autores definen estas rutinas como un “repertorio de hábitos naturalizados, repetitivos, impersonales, cuyo propósito es llevar adelante un proceso continuo, simultáneo e indetenible de producción de informaciones. Se trata de un proceso ajustado regularmente a un conjunto de criterios y decisiones también naturalizadas, vueltas sentido común, que demandan del periodista un compromiso activo en la realización de las tareas rutinarias y un sometimiento total a las reglas de producción” (Salinas y Stange, 2015, p. 131).

4 Se trata de “los propósitos de la profesión que los periodistas conciben como más importantes a nivel individual, donde el locus de la evaluación de roles no está necesariamente relacionado con el consenso social” (Mellado et al., 2017, p. 6). Claudia Mellado define 6 roles y mide el desempeño periodístico en relación con estos roles: el rol intervencionista, perro guardián, facilitador leal, cívico, infoentrenamiento, servicio.

trabajo de memoria chileno muestra que existe una larga experiencia de construcción de la comunidad profesional a partir de un relato sobre su propio pasado, una representación histórica que construye la identidad de este oficio que aspira a convertirse en una profesión autónoma. Este relato toma primero los contornos republicanos de una “memoria histórica”<sup>5</sup> de la profesión y sus figuras tutelares. El teatro del Colegio de Periodistas lleva el nombre de Camilo Henríquez, editor del pasquín reconocido como el primer periódico impreso en el país, *La Aurora* (1812). El columnista y ensayista Francisco Bilbao da nombre a una céntrica vía de la ciudad de Santiago de Chile. La Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile cuenta con una estatua de Juan Emilio Pacull, fundador del Colegio de Periodistas, la principal entidad corporativa del país. Así mismo, el premio nacional de periodismo creado por la Ley 11479 de 1953 y que se otorga semestralmente desde la Ley 17595 de 1972, reconoce a las grandes figuras que forman parte de los referentes de las siguientes generaciones. Este es también el caso del premio Lenka Fránulic, destacada periodista que recibe el Premio Nacional en 1957, que es otorgado desde 1963 a las periodistas que se distinguen por su trayectoria profesional. La lógica de la conmemoración remite también a actos internacionales como, por ejemplo, el Día del Periodista que se celebra el 8 de septiembre de cada año, lo que sugiere el interés de la cuestión incluso más allá del caso chileno.

No obstante, este trabajo de memoria entra en tensión al movilizar períodos más recientes, cuando periodistas lo llevan a su propio pasado. La memoria vivida y auténtica, que se transmite esencialmente a través de los recuerdos y las huellas de la experiencia más que por los artefactos (aunque estos puedan utilizarse), es objeto de una disputa más abierta que la memoria histórica. En Chile, el conflicto memorial de la comunidad periodística se libra en torno a dos períodos de la historia reciente: la Unidad Popular bajo el presidente Allende (1970-1973), y el régimen autoritario de la junta militar liderada por el general Augusto Pinochet (1973-1990). Los relatos memoriales trabajan sobre el golpe de Estado y lo que Eyerman (2004) llama “la experiencia de la interrupción histórica”. Estos plantean la cuestión del rol de los y las periodistas y del periodismo antes y después del 11 de septiembre de 1973, así como las condiciones de su ejercicio en un proyecto democrático, es decir, que garantice las condiciones de pluralismo.

5 En el sentido de una memoria a largo plazo, transmitida de generación en generación, y que se ancla en artefactos físicos, toma formas institucionales y juega con los límites históricos.

Así, la memoria de la comunidad periodística chilena es objeto de luchas, como lo muestran las autobiografías (Baltra, 2012; Cárdenas, 2005) o las obras más generales (Carmona, 1996; Santibáñez, 1989) que entregan los recuerdos del quehacer durante los dos períodos. Al igual que los actos de conmemoración y los homenajes a los detenidos desaparecidos, estos relatos individuales y colectivos indagan las responsabilidades periodísticas en la crisis política durante el gobierno Allende, luego las repercusiones vividas por la comunidad y sus miembros bajo Pinochet<sup>6</sup>. Si bien los conflictos de memoria de esta sociedad son ampliamente estudiados (entre muchas referencias, ver particularmente Jelin, 2002; Stern, 2004), “el” periodismo nunca ha sido estudiado a la luz de este problema. Proponemos entonces contribuir a la problematización de la memoria que los y las periodistas tienen de su profesión, y cómo entra en acción en la regulación de esta comunidad en el presente. De esta manera, indagamos la forma en que esta comunidad periodística reconoce y valora su pasado reciente, a través de la memoria vivida que trabaja en el corazón del Chile posdictatorial.

### **Estudiar la memoria para entender el periodismo**

Cuestionar el periodismo desde su memoria es una manera de observar la forma en que se construye la identidad de este oficio en construcción. En efecto, el trabajo de memoria asegura la continuidad histórica, una moral social compartida y da cohesión a una comunidad (Misztal, 2003). También es objeto de un trabajo de selección y reapropiación intergeneracional (Ros, 2012). Así, concebimos aquí la memoria de una forma relativamente clásica, como un agente de representación, lo que pone de relieve la forma en que se disputan la identidad de un colectivo, los valores y las normas que incluye y excluye, a partir de una reconstrucción del pasado.

El interés de este enfoque radica en la relación normativa y mitológica que establece el periodismo con el régimen democrático y cómo este se reformula en la memoria profesional de los y las periodistas a lo largo del tiempo. Así, el mito liberal del periodismo construye la actividad profesional como una mediación sin la cual la democracia no operaría (Hantitzsch, 2007; Le Bohec, 2000; Mellado y Humanes, 2012). Pareciera

6 Veintitrés periodistas fueron asesinados durante los 17 años de dictadura. Entre los más conocidos, Augusto Carmona, José Carrasco Tapia, Augusto Olivares o José Tohá (estos dos últimos, ocupando cargos políticos durante la Unidad Popular).

que esta relación se juega en la contribución a la memoria social que hace la comunidad profesional. Lang y Lang (1996, p. 126) han demostrado que la selección y jerarquización de “lo que es de dominio público” ayuda a distribuir qué parte del pasado y qué tipo de futuro están en juego en el presente. Barbie Zelizer (2008) también remarca que el cuestionamiento periodístico del pasado suele realizarse de parte de periodistas o salas de redacciones que han sido partícipes de ese pasado, expresando una memoria vivida.

Carlson (2006) establece, por su parte, un vínculo narrativo crucial entre el profesionalismo periodístico y la memoria colectiva, al resaltar el protagonismo de los y las periodistas a través del reportaje memorial. La función democrática se reformula en la memoria de la comunidad periodística y sus transformaciones en el tiempo. Así, define en parte las posibilidades e imposibilidades de la profesión al proponer un relato sobre su labor de mediación democrática en el pasado.

En este sentido, cuestionar la memoria del periodismo ayuda a identificar las normas y los dispositivos simbólicos que regulan, en esta disputa por la memoria y el olvido, el ejercicio de la profesión y su función democrática. Para rastrear sus mecanismos y dispositivos, examinamos aquí los relatos y huellas brindadas por periodistas chilenos de su experiencia profesional durante la Unidad Popular (1970-1973), así como los estudios sobre la historia reciente del periodismo en este país (1953-2011). Los mandatos de la memoria periodística se ubican efectivamente entre los discursos y las prácticas que constriñen el ejercicio de la profesión fabricando una identidad profesional, que enmarca la construcción de una comunidad.

### **La memoria, entre testimonios escritos e historia oral**

¿Cuál es el discurso memorial de los y las periodistas chilenos sobre el ejercicio de la profesión durante la Unidad Popular? Y, ¿qué dice de la proyección de la profesión después de 1990? Para rastrear los efectos de esta memoria sobre las normas y valores del periodismo chileno posterior a la primera elección presidencial desde 1973, utilizamos tres métodos. Hemos identificado y analizado los enunciados que difunden un relato de la comunidad profesional de periodistas en Chile, tanto en archivos corporativos (archivos del Colegio de Periodistas de Chile) como literarios (autobiografías y libros publicados por profesionales). También

hemos recogido una historia oral sobre la experiencia periodística, a través de entrevistas semiestructuradas realizadas entre 2007 y 2011, a 26 periodistas que ejercieron su profesión entre 1970 y 1973 en diferentes medios. Este procedimiento permitió alimentar el análisis de la memoria periodística de testimonios solicitados a fines de la década del 2000, provenientes de distintos medios (TV, radio, prensa, etc.) con líneas editoriales radicalmente diferentes (pro y anti-Allende, dicho de manera rápida). Finalmente, comparamos esta memoria con fuentes secundarias, para comprender mejor su resonancia durante el período de transición democrática, y demostrar que esta memoria se hegemoniza y tiene efectos en las políticas de comunicación, las formaciones universitarias, las prácticas y comportamientos periodísticos. Así, hemos examinado los textos de historia que abordan el periodismo chileno durante la Unidad Popular y también una serie de entrevistas sobre este tema, realizadas a periodistas y accesibles en publicaciones heterogéneas; y hemos completado este trabajo tomando en cuenta diversas declaraciones que tratan sobre las condiciones y estándares del ejercicio del periodismo entre 1990 y 2011, sin hacer del cambio de siglo un quiebre al mirar más bien las continuidades de esta memoria y sus efectos. Probablemente habría que tomar en cuenta la reformulación de esta memoria en los pasos de la digitalización de las sociedades, cuestión que no logramos abordar en este texto.

Estos tres pasos han permitido resaltar un relato memorial cuya repetición en el seno de testimonios, experiencias y archivos, define de nuevo las raíces de la comunidad periodística chilena y prescribe la “buena práctica” del periodismo en el Chile posdictatorial. De manera empírica, observamos una memoria del ejercicio del periodismo durante la Unidad Popular que atribuye un rol a los y las periodistas en la instalación de las condiciones del golpe de 1973, debido a la ideologización de contenidos, la polarización de líneas editoriales y la desestabilización del régimen democrático.

Un efecto de esta memoria residiría en el autocontrol de la comunidad periodística chilena de las décadas de 1990 y 2000. El emplazamiento memorial es decisivo porque implica que, en el Chile posdictatorial, los y las periodistas deberían contribuir ante todo a garantizar la estabilidad, la que habrían sacrificado en el altar de la política durante la Unidad Popular. La actividad debe reducirse ahora a una simple transmisión de la información, siguiendo la tradición de las noticias como reflejo de la

realidad (en oposición a la corriente constructivista, cf. Miquel Alsina, 1989).

### **Memoria de una anomalía: el periodismo de trincheras durante la UP**

A lo largo de los últimos 45 años, la memoria entregada por los y las periodistas sobre el ejercicio de su profesión durante la Unidad Popular ha ganado en homogeneidad y ha construido el período 1970-1973 como una anomalía dentro de la historia del periodismo nacional. Los profesionales hacen el *mea culpa* de una actitud no objetiva que ha puesto en peligro la historia democrática en curso hasta aquel momento. Recuerdan su contribución al movimiento centrífugo del sistema político y a la radicalización del conflicto en la intervención de las Fuerzas Armadas de Chile y el golpe de Estado de 1973.

Tanto en los libros autobiográficos como en las entrevistas exploratorias, construyen esta anomalía a través del uso de la metáfora del periodismo de trincheras. La idea central, que oscila entre nostalgia y condena, es la ideologización de los medios y periodistas descrita en un vocabulario beligerante (refiriéndose en particular a una guerra o una batalla). Lo encontramos formulado en los testimonios orales que recogimos entre 2007 y 2011, de periodistas que habían ejercido su profesión durante la Unidad Popular. La fuerza de esta memoria compartida radica en que la gran mayoría inicia las entrevistas con este relato antes de que emerja una memoria divergente al momento de abordar preguntas sobre la actividad diaria (Faure, 2014). Durante estas entrevistas, la mera mención del tema de investigación —el periodismo bajo el gobierno de Allende— desencadenaba el reconocimiento de derivas ideológicas en boca de los entrevistados. Esto muestra la fuerza de esta memoria, su anclaje y su homogeneidad.

Estos relatos proceden por analogía. Equiparan el ejercicio profesional durante la UP con épocas remotas en que los diarios no separaban opinión e información y usaban un vocabulario vulgar y ofensivo. Así, la anomalía periodística de la UP radica en el retorno a las prácticas editoriales del siglo XIX, a una prensa doctrinaria que desafía los consensos construidos por el proceso de objetivación profesional (Ossandón y Santa Cruz, 1998). En las entrevistas encontramos que, durante la Unidad Popular, la subjetividad se había vuelto principalmente ideológica (y ya no periodística) en un momento en que “todo era político”. También según

estos testimonios, la batalla política se aceleró debido a la retroalimentación mediática, llevando a los profesionales a confiar y luego abandonar estándares periodísticos como la separación entre opinión e información, la selección de hechos o el anonimato de los artículos informativos. A pesar de la relatividad de esta idea (Faure, 2017), los siguientes ejemplos muestran un relato memorial que inscribe esta ficción del periodismo de trincheras en una memoria profesional.

Desde su larga trayectoria profesional y corporativa, Lidia Baltra (2012) sintetiza esta perspectiva en un libro con vocación memorial. El período de la Unidad Popular es tratado sintéticamente, en cuatro páginas, como si no hubiera discusión sobre las interpretaciones. La periodista abre su testimonio con un inventario de las fuerzas mediáticas organizado según sus tendencias políticas, antes de aseverar que el período “requirió de otras trincheras de papel para entrar en la guerra ideológica que se redobló en estos años” (Baltra, 2012, pp. 18-19). La ex-presidenta del Tribunal de Ética y Disciplina del Colegio de Periodistas (1997-2004) repasa brevemente la estrategia de ataques ideológicos del diario conservador *El Mercurio*, detallando su potencia<sup>7</sup>. Luego se hace la pregunta “¿cómo se defendió el gobierno socialista de esta artillería permanente?” (Baltra, 2012, p. 21). Y pasa a hacer un balance del aparato mediático del gobierno, antes de reiterar: “Todos estos periódicos (...) se enfrentaban a diario en una insólita lucha ideológica a través de los medios, quizás comparable a aquellos tiempos de la guerra por la independencia” (Baltra, 2012, p. 22). La comparación histórica remite a la observación de una excesiva ideologización del sistema mediático, como un período lejano en el que la política había dado paso a la guerra, y la opinión y la información aún no estaban separadas en las páginas de los diarios. Este es un buen ejemplo de cómo el pasado de mediano plazo (la historia republicana de Chile, 1812-1973) es convocada para condenar el ejercicio del periodismo durante la Unidad Popular, marcado por “enfrentamientos”, un “combate ideológico inusual”, es decir, mostrando una ruptura con las rutinas profesionales ya establecidas y enseñadas en 1970.

Encontramos un segundo ejemplo en las palabras de Abraham Santibáñez (1989), entonces director del diario estatal *La Nación*, profesor de Ética Periodística, y exreportero de la revista de periodismo interpretativo *Ercilla* durante la Unidad Popular. En vísperas del cambio de

<sup>7</sup> Cuyos archivos desclasificados de la CIA muestran en gran parte la labor de agitación y sedición, así como el apoyo del gobierno estadounidense en esta tarea.

régimen, se vertió en el *mea culpa* al atribuir ciertas responsabilidades a los medios de comunicación al momento de la preparación del golpe de Estado. En el prólogo de un estudio sobre el contenido de la prensa durante la Unidad Popular escribe:

En medio de la polarización que sirvió para justificar el golpe militar de septiembre de 1973, la prensa y los periodistas jugaron un papel sobre el cual no puede haber malentendidos. No somos nosotros quienes desencadenamos las pasiones, pero contribuimos a hacerlas incontrolables. (Santibáñez citado en Dooner, 1989, p. 13)

A pesar de las precauciones retóricas (que evitan hablar de *periodismo de trinchera*, por ejemplo), el futuro Premio Nacional de Periodismo (2015) confiesa la contribución de su comunidad profesional para crear las condiciones de justificación de la intervención militar.

Más recientemente, otro premio nacional (2005), Juan Pablo Cárdenas también constató el sometimiento de la actividad mediática al conflicto político durante la UP<sup>8</sup>. El fundador del *Diario Universitario* (1971) reflexiona sobre el desorden que esta situación ha engendrado:

Los medios de comunicación no han podido sustraerse a la lucha política que ha enfrentado dramáticamente a partidarios, opositores y enemigos del presidente Salvador Allende y su gobierno. Por el contrario, buena parte del clima social de agitación fue estimulado por los canales de televisión, los diarios y las radios que, en general, asumieron un periodismo de trinchera al dejarse manipular por los partidos políticos y por las tácticas de los diversos grupos que, de un lado como del otro, confluyeron para acentuar las tensiones, imposibilitar el diálogo y favorecer la intervención de los militares. (Cárdenas, 2005, p. 1)

Este extracto es particularmente significativo para nuestro argumento. Encontramos allí la referencia al periodismo de trinchera, estimulando un “clima social de agitación”; el diagnóstico de ideologización y militancia de los periódicos (manipulados por organizaciones políticas); todas estas características contribuyendo a la instalación de las condiciones del golpe de Estado.

8 También participó en la fundación de la revista de oposición al régimen autoritario *Análisis* (1977-1991) y actualmente es redactor jefe del matutino *Radio Análisis* de Radio Universidad de Chile, del cual es responsable del comentario editorial diario.

Este relato se puede también encontrar en el *blog* de Arturo Navarro, periodista de la Agencia de Prensa de Servicios Internacionales (APSI, 1976-1989). Este hombre de cultura, empleado de la editorial estatal Quimantú entre 1970 y 1973, afirma que la ideologización del periodismo chileno entre 1970 y 1973 en una corriente de politización heredada de la década de 1960. En un *post* publicado con motivo de la conmemoración del 40 aniversario del golpe, asevera: “Durante la década de los 60, los medios de comunicación estuvieron al servicio de la disputa ideológica que permeaba a toda la sociedad, la cual era explícita y aceptada por los involucrados” (Navarro, 2013).

En una entrevista exploratoria, Guillermo Saavedra, miembro de la redacción del tabloide *Clarín*, utiliza el mismo proceso para contextualizar los excesos ideológicos del periodismo en una determinada época:

Era como un nuevo proyecto social en el que poco a poco iba apareciendo Salvador Allende, el MIR [Movimiento de izquierda revolucionaria], el Partido Socialista y parte del Partido Comunista. A partir de ahí los periodistas empezaron a tomar sus respectivas trincheras... (Saavedra citado en Faure, 2014)

Hernán Miranda, integrante de la Oficina de Información y Radio-difusión, a partir de 1972, también afirma que se trataba de “un periodismo de pelea, o sea, de combate” (Miranda en Faure, 2014) y Manuela Gumucio lo califica de “muy polarizado” (Gumucio en Faure, 2014).

Profesor de redacción periodística de la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica de Santiago de Chile durante la UP, Guillermo Blanco enfatiza cómo las rutinas periodísticas fueron superadas por el conflicto político: “Entonces en ese momento recibí todos los periódicos (...) y me di cuenta de la división del país, porque a veces la información se reportaba con tanta diferencia que pensábamos que era otra información” (Blanco citado en Faure, 2014). Si bien no cuestiona la idea de que lo que circulaba era información (y no opiniones), relaciona la ineficacia de los valores y estándares profesionales a la hora de homogeneizar los artículos periodísticos.

Gustavo González, experiodista de *El Siglo* y profesor de periodismo de la Universidad de Chile en los años 1990 y 2000, tiene recuerdos similares de cómo las rutinas periodísticas fueron subordinadas a intenciones ideológicas durante la Unidad Popular: “Nuestra base era la pirámide invertida y el objetivo del periódico era ser la voz del Partido Comunista.

(...) El juicio de valor se introdujo en la opinión pública no como periodista sino como dirigente de la CUT o del Partido Comunista. Es periodismo de trinchera, respetando la pirámide informativa y el modelo anglosajón” (González citado en Faure, 2014). Incorpora en este extracto el trabajo ideológico en los estándares periodísticos dominantes, en este caso la selección y jerarquización de fuentes, normas que, en lo supuesto, marcan la diferencia entre información y opinión.

Se recuerdan estas trincheras al usar un vocabulario maniqueo y ofensivo utilizado por los periódicos, más precisamente a partir de mediados de 1971. Para recurrir a un sólo un ejemplo de un recuerdo muy repetido en entrevistas, Felipe Pozo, entonces estudiante de periodismo, se refiere a los medios de comunicación que circulaban durante el gobierno de Salvador Allende, enfatizando la ferocidad de su contenido: “(...) los medios en particular han sido los portadores del lenguaje de la ruptura. (...) Y los medios han sido brutales. (...) Pero fue una época en que hubo... fue una gran batalla” (Pozo citado en Faure, 2014).

Y los ejemplos del relato de una anomalía histórica del periodismo durante la UP aún se encuentran en muchísimos archivos. Pueden identificarse en extractos de entrevistas utilizadas en el artículo coescrito por el historiador Patricio Bernedo y el cientista político William Porath sobre la contribución de la prensa al quiebre de la democracia en 1973 (Bernedo y Porath, 2004, p. 124). Los documentales y reportajes televisivos sobre el tema hacen lo propio, utilizando archivos de prensa para mostrar la radicalización ideológica de la sociedad y la batalla diaria que se dio entre 1970 y 1973. En los testimonios recogidos, recortados y editados, se condena a los medios por su actitud durante la crisis revolucionaria de la Unidad Popular<sup>9</sup>. En las contadas ocasiones en que estos documentales le dedican un momento de análisis, la prensa es puesta sobre aviso por su comportamiento<sup>10</sup>.

Partiendo de figuras consagradas en el campo profesional (premios nacionales de periodismo y catedráticos de periodismo), así como de periodistas más o menos reconocidos, pero también de académicos y documentalistas, todas estas historias convergen hacia la construcción de la memoria de una anomalía histórica: la ideologización de las prácticas periodísticas y los productos mediáticos bajo el gobierno de Allende, rompiendo con las rutinas profesionales aún establecidas en la comuni-

9 Estamos pensando en Patricio Guzmán, *La Batalla de Chile* (3 tomos, 1971-1973).

10 El documental que es seguramente el más famoso y simbólico de esta corriente es *La Espiral* de Armand Mattelart, Valérie Mayoux y Jacqueline Meppiel (1976).

dad profesional en 1970. La memoria periodística chilena ancla el relato de una contribución indirecta de los profesionales del periodismo al golpe de Estado, al crear condiciones de polarización y radicalización<sup>11</sup>. Los y las periodistas habrían sido entonces, según su propia admisión, por el descarrilamiento de las rutinas periodísticas en el seno del conflicto político.

Nuestro segundo argumento se remonta a la forma en que esta memoria de una anomalía histórica permite rastrear cómo el discurso adoptado por la oposición política bajo la Unidad Popular (a partir de 1971) se volvió hegemónico. Pronto, permitió a la junta militar justificar la intervención de 1973. Este relato asume la inevitabilidad de la interrupción histórica, bajo el pretexto de proteger la unidad del país frente al caos de tres años políticamente convulsos (1970-1973). Al atribuir responsabilidad al sector periodístico en el bloqueo institucional, esta memoria busca justificar la drástica reducción del pluralismo por parte de la junta militar, así como busca legitimar los desmanes represivos y el proyecto antipolítico del régimen autoritario.

### Una “memoria de la salvación”

Desde su particular posición histórica, la del régimen autoritario, el exilio o el Chile posdictatorial, los relatos memoriales del periodismo bajo la Unidad Popular hacen del conflicto ideológico-mediático el factor principal de su contribución al golpe de Estado de 1973. Se juega en el bloqueo del orden profesional corporativo institucionalizado en torno al ritual de la “objetividad periodística”, que se había consolidado desde mediados de la década de 1950 y anclaba el periodismo profesional chileno en los mecanismos de regulación de una comunidad de propósito. Así, los estudios chilenos de periodismo justifican el golpe de Estado dándole un carácter inevitable, en parte, como resultado de la actividad periodística y se inscriben en un discurso más general que adopta los rasgos del concepto de “memoria de la salvación” propuesto por el historiador Steve Stern (2004).

Tanto los análisis académicos como los relatos de memorias normalizan una representación mayoritariamente profesional de la actividad

11 Esta radicalización del conflicto político pasó en parte por el programa de la coalición y las políticas públicas de nacionalización implementadas (el sector bancario en 1970, la industria del cobre en 1971, o la textil en 1972); conflictos militantes sobre las opciones estratégicas a tomar; la división del Partido Demócrata Cristiano, etc.

de periodista desde la década de 1950, basada principalmente en la separación de opinión e información (Brescia del Val, 1996). Encuentra su origen en un episodio histórico fundacional, el proyecto de “corporativización” propuesto por el Círculo de Periodistas y su presidente Juan Emilio Pacull (1956). Este es el proceso en el que, para construir su identidad profesional, el sector periodístico chileno consolida sus rutinas de selección y priorización de información, y desarrolla un discurso de responsabilidad social. Este empoderamiento del campo periodístico opera en primer lugar a través de la capacidad para incluir a los y las periodistas en la comunidad, pero también para excluirlos en caso de excesos o malas prácticas, a través de dispositivos como la tarjeta de prensa, los tribunales de ética corporativista o la instalación de una formación universitaria (1953). La figura de Pacull es tanto más hegemónica cuanto participa en la creación de la primera escuela de periodismo en la Universidad de Chile con otros reconocidos profesionales como Lenka Fránulic o Ernesto Montenegro —ellos mismos premios nacionales de periodismo— (Jiménez, 1996).

En las entrevistas semiestructuradas encontramos testimonios sobre la importancia de este corporativismo profesional. Guillermo Saavedra destaca la importancia de estas instancias, incluso durante la Unidad Popular: “Vuelvo al tema profesional. El Colegio de Periodistas siempre ha sido un elemento que ha preservado la calidad de la información” (Saavedra citado en Faure, 2014). Ernesto Carmona agrega: “El Colegio de Periodistas tuvo fuerza. Fui miembro del Colegio de Periodistas. El Colegio reconoció la profesión”. (Carmona citado en Faure, 2014). El apego de los y las periodistas chilenos a un corporativismo profesional institucionalizado antes de 1970, legitima las condenas memoriales por falta de profesionalismo durante la Unidad Popular.

Se usa un mecanismo similar en los análisis retrospectivos que cuestionan la ideologización del periodismo y la ruptura de las rutinas periodísticas bajo la presión de la fuerza centrífuga del conflicto político (Uribe, 1996). Sobre la base de métodos empírico-funcionalistas (Bernedo, 2003; Bernedo y Porath, 2004; Dooner, 1989; Rojo de Rosa, 1976; Tupper, 2003), denuncian la polarización política del sistema mediático y subrayan la ineficacia de los valores y normas de la corporación periodística para frenar la ideología que se propaga como una enfermedad. A pesar de las diferencias entre sus objetos, sus métodos o sus matrices de análisis, estos estudios convergen en su capacidad para atribuir una función ideológica de portavoz a los medios. Según ellos, los diversos

medios ejercen influencia y control sobre la opinión pública, mediante el uso de estrategias esencialmente partidistas implementadas en la circulación de los diversos títulos y la exposición mediática de los diversos estratos sociales.

Estos trabajos historiográficos confluyen así en el relato de la inevitabilidad de la crisis, la fuerza centrífuga del conflicto y la ideologización de las rutinas periodísticas. Encontramos una formulación profesional de lo mismo en el texto publicado por Abraham Santibáñez y Alberto Luengo en la revista académica *Cuadernos de Información* (1993). Al presentar el proyecto periodístico del diario estatal *La Nación*, su director y subdirector hacen la conexión entre la actitud política de los directores del diario bajo la UP y la inevitabilidad del golpe de Estado. Una forma de presentar un peligro a evitar. Escriben:

Cada gobierno, al designar a su director, confiaba en la personalidad encargada de representarlo en la dirección y estilo del periódico. A riesgo de dejar de lado personajes importantes, debemos señalar el “estilo” de Ramón Cortez, uno de los fundadores de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. O el foco muy polémico que le imprimió Darío Sainte-Marie (...), durante la segunda presidencia de Ibáñez [1952-1956]. También tuvo estilo el sociólogo y escritor Claudio Orrego, designado por el presidente Eduardo Frei [1964-1970]. Aparentemente, otros directores en años más recientes han estado más preocupados por el impacto político del periódico que por su profesionalismo periodístico. Y hay, como resultado inevitable de recordar, un período complejo. (Santibáñez y Luengo, 1993, p. 111)

Este extracto es particularmente relevante en la construcción de este segundo argumento. Justifica la inevitabilidad del golpe de Estado por los excesos políticos de los cambios en la línea editorial de *La Nación* que, en una historia a mediano plazo, abandona el profesionalismo periodístico y privilegia su función política. Profesionalismo encarnado por una figura del Colegio de Periodistas y de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Ramón Cortez, quien remite al proyecto corporativo de la profesión en los años 50.

Al desplegar una visión determinista de la historia (la inevitabilidad del golpe de Estado), se suscribe a la tesis del agravamiento del conflicto sociopolítico, que desborda las instituciones y el centro hasta ahora regulador del campo político chileno (Santa Cruz, 1988). Este relato, cuya

homogeneidad hemos subrayado, entra en lo que Steve Stern (2004) denomina como “memoria de la salvación”. Según este historiador, los mil días del gobierno de Allende se presentan en Chile como “una traumática pesadilla que llevó a la sociedad al borde del desastre final y ve en la toma del poder por las Fuerzas Armadas en 1973 un nuevo principio que rescató a la comunidad nacional” (Stern, 2004, p. 22). La historia y la memoria del periodismo participan en este discurso justificando una paradoja: la democracia y la libertad de expresión fueron salvadas por la intervención militar, las alteraciones del pluralismo y la instauración de un régimen autoritario. Esta paradoja opera en el centro del discurso de la salvación cuya memoria descalifica el período de la Unidad Popular y sus excesos ideológicos.

Se trata en realidad de la actualización de un discurso construido durante el período de Allende y que participó del conflicto político propio del período de la Unidad Popular. Encontramos declaraciones de ello en el estudio de Tomás MacHale (1972), que denuncia improbables restricciones a la libertad de expresión. El jurista valida la labor del principal diario conservador *El Mercurio*, pero también de órganos de prensa abiertamente militantes, como *Tribuna* o *Sepa*, al mostrar los efectos represores del gobierno de Unidad Popular. La junta militar y sus relevos civiles construirán sobre estas bases la justificación de la intervención militar, para salvar el orden y la tradición democrática chilena y el pluralismo de un sistema mediático que, sin embargo, somete a cierres, censura y represión (Rivera, 2017; Santa Cruz, 1988).

El relato que consiste en condenar los excesos periodísticos entre 1970 y 1973 y en criticar su contribución a la instalación de las condiciones del golpe de Estado, también produjo efectos en la propia regulación del sistema mediático. Ofrece un espacio discursivo para justificar las decisiones de la dictadura cívico-militar en materia de información y expresión. En primer lugar, la salvación justifica el cierre de medios de comunicación considerados “marxistas” (más de 15 empresas de medios impresos y cuarenta estaciones de radio), la intervención de empresas de medios (Canal 9 de televisión), la represión a periodistas, el exilio forzado (más de trescientos periodistas a finales de 1975), la censura previa y la autocensura (Insunza y Ortega, 2016, p. 24).

A continuación, las discusiones preliminares y las disposiciones tomadas en la Constitución de 1980 en materia de información muestran bien cómo esta memoria funcionó para justificar el libre comercio político en materia de comunicación como un nuevo comienzo de la co-

munidad nacional. En consonancia con el paradigma neoliberal que han ido instalando la dictadura cívico-militar y los Chicago Boys, el derecho constitucional chileno valida al mercado como institución central para regular la libertad de expresión y el sistema de medios (específicamente en el artículo 19 N. 12), a través del libre juego de los intereses privados.

La jurista Paula Ahumada (2017) muestra cómo las discusiones de la comisión constituyente se centraron en las deficiencias del sistema mediático anterior a 1973, que atribuyeron a su ideologización. El Consejo de Estado afirmó así, a través de la voz de su presidente Jorge Alessandri (expresidente de la República entre 1956 y 1964): “La necesidad de frenar los desmanes de los medios de comunicación era aún más importante que excluir al comunismo del derecho de sufragio o la participación política” (Consejo de Estado, sesión 63, 2008 en Ahumada, 2017, p. 174). La fuerza de esta medida cautelar se refleja, en el texto final de la Constitución, en la prohibición del monopolio estatal en materia de medios de comunicación y la autorización de la televisión privada (mientras estaba oficialmente prohibida hasta ahora). La opción preferida es la del “mercado de las ideas”, que parte del convencimiento de que es el único organismo para “satisfacer la demanda (intereses o preferencias) de los consumidores-ciudadanos y lograr la disciplina mediática a través de la competencia” (Ahumada, 2017, p. 176). La “memoria de la salvación” justifica entonces la mercantilización y privatización del sector de los medios.

El discurso de la salvación también generó un mecanismo de autoempoderamiento para reconstruir la comunidad periodística. La liberalización del sistema de medios ha pasado por una regulación corporativista, favoreciendo la autorización del Colegio de Periodistas en 1981, pero despojándose de parte de sus mecanismos de regulación (en particular la obligación de afiliación para ser reconocido como periodista profesional), que también corresponde al proyecto político-corporativista implementado por el régimen autoritario y su ideólogo, Jaime Guzmán. En este sentido, la interpretación del pasado periodístico chileno suscribe a la “memoria de la salvación”, tanto en su contenido como en sus efectos institucionales y antipolíticos. Construye el periodismo de la Unidad Popular como un contramodelo profesional, que debe ser prevenido en el proyecto de posdictatorial.

## Los mandatos memoriales para el campo periodístico (1990-2011)

Constatar que “la memoria de la salvación” justifica una regulación antipolítica de la libertad de expresión nos lleva a cuestionar en última instancia los efectos del trabajo de memoria de la profesión sobre las políticas de comunicación, las formaciones universitarias, las prácticas y comportamientos de los y las periodistas cuando se enuncia esta memoria. El argumento se fundamenta en la contribución del trabajo de memoria, entre otros procesos, a la redefinición de la cohesión de la comunidad periodística al retorno del régimen democrático, según un mecanismo de reintegro que conduce a la despolitización del periodismo para no reproducir los errores del pasado. En otras palabras, desestabilizar el régimen democrático fundado.

Al recordar constantemente el mal comportamiento del pasado, esta memoria busca desviar el riesgo histórico del conflicto político y las posibilidades de cambio social, haciendo sospechosa toda una serie de perfiles, prácticas e identidades porque pondrían en peligro la democracia recientemente recuperada. El punto de ruptura reside en la concesión al mercado de la regulación de la profesión, además de la regulación del sistema mediático: la competencia es la mejor política comunicativa para satisfacer al público (entender a las audiencias), desconflitar el ejercicio del periodismo y estabilizar el régimen democrático. Los y las periodistas que trabajaron en la década de 1990 dan testimonio del (auto)control de su trabajo, siempre bajo el deber de protección del régimen democrático. La descripción de ciertos proyectos periodísticos contemporáneos implementa esta despolitización a partir de la memoria del periodismo de trincheras. Finalmente, encontramos el efecto memorial de una anomalía histórica en el proyecto pedagógico que formularon las autoridades de la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica. Tantos espacios en los que se juega la salvación y la proyección de un periodismo profesional, en el despliegue del relato memorial.

En el momento de la liberalización del régimen autoritario y luego de la transición democrática<sup>12</sup>, dos problemáticas emergen en el campo de la comunicación: no sólo la libertad de expresión, sino el pluralismo (ilimitado) y las políticas de comunicación. En Chile, este trabajo implica sistemáticamente la construcción de la actividad mediática durante la Unidad Popular como contraejemplo. En 1993, el sociólogo y secretario de Comunicación y Cultura del Gobierno, Eugenio Tironi coescribió un

12 Y la elección del demócrata cristiano Patricio Aylwin (1990-1994).

artículo con el reconocido especialista chileno en Estudios Culturales, Guillermo Sunkel; texto en el que el balance de la historia de los medios chilenos es el sustento para aporte comunicacional al buen funcionamiento de la democracia. Escriben:

Efectivamente, en el período de consolidación democrática, observamos que los medios de comunicación siguen siendo funcionales al proceso de democratización, ya no como promotores del cambio político sino como agentes que contribuyen a la estabilidad del sistema y a la reconstitución de un clima de normalidad democrática. (Sunkel y Tironi, 1993, p. 242)

Neutralizar el cambio social y contribuir a la estabilidad democrática es la función que atribuyen a los medios de comunicación. Este requerimiento a la despolitización todavía se basa, en este texto, en la analogía entre el periodismo de trinchera bajo la Unidad Popular y el trabajo editorial durante el período de la República Independiente (Sunkel y Tironi, 1993, p. 218).

Este discurso opera cuando se otorga el sector de la comunicación al mercado sobre la base de una capacidad “natural” para regular la ética periodística. En un documento administrativo producido como director de la Secretaría de Comunicación y Cultura de Gobierno Aylwin, Eugenio Tironi sitúa el desarrollo de la credibilidad mediática en la competencia por las audiencias:

Más allá de la obligación de someterse a la legislación vigente, la ética se ha estimulado la autorregulación de los propios medios de comunicación; esto se suma a la regulación natural, resultante de la competencia por conquistar una audiencia que tiene múltiples opciones y que busca calidad y credibilidad. (Tironi, 1994, p. 49)

El académico sitúa los cimientos mismos del periodismo —la calidad editorial y la credibilidad de la información— en un ejercicio competitivo del periodismo en el mercado de los medios. El emplazamiento cobra aún más fuerza cuando se repite en el discurso del nuevo presidente de la República, Patricio Aylwin, el 24 de agosto de 1990. Ante la Asociación Nacional de la Prensa (ANP), imploró a los encargados de las salas de editorial que “llevan su atención al extremo para que, cumpliendo la tarea de informar, sean vehículos de unidad y no de disenso, de verdad y no de error” (Aylwin, 1990, p. 5).

En una entrevista semiestructurada, Marcia Scantlebury, periodista de larga trayectoria, detenida durante el régimen autoritario y que formaba parte del Consejo Nacional de Televisión, da testimonio de cómo la fuerza de la memoria de la salvación se expresa en este emplazamiento a la despolitización que sigue vigente en los años 2000:

Estamos todavía considerados políticos, todos los de la Concertación<sup>13</sup>, y los apolíticos son todos los de derecha y de la dictadura. Lo que es más grave es que es el mismo tema que la objetividad, ellos son los que se consideran apolíticos y asumen que no tienen punto de vista (...). (Scantlebury citado en Faure, 2014)

Esta desconflictualización no es sin embargo un simple mandato discursivo, produce efectos sobre las prácticas y comportamientos periodísticos, como lo demuestra la literatura de segunda mano y entrevistas. Lo encontramos en la investigación de Guillermo Sunkel (2003) sobre la libertad de expresión de los y las periodistas en los medios. En primer lugar, el investigador chileno vincula el cierre ideológico del sistema mediático chileno y las presiones que conducen a la inhibición y la autocensura.

Es curioso que un proceso supuestamente democratizador haya ido erosionando la diversidad ideológica y cultural de los medios, en comparación con la que existía durante los últimos años del régimen militar. Esto explica por qué muchos periodistas que estuvieron en la oposición durante la década de 1980 denunciaron con desencanto que, en las noticias, no se pueden expresar cierto tipo de informaciones, críticas y puntos de vista. (Sunkel, 2003)

Esta reducción del pluralismo ideológico resulta, según el sociólogo, del deseo de “evitar posibles enfrentamientos”. Se justifica, según los y las periodistas entrevistados por Sunkel, por el objetivo de preservar la estabilidad del “proceso” que implica la transición democrática: “Quien socava esta norma implícita [sacrificando fines significativos de la realidad y del pensamiento, con el fin de evitar posibles enfrentamientos] es un imprudente que, ‘para complacerse a sí mismo’, derrota la sacrosanta estabilidad del proceso” (Sunkel, 2003).

<sup>13</sup> La Concertación es la coalición de partidos de centro izquierda (desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Socialista) que gobernó Chile desde 1990 hasta 2010.

Entre las características de la cultura periodística de la década de 1990 que explicarían la norma de lo que llama “periodísticamente correcto” (Sunkel, 2003), Sunkel pone en primer lugar la ruptura de la comunidad con su pasado. Considerando que no se trata de una ruptura sino de la condena *a posteriori* de comportamientos pasados, la idea que menciona Sunkel se reduce a la invalidación de prácticas y actitudes periodísticas que privilegiaron la política.

Es en buena medida esta relación con el pasado lo que explicaría el oficialismo del periodismo chileno, ya sea en su relación con las fuentes, los marcos de interpretación que ofrece o las fuertes presiones externas que recibe desde los sectores políticos, económicos y militares. Escribe:

Básicamente, esto produce la inhibición de la capacidad de propuesta de los periodistas, con lo cual se aborda una serie de temas —vinculados con los militares, la cuestión de los valores, con el modelo económico y el mundo empresarial— como evitar y ser visto como inútil, peligroso, generador de conflictos. (Sunkel, 2003)

Periodista y reportera de fines de la década de 1980, Andrea Lagos recuerda este mandato conductual y moral para desconflitar “el” periodismo vinculando directamente con el proyecto político de la transición democrática. En un *podcast* que realizó con sus alumnas de la Universidad Diego Portales en 2018, dijo: “En general, en Chile, los 90 fueron años de autocensura. En primer lugar, porque el periodismo consideró prioritario proteger la recién recuperada democracia. Luego porque prefería tratar al poder con mucho respeto” (Skoknic y Contreras, 2019). Andrea Insunza y Javier Ortega, dos periodistas de la misma generación escribieron consideraciones similares en 2016: “La transición a la democracia, con un periodismo que se ha caracterizado por su prudencia, una cierta herencia autoritaria y un respeto excesivo hacia las autoridades (Insunza y Ortega, 2016, p. 23).

La idea de autocensura muestra cómo la memoria profesional funciona. Un buen ejemplo de este efecto se puede encontrar en un texto que esboza las perspectivas editoriales de una revista chilena al inicio del proyecto de “transición democrática” (1993). El entonces director general de la revista política *Qué Pasa*, Cristián Bofill relata, en el número de la revista *Cuadernos de Información* (1993), un encuentro donde se redefinió negativamente la estrategia periodística de la revista: “huir como el diablo del terreno de las ‘revistas de opinión política’” (Bofill, 1993, p.

108). El proceso de transformación se presenta en el paso del retorno a un régimen democrático. Aunque se dice que estos fenómenos son “positivos”, también se encuentra que han devaluado “esta forma [política] de periodismo” (Bofill, 1993, p. 107). Bofill lo explica por varias transformaciones: la apertura de las fuentes ha depreciado su valor informativo, el interés de los lectores por la política ha disminuido y las demandas públicas se están moviendo hacia una mayor imparcialidad. Encontramos aquí un proceso clásico en la justificación de cambios periodísticos y mediáticos, que consiste en convocar los intereses de un público imaginario para justificar un cambio decidido internamente. En este caso, se trata de legitimar la decisión de dejar de hacer de la política la prioridad de la revista *Qué Pasa* y una estrategia comercial prioritaria antes que periodística.

El editor general aboga por una transformación del enfoque político para convertirse en una sección: “No se trataba de abandonar la política, sino de cambiar el enfoque que se hacía de este tema, abrirse fuertemente al área de Comercio ya otros asuntos de interés general” (Bofill, 1993, p. 108). Argumenta que, hasta la hora, las revistas de información general se dedicaban a la información política, “a veces entregada con un sesgo ideológico imposible de negar. Aunque había otras secciones, los otros temas se convirtieron en relleno” (Bofill, 1993, p. 108). Para este profesional, ya no se debe priorizar la política y esta debe darse en la selección y priorización de las noticias a entregar, es decir, en el seno mismo del proceso de producción de la información. Esto justifica el reforzar otras rúbricas (Cultura, Sociedad e Internacional, son las que el editor general cita).

Sobre esta base, Bofill (1993, p. 109) define *Qué Pasa* como una “revista de noticias, cuya jerarquía temática es tan flexible como los intereses del lector de élite”. No se altera, por tanto, sólo la labor periodística de selección sino también de jerarquización de las noticias. La estrategia ahora está centrada en las audiencias, lo que justifica una despolitización de la revista.

Esta memoria está también —y finalmente— en el origen de la reformulación del proyecto universitario de al menos una escuela de periodismo, central en el campo, la formación de la Pontificia Universidad Católica. Silvia Pellegrini, su directora, expuso el ejemplo a no seguir durante el acto del 25 aniversario de la escuela (1986):

(...) los diversos intentos externos de imponer a la prensa modos de actuación que convengan a distintos intereses particulares que, aunque legítimos en sí mismos, son negativos para el funcionamiento de la información en su conjunto, pues remiten a la ideologización de los medios y de la sociedad chilena en general. (Pellegrini, 1986)

El vínculo no se hace directamente con el período de la Unidad Popular, pero la idea de ideologización muestra claramente —más aún en 1986— que es el “flagelo” que hay que prevenir. Continúa y concluye que la misión primordial de la formación universitaria en periodismo reside precisamente, en oposición al periodismo de trinchera que “divide a la sociedad”, en la conformación de un periodismo informativo regulado por el mercado. Aquí nuevamente, no se convoca directamente a la memoria, pero la repetición de los términos empleados es suficiente para afirmar que la construcción de un relato descalificador sobre el pasado sirve de soporte para el despliegue de las normas del campo periodístico y su transmisión desde una Escuela de Periodismo.

En su introducción a *Cuadernos de Información*, revista de la escuela que dirige, Pellegrini reitera el objetivo prioritario, el de la estabilidad democrática y la legitimación de los riesgos de ideologización de los medios:

Los medios sí aportan equilibrio y distribución del poder. De lo contrario, pueden destruir la democracia o al menos no contribuir significativamente a ella. Ejemplos hay... y muchos.

Entre ellos, la acción polarizada e ideologizada de los medios de comunicación, por ejemplo, puede destruir la convivencia, con consecuencias bastante previsibles y experimentadas varias veces. La sociedad puede disolverse en compartimentos estancos que no tienen interrelaciones ni siquiera para iniciar una discusión entre sus respectivas propuestas. (Pellegrini, 1993, p. 22)

Algunas páginas más adelante especifica el desafío que reside en este riesgo de ideologización. El “desarrollo democrático”, según el director de la Escuela de Periodismo de la PUC, implica la capacidad de neutralizar la función de vocería: “La prensa, en este caso, sólo refleja los temas, los intereses y proporciones del orden del sistema político. La ‘prensa de trinchera’ es un ejemplo de ello: cuya acción está más interesada en el objetivo político del medio que en la información misma” (Pellegrini,

1993, p. 24). Para lograrlo, la solución está en la manipulación técnica de un método que garantiza a los y las periodistas, según Silvia Pellegrini, reducir la distancia entre sus artículos y la realidad: el análisis de fuentes. Inscribe entonces en el proyecto de formación universitaria en periodismo de una de las dos principales Escuelas del país (tanto en la formación de profesionales como en la investigación sobre el periodismo y las comunicaciones), aprendizajes técnicos opuestos a las prácticas patológicas del pasado, principalmente, en la relación con las fuentes.

## Reflexiones finales

En las políticas públicas, el ejercicio del periodismo y la formación universitaria a esta profesión, la memoria ha buscado entonces, en el Chile de los 1990, proscribir las prácticas supuestamente peligrosas y nocivas, identificadas durante el gobierno de Allende; y prescribir una conducta periodística ética, para lograr una democracia estable y efectiva. Deduce del relato sobre el pasado profesional lo posible o lo imposible, como continuidad de la experiencia periodística de la Unidad Popular y la reducción del pluralismo, construida como su consecuencia directa. Este mandato esconde las discontinuidades de la política de comunicación (Rivera, 2018), así como las discontinuidades detrás del discurso de la excepción democrática chilena (Blumenthal, 2004). Define una equivalencia circular, estéril e históricamente errónea entre comunicación y política: la democracia permite la libertad de expresión, que es en sí misma la garante.

La libertad de prensa se convierte, bajo esta definición, en la capacidad de no caer en la espiral ideológica desencadenada por un movimiento centrífugo y que conduce a la implosión del orden social. Para asegurar la estabilidad, eficiencia y sustentabilidad de la democracia, los relatos memoriales e historiográficos sobre el periodismo chileno consisten en retrotraer el conflicto político al pasado, anclar en un paréntesis traumático.

Se comprueba entonces la fertilidad analítica de abordar el periodismo cuestionando la memoria profesional. En el campo de la investigación sobre la producción de noticias, el enfoque ciertamente se beneficiaría de ser refinado para distinguir más finamente, de otros dispositivos metodológicos, los segmentos de memoria que contribuyen a construir la norma profesional en una época dada. La invitación ofrece no sólo consi-

derar los medios de comunicación al plantear la cuestión de la memoria cultural, sino también estudiar en qué medida la memoria de los profesionales incide en la cultura y las prácticas periodísticas, la identidad profesional y la regulación de la comunidad periodística. Y finalmente cómo incide en la construcción de la memoria colectiva y la función democrática del periodismo.

Ahora bien, la memoria no se fija en el tiempo, se transforma. Hemos hecho de 2011 un límite histórico debido al cierre de nuestro trabajo de historia oral. Distinguimos entonces que la dimensión política del periodismo estaba resurgiendo, en una fase de politización de la sociedad chilena, que vimos cristalizar durante el “octubre chileno”. En esta secuencia se han multiplicado los medios políticos y el periodismo social, especialmente en internet, y se han politizado ciertos formatos (el matinal). En los últimos diez años también se encuentran figuras que transitan con mayor fluidez de la figura del periodista a la del editorialista y participan en el cuestionamiento de la actualidad. Por lo tanto, deberíamos continuar con este esfuerzo por comprender cómo estos discursos vuelven a legitimarse en el campo periodístico y en la sociedad chilena. Queda el hecho de que, aunque sea en un corto espacio de tiempo (20 años), el análisis de la profesión de periodista a través de la entrada de su memoria ofrece una perspectiva fértil para comprender la lógica de su funcionamiento actual y los discursos mediante los cuales legitima su rol social diferenciado.

## Referencias

- Ahumada Franco, P. (2017). Del mercado de las ideas a la mercantilización de la esfera pública bajo el orden constitucional en Chile. *Derecho y Crítica Social*, 3(2), 151-189.
- Aylwin, P. (24 de agosto de 1990). Discurso de SE el presidente de la República, d. Patricio Aylwin Azócar, en aniversario de la asociación nacional de la prensa. Fundación Aylwin. [http://fundacionaylwin.cl/discursos/PRES\\_100.pdf](http://fundacionaylwin.cl/discursos/PRES_100.pdf)
- Balra, M. L. (2012). *La prensa chilena encrucijada. Entre la voz monocorde y la revolución digital*. LOM Ediciones / CYP/CH, “Ciencias humanas”.
- Bernedo, P. (2003). La prensa escrita durante la Unidad Popular. En C. Rolle (Ed.), *1973: La vida cotidiana en un año crucial* (pp. 59-95). Planeta.
- Bernedo, P. y Porath, W. (2004). A tres décadas del golpe: ¿Cómo contribuyó la prensa al quiebre de la democracia chilena? *Cuadernos de Información*, (16), 114-124, <https://doi/10.7764/cdi.16.168>.

- Bofill, C. (1993). La historia oficial del nuevo Qué pasa. *Cuadernos de Información*, (8), 107-109. <https://doi/10.7764/cdi.8.323>
- Blumenthal, E. P. (2004). *El mito de la excepcionalidad chilena: un proyecto de construcción identitaria*. PUC, Instituto de Historia.
- Brescia Del Val, M. (1996). Prensa y periodismo en los años 1950/1970. En E. Carmona (Ed.), *Morir es la noticia, Santiago de Chile*. Ernesto Carmona Editor. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capI01.html>
- Cárdenas, J. P. (2005). Periodistas, conflictos sociales y reconciliación, *Revista Comunicación y Medios*, (16), 112-117. <https://doi/10.5354/0719-1529.2011.11567>
- Carlson, M. (2006). Periodismo de Guerra y el “Periodista KIA”: Los Casos de David Bloom y Michael Kelly. *Critical Studies in Media Communication*, 23(2), 91-111.
- Carmona, E. (Ed.). (1996). *Morir es la noticia*. Ernesto Carmona Editor. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/>
- Dooner, P. (1989). *Periodismo y política: la prensa en Chile 1970-1973*. Editorial Andante y Hoy Ediciones.
- Eyerman, R. (2004). El pasado en el presente: la cultura y la transmisión de la memoria. *Acta sociológica*, 47(2), 159-169. <https://doi.org/10.1177/0001699304043853>
- Faure, A. (2014). *(Des) ordres journalistiques dans une crise révolutionnaire. Chronique de l'être journalistique chilien durant l'Unité Populaire* [Thèse de doctorat en Science Politique]. Univeristé-Grenoble-Alpes.
- Faure, A. (2017). ¿Contribuyeron los medios de comunicación al golpe de Estado? Otra historia del periodismo durante la Unidad Popular (1970-1973). *Izquierda(S)*, (35), 74-97.
- Halbwachs, M. (2004 [1950]). *La memoria colectiva* (Inés Sancho-Arroyo, Trans). Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hanitzsch, T. (2007). Deconstrucción de la cultura periodística: hacia una teoría universal. *Teoría de la comunicación*, (17), 367-385. <http://doi.org/10.1111/j.1468-2885.2007.00303.x>
- Insunza, A. y Ortega, J. (2016). Chile, la sombra de la dictadura. *InfoAmerica*, (10), 23-26.
- Jara, D. (2016). *Los niños y el más allá de la violencia estatal. Memorias de la dictadura*. Palgrave MacMillan.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de memoria*. Siglo XXI Editores.
- Jiménez, D. (1996). Escuela de periodismo de la Universidad de Chile: fulgor y muerte de una quimera. En E. Carmona (Ed.), *Morir es la noticia*. Ernesto Carmona Editor. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capI03.html>
- Le Bohec, J. (2000). *Los mitos profesionales de los periodistas*. El Harmattan.

- Mattelart, A., Mayoux V. y Meppiel, J. (Dir.). (1976). *La Espiral*[Documental]. Les Films Molière, Reggane Films, Seuil Audiovisuel.
- Mattelart, A., Mattelart M. y Piccini, M. (1970). Los medios de comunicación de masa. La ideología de la prensa liberal en Chile. *Cuadernos de la realidad nacional*, (3).
- Mellado, C. (2009). Asociatividad y profesionalización del periodismo. Los colegios de periodistas en Latinoamérica. *Comunicación: estudios venezolanos de comunicación*, (148), 4-9.
- Mellado, C. (Ed.). (2020). *Beyond Journalistic Norms: Role Performance and News in Comparative Perspective*. Routledge.
- Mellado, C. y Castillo, M. (2012). Estructura de la asociatividad profesional en el campo periodístico: el caso de Chile. *Comunicación y Sociedad*, 6(17), 131-149.
- Mellado, C., Hellmueller, L., y Donsbach, W. (Eds.). (2017). *Journalistic role performance: Concepts, models and measures*. Routledge.
- Mellado, C. y Humanes, M. L. (2012). Modelado de la autonomía profesional percibida en el periodismo chileno. *Periodismo*, 13(8), 985-1003.
- Misztal, B. A. (2003). Durkheim sobre la memoria colectiva. *Journal of Classical Sociology*, 3(2), 123-143.
- Navarro, A. (5 de noviembre de 2013). *La prensa chilena en término de Cólera*. <http://arturo-navarro.blogspot.fr/2013/11/la-prensa-chilena-en-tiempos-de-colera.html>.
- Ossandón B., C. y Santa Cruz A., E. (1998). *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*. Universidad ARCIS, LOM Ediciones.
- Palacios, M. (2010). Convergencia y memoria: periodismo, contexto e historia. *MATRIZes.*, 4(1), 37-50.
- Pellegrini, S. (1993). Medios, poder político y democracia. *Cuadernos de información*, (8), 18-27. <https://doi/10.7764/cdi.8.313>.
- Pellegrini, S. (1986). *Discurso del Director de la Escuela de periodismo*. Pontificia Universidad Católica.
- Rojo de la Rosa, J. (1976). Manipulación de la información y conflicto ideológico: Chile 1970-1973. *Nueva Sociedad*, (25), 66-77.
- Ros, A. (2012). La generación posdictadura en Argentina, Chile y Uruguay. *Memoria Colectiva y Producción Cultural*. Palgrave McMillan.
- Santa Cruz, E. (1988). *Análisis Histórico del Periodismo Chileno*. Nuestra América Ediciones.
- Santibáñez, A. (1989). Presentación. En P. Dooner, *Periodismos y Política. La prensa de derecha y de izquierda en Chile (1970-1973)*. Editorial Andante.
- Santibáñez, A. y Luengo, A. (1993). La renovación de la Nación: ¿una misión imposible? *Cuadernos de Información*, (8), 110-114. <https://doi/10.7764/cdi.8.324>

- Stern, S. (2004). De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En M. Garcés M. et al. (Ed.), *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (pp. 11-33). LOM Ediciones - Eco Educación y Comunicaciones - Universidad de Santiago de Chile.
- Skoknic, F. y Contreras, P. (2018). *On the Record* (Capítulo 1-Andrea Lagos). *Vergara 240*. <https://vergara240.udp.cl/programas/on-the-record/>
- Tagle, F.J. y Solà, N. (2018). Encuadre de la memoria mediática chilena: las noticias sobre la muerte de Fidel Castro. *Cuadernos.Info*, (42), 147-161, <https://doi/10.7764/cdi.42.1234>
- Tironi, E. (1994). Comunicación y Cultura. La Nueva Alianza. En La Cultura Chilena en Transición. *Revista Cultura*, número especial. Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría General de Gobierno.
- Tironi, E. y Sunkel, G. (1993). Modernización de las comunicaciones y democratización de la política. Los medios en la transición a la democracia en Chile. *Estudios Públicos*, (52), 215-246.
- Tupper, P. (2003). *Allende, el blanco. Los medios chilenos y la CIA (1970-1973)*. Ediciones de L'Amandiers.
- Uribe, H. (1996). Prensa y periodismo político en los años 1960/70. En E. Carmona (Ed.), *Morir es la noticia*. Ernesto Carmona Editor. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capI02.html>
- Volkmer, I. (Ed.). (2006). *Noticias en la memoria pública: un estudio internacional de los recuerdos de los medios a través de las generaciones*. Peter Lang.
- Zandberg, E. (2010). El derecho a contar la historia (correcta): periodismo, autoridad y memoria. *Medios, cultura y sociedad*, 32(1), 5-24.
- Zelizer, B. (2008). Por qué el trabajo de la memoria sobre el periodismo no refleja el trabajo del periodismo sobre la memoria. *Estudios de la Memoria*, (1), 75-83.
- Zelizer, B. (2016). Journalism's Deep Memory: Cold War Mindedness and Coverage of Islamic State. *Revista Internacional de Comunicación*, (10), 6060-6089.



## Sobre los autores y las autoras

### **Marcelo Borrelli**

Nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1976. Es doctor en Ciencias Sociales, magíster en Comunicación y Cultura y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigador del CONICET-Argentina e investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Desde 2003 se desempeña como profesor de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), actualmente en la materia “Historia General de los Medios y Sistemas de Comunicación”. Ha dictado seminarios de grado y posgrado en universidades y otras instituciones educativas. Desde 2001 participa de proyectos de investigación sobre la historia de la prensa argentina, sobre lo cual ha publicado libros y artículos en revistas nacionales e internacionales.

marcebor@yahoo.com

### **Mara Burkart**

Es socióloga, magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural y doctora en Ciencias Sociales. Es investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONYCET) y docente de Historia Social Latinoamericana en la Carrera de Sociología (UBA). Es editora responsable de la *Revista de la Ribalc*, coordinadora del Grupo de Estudios de Cultura, Medios y Sociedad en América Latina (GECUMESAL). Autora de “De Satiricón a HUM®. Risa, cultura y política en los años setenta” (Miño & Dávila, 2017) y editora junto a Damián Fraticelli y Tomás Várnagy de *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico* (Teseo, 2020). Actualmente dirige los proyectos de investigación PICT “Cultura masiva y género: el trabajo de las mujeres en el campo del humor gráfico y la historieta durante la se-

gunda mitad del siglo XX” en conjunto con Laura Vazquez y UBACYT “Cultura impresa de masas y procesos de cambio político en Argentina y Chile (1970-1990)” y PICT “Itinerarios cruzados de la cultura impresa de masas y los procesos de cambio político en Argentina y Chile (c. 1970-1990)” en conjunto con Mariano Zarowsky.  
burkartmara@gmail.com

### **Patricia Calvo González**

Es profesora del área de América de la Universidad de Burgos (España). Licenciada en Periodismo y doctora en Historia Contemporánea por la Universidad de Santiago de Compostela (España), entre sus líneas de investigación destacan las relativas al papel de la dimensión pública, los medios de comunicación y la propaganda en la construcción y difusión político-ideológica contemporánea. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de La Habana, University of Nottingham, Centre for Latin American Research and Documentation (CEDLA, University of Amsterdam) e Ibero-Amerikanisches Institut (Berlín). Es autora y coordinadora de diversas publicaciones en revistas y editoriales internacionales, las más recientes: *¡Hay un barbudo en mi portada! La etapa insurreccional cubana a través de los medios de comunicación y la propaganda 1952-1958* (Iberoamericana/Vervuert, 2021); “Crear, dos, tres, muchos Che: la internacionalización de las ideas revolucionarias a través de Ernesto Guevara en la revista *Tricontinental* (1967-1990)”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (2021); “Spreading Cuban Revolution Through *Tricontinental* Journal on Its First Decade (1967-1977)” en *Building the Radical Identity. The Diffusion of the Ideological Framework of the New Left* (Peter Lang, 2022).  
pcgonzalez@ubu.es

### **Antoine Faure**

Es doctor en Ciencia Política (Université Grenoble-Alpes, Francia) y profesor asociado de la Escuela de Periodismo, Universidad de Santiago de Chile. Desde enero de 2023 se desempeña como director de esta Escuela. Sus líneas de investigación abordan el periodismo, las series de televisión y los movimientos sociales desde una lectura cronopolítica. Entre sus últimas publicaciones: *Campo en obras. Postales y apuntes sobre los Estudios de Periodismo en Chile* (Ed. con C. Lagos Lira, 2022); “Notes sur le problème journalistique dans le Chili actuel” (con A. Phillippi, 2023);

“Looking for media business model: an exploratory study focusing on six native Chilean digital media” (con R. Jara Reyes y N. Del Valle, 2023).  
antoine.faure@usach.cl

### **Frédéric Johansson**

Es un profesor diplomado, a la vez, de historia en la Universidad de Paris I Pantéon-Sorbona y de ciencias políticas en el Instituto de Ciencias Políticas de Estrasburgo, especializado en la historia de México del siglo XIX. Profesor universitario, colabora con el laboratorio “Mondes Américains” de la Universidad de Paris I Pantéon-Sorbona y el EHESS. Su investigación principal se concentra en el estudio del liberalismo decimonónico y el funcionamiento del campo político mexicano durante la época de la Reforma (1854-1862). Sus estudios se focalizan, ante todo, en las redes y estructuración del poder, así como el análisis de los factores de la ruptura reformista que conducirán a la guerra civil de 1858-61 y a la separación de la Iglesia y el Estado.  
frederic.johansson@ac-strasbourg.fr

### **Marina Poggi**

Es posdoctoral en Comunicación, Medios y Cultura por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP, Argentina), doctora en Ciencias Sociales y Humanas, magíster en Ciencias Sociales (orientación en Comunicación), especialista en Ciencias Sociales (orientación en Comunicación) y licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ, Argentina). Es investigadora adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Centro de Estudios de la Argentina Rural (CEAR-UNQ). Es profesora instructora en la UNQ. Directora de la revista académica *Estudios Rurales*. Sus líneas de trabajo abordan la Reforma Agraria, propiedad de la tierra, prensa, usos y representaciones de TIC en espacios rurales y virtuales.  
marinapoggicarter@gmail.com, marina.poggi@unq.edu.ar

### **Carla Rivera Aravena**

Es licenciada en Historia de la Universidad de Santiago, magíster en Estudios Culturales Latinoamericanos, CECLA- Universidad de Chile y doctora © en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus líneas de investigación se centran en la Historia de las Comunicaciones en América Latina y de género, además de Comunicación Científica

Académica en humanidades y ciencias sociales. Se desempeña como académica del Departamento de Historia y de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago, y editora general de la revista *Historia Social y de las Mentalidades*. Ha publicado una serie de artículos sobre la materia desde la perspectiva política y de la conformación del campo en revistas con reconocimiento internacional. Entre sus publicaciones destacan “Más que una improvisación. Cartografía de la estrategia comunicacional del Partido Comunista de Chile, 1930-1970”, “Disputando lo político. La izquierda y la prensa política de masas en Chile, 1950-1989”, “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile, 1970 -1973”, “Prensa y política. El poder de la construcción de la realidad. Chile XIX-XX”, “La verdad está en los hechos: Una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en dictadura”, entre otras. Actualmente se encuentra participando como investigador asociado al PICT “Itinerarios cruzados de la cultura impresa de masas y los procesos de cambio político en Argentina y Chile (c. 1970-1990)” que lideran Dra. Mara Burkart y Dr. Mariano Zarowsky.  
carla.rivera@usach.cl, riveraaravenacarla@gmail.com

Este libro fue posible gracias al apoyo de la Universidad de Santiago de Chile a través de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio. En la presente edición trabajó el equipo completo de Editorial Usach:

Director  
Galo Ghigliotto

Equipo editorial  
Catalina Echeverría (editora)  
Consuelo Olgún (editora)  
Emiliana Pereira (editora)  
Andrea Meza (diseñadora)  
Ana Ramírez (diseñadora)

Equipo administrativo  
Martín Angulo (encargado de área)  
Claudia Gamboa (secretaria)  
Daisy Farías (auxiliar de servicio)

Equipo comercial  
Darío Núñez (encargado de área)  
Javier Solís (ventas)  
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)

Equipo librería Lastarria  
Constanza Fernández (encargada librería)  
Samuel Arancibia (librero)  
Valentina Ruiz (librera)  
June García (RRSS)



\*

Esta  
primera  
edición de *Hacer  
política. El rol de los  
medios de comunicación en  
la práctica sociopolítica en América  
Latina* se terminó de editar en marzo  
de 2024.

Para los textos de portada se utilizó  
la tipografía Patua One; para  
el interior se utilizó la  
tipografía Adobe  
Caslon Pro.



*Hacer política: El rol de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica latinoamericana*, plantea una serie de reflexiones en torno a la relación que se establece entre los medios y la historia para articular un diálogo con otra disciplina fundamental, la política, y analizar su influencia en la región.

Este es un libro que desafía la concepción tradicional de la política, al situarla no sólo en el ámbito de la institucionalidad, sino que en el de los medios de comunicación. A través del lente presentado por las editoras, se revela que la política no es un proceso independiente de los medios, sino que, cada vez más, esta se sustenta en ellos. Los capítulos del libro examinan las diversas formas en que la prensa se involucra con la política, yendo más allá de la consideración de la prensa como un simple texto local.

Destacando la necesidad de una historia global y comparada de las relaciones entre historia, política y medios de comunicación, el presente libro abre un fértil camino para futuras investigaciones. En definitiva, *Hacer política* ofrece una perspectiva valiosa y provocadora que estimula la reflexión sobre el papel crucial de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica latinoamericana y plantea preguntas esenciales para el campo de la comunicación y los estudios del lenguaje.

